

# *Mi Todo para El*



*M. Basilea Schlink*

M.Basilea Schlink

# Mi Todo para El

Hermandad Evangélica de María  
Darmstadt-Eberstadt, Alemania

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft,  
Darmstadt, Alemania, 2009  
Todos los derechos reservados.  
Título original en alemán: *Alles für Einen*

Primera edición alemana, 1969.  
Primeras ediciones en español por Editorial CLIE.  
Edición revisada en español, 2009  
Versión como PDF en español, 2022

En la citación de textos bíblicos usamos la “Biblia Sagrada”, en las versiones: Reina-Valera 1960, Reina-Valera Actualizada 1990, Dios Habla Hoy 1983, Nueva Versión Internacional 1999, El Libro del Pueblo de Dios 1987.

# ÍNDICE

De Primera Importancia.....	9
El Primer Amor – El Gran Descubrimiento.....	13
El Secreto Precioso del Amor Nupcial por Jesús.....	23
Amor – El Supremo Llamamiento.....	36
La Oferta Real.....	40
Jesús – Un Verdadero Esposo.....	43
Llamando a la Puerta de Nuestros Corazones.....	50
Cree en la Oferta de Su Amor.....	53
Déjalo Todo por Él.....	60
El Camino Seguro y Cierto.....	65
A la Búsqueda.....	72
El Varón de Dolores Hoy en Día.....	78
Jesús – El Más Hermoso de Todos los Nombres.....	88
Por Ti.....	95
Entregando Nuestra Voluntad.....	100
Somos Morada de Cristo.....	104

Experimentando Su Presencia.....	112
Completamente a Disposición de Jesús.....	116
Pasando por el Desierto Espiritual.....	120
Compartir Sus Padecimientos.....	123
Espejo de Conciencia.....	131
Un Fuego Encendido para Dios.....	144
Encendiendo la Llama del Amor Nupcial.....	148
Jesús y el Alma Amante.....	155
El Incomparable Amor de Jesús.....	158
Cuando Venga el Esposo.....	161
Velar – Una Marca Distintiva de la Esposa .....	164
Día a Día.....	170
Oraciones.....	175
Testimonios desde Canaán.....	189

M.BASILEA SCHLINK (1904-2001) fue la fundadora y líder de la Hermandad Evangélica de María, un ministerio interdenominacional, con su sede “la pequeña Tierra de Canaán” en Alemania, y casas en once países. Es la autora de más de cien libros con traducciones en más de sesenta idiomas. Su amor por Jesús ha bendecido a incontables vidas.



Si hubiera alguien no capaz de comprender algunas de estas verdades o expresiones, que, al menos, retenga aquéllas que pueda reconocer como beneficiosas y que procure practicarlas. Con el tiempo, todo se le aclarará. Si no puede darle valor a estos asuntos, debe dejarlos para aquellos que sí los valoran. Y tengan cuidado de no blasfemar contra cosas que no comprenden”.

*Gerhard Tersteegen*



Lo que estas páginas contienen son reflexiones acerca del “primer amor”, el amor nupcial de Jesús, y brotan de lo que yo misma he experimentado en mi amor por Él. Yo puedo dar testimonio acerca de la verdad de este versículo: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti, nada deseo en la tierra” (Salmo 73.25). ¡Señor, Tú eres mi todo!

*Basilea Schlink*

SÓLO UNA COSA ES NECESARIA.”  
LUCAS 10.42



## De Primera Importancia

Sumamente importante hoy en día –como quizás nunca antes– es el “primer amor” hacia Jesús. Solamente cuando poseamos este amor, seremos capaces de sobrellevar los tiempos difíciles que se ciernen ante nosotros, tiempos que el mundo todavía no ha conocido. Más cristianos han sufrido el martirio durante los últimos cien años que en todos los siglos pasados, juntos.

Vivimos en una época de gran apostasía y de engaño ampliamente difundido. ¿Quién es aquél que posee una fe tan fuerte que sea capaz de mantenerse firme en medio de intensas pruebas? ¿Quién podrá perseverar? Solamente aquellos que posean este “primer amor” o “el amor del comienzo” (Apocalipsis 2.4), que era la característica distintiva de los primeros cristianos. Se nos cuenta de su amor apasionado por Jesús, con el cual enfrentaron el martirio; era, de hecho, su primer amor por Él el que los llevaba a abrazar el sufrimiento por Su causa.

Como veremos a continuación, el “primer amor” es una fuerza con la que debemos contar. Su poder es mayor que el poder del sufrimiento, con sus efectos debilitadores y deprimentes que actúan sobre nosotros y que nos hacen sentir cobardes y desesperados, volviéndonos ineficaces.

Necesitamos el primer amor para poder perseverar. Solamente hay un poder que es mayor que el poder del sufrimiento: la vida divina contenida en el amor. Dios es Amor. Cuando Él derrama Su vida divina en los corazones humanos, las personas comienzan a amarlo íntima y fervientemente. Y nada en este mundo ... ni siquiera los más grandes sufrimientos y horrores, ni el martirio mismo, pueden apagar esta vida divina, inmortal y más fuerte que el poder de la muerte.

El primer amor, ¡el regalo más precioso! El primer amor, lo más importante y necesario para nosotros. El primer amor, por el cual debemos orar, más que por cualquier otra cosa.

De las Escrituras podemos extraer otro nombre para este primer amor y es el “amor nupcial”. Jesús, por ejemplo, se refirió a Sí mismo como el Esposo (Mateo 9.15). Y además, las Escrituras hablan de la Cena de las Bodas del Cordero y de la “esposa del Cordero” (Apocalipsis 19.7-9). Puesto que los elegidos del Señor se llaman colectivamente

“la esposa”, se entiende que cada uno individualmente posee este amor nupcial.

De lo que la Biblia dice, es evidente que el amor entre un esposo y una esposa, en una relación humana, no es sino una sombra del amor entre el Esposo celestial y Su esposa. Todo amor humano palidece al compararse con este primer amor, este amor fuerte y exclusivo para Jesús. Sin embargo, hay una similitud. El amor nupcial por Jesús es indiviso como el amor de una prometida, que le ha dado su corazón a su futuro esposo, que tiene ojos solamente para él. De la misma manera, debemos amar a nuestro Esposo celestial, con un corazón indiviso.

Hoy en día el primer amor nupcial es de suma importancia, en vista de la Segunda Venida de Jesús. Cuando Jesús vuelva, lo hará como Rey y como Esposo. Como Esposo, vendrá solamente por aquellos que están encendidos de amor nupcial hacia Él, aquellos cuyo verdadero amor los ha llevado a prepararse para su Esposo y para la Cena de las Bodas del Cordero.

Este amor nupcial, que tanto necesitamos, no es una meta inalcanzable. Jesús, que nos amó primero, ha plantado la semilla de este amor dentro de nuestros corazones. “Nosotros lo amamos a Él porque Él nos amó primero” (1 Juan 4.19). Es un regalo que viene de Él, un reflejo de Su mismo amor y de la intimidad

de Su ser. Este amor es tan fuerte, tan puro, tan ferviente, que tiene un poder ilimitado. Este amor puede lograr mucho más de lo que pueden lograr la fuerza y las habilidades naturales porque es la fuerza más grande que existe en el cielo y en la tierra, y posee la mayor autoridad, por cuanto viene del corazón de Jesús. Fue el amor de Jesús el que lo llevó a sufrir por la redención del mundo.

El amor nupcial, ese reflejo de Su propio amor, nos da ahora la gracia para sufrir y sacrificarnos. El amor nupcial nos puede impartir mucha fortaleza porque nos hace uno con el Señor del cielo y de la tierra, el Todopoderoso.

Un día, en la eternidad, descubriremos –si no lo hemos descubierto ya– que nada es tan deseable en nuestra vida de fe como este primer amor, este amor nupcial por Jesús. Fue para este amor que fuimos creados y redimidos. Este amor solamente puede hacernos genuinamente felices, y traernos gozo duradero. Este amor es la clave del verdadero discipulado.

Jesús nos está esperando para que lo amemos con este primer amor, este amor nupcial, porque Él mismo es el Esposo.

“TAMBIÉN EL REINO DE LOS CIELOS ES SEMEJANTE A UN MERCADER QUE BUSCA BUENAS PERLAS, QUE HABIENDO HALLADO UNA PERLA PRECIOSA, FUE Y VENDIÓ TODO LO QUE TENÍA, Y LA COMPRÓ.” MATEO 13.45-46



## El Primer Amor– El Gran Descubrimiento

Durante mucho tiempo no pude encontrar la clave, la respuesta a mis preguntas: ¿Cuál es el verdadero discipulado? ¿Qué quiere Jesús?

Por una parte, Él nos llama a un discipulado completo y comprometido: a darlo todo, a perder nuestras vidas. Nos llama a dejar padre y madre. Por otra parte, debemos honrar a nuestro padre y a nuestra madre. La Biblia también dice que la creación entera es obra de las manos de Dios; y puesto que la inteligencia humana y las habilidades son parte de esa creación entera, ¿no deberían ser tenidos en alta estima aquellos aspectos de la civilización y de la cultura humanas que son “verdaderos, honestos, justos, puros y amables” (Filipenses 4.8)? Pero, si renunciamos a todas las cosas y vivimos una vida de discipulado radical, nos convertimos en ascetas escapistas, rechazando todas las cosas que Dios nos ha dado. ¡Ciertamente eso no es correcto! Pero entonces, ¿cuál es la respuesta?

Muchas voces llegaban a mis oídos. Líderes de distintas tradiciones cristianas trataron de convencerme de que su camino era el único verdadero. Unos pensaban que, como Cuerpo de Cristo, no tendríamos que preocuparnos de lo que pasa en nuestro país o en las instituciones humanas de nuestro tiempo, por sus condiciones espirituales; o que no deberíamos preocuparnos por eventos de significación nacional, ni conocer los ámbitos del arte, la música, y la literatura,\* y ni siquiera disfrutar de la naturaleza. Deberíamos vivir en un solo ambiente: el de la Palabra de Dios y la comunión de los creyentes.

Durante un tiempo, yo seguí este camino, pero la realidad del mismo demostró ser decepcionante. A aquellos que tenían este punto de vista, les faltaba el gozo y carecían de agradecimiento por las buenas dádivas del Padre Celestial y por la revelación de Su asombrosa grandeza en la naturaleza. Más aun, con frecuencia, hallé que tales personas tenían una mente estrecha y rígida y carecían de amor hacia los demás.

\* Nota de Editor: En el tiempo que la autora escribió esto todavía la sociedad gozaba de música clásica, literatura que comunicaba los valores éticos, y el arte cristiano o hermosura natural, cosas que han cambiado en la humanidad al separarse de Dios y de los valores bíblicos.

Al mismo tiempo, se consideraban a sí mismos justos y estaban convencidos de que solamente ellos poseían toda la verdad.

Luego oí una voz muy diferente y me volví hacia ella. Hallé personas más abiertas, amorosas, naturales y relajadas. Descubrí más del amor de Jesús en sus vidas y personalidades que lo que había encontrado en los otros. Esta gente no insistía en que ellos únicamente eran el Cuerpo de Cristo. En realidad, no hablaban mucho acerca de su conversión y parecían sentirse cómodos en el mundo. Sin embargo, este mismo punto me preocupaba. Con mucha frecuencia, se conformaban tanto al mundo que parecía que habían perdido de vista las advertencias de las Escrituras que dicen: “No amen al mundo” (1 Juan 2.15); “No vivan ya según los criterios del tiempo presente” (Rom.12.2); “No se unan ustedes en un mismo yugo con los que no creen” (2 Cor. 6.14). Parecía que habían olvidado que la Biblia nos llama a los cristianos a seguir a Jesús, a andar por el camino de la cruz y a morir a nosotros mismos.

Y por eso, aún me preguntaba: ¿Qué es lo que Dios quiere? ¿Cuál es el camino? A toda costa yo deseaba caminar por el camino del Señor; y después de seguir por el primer sendero durante algunos años y luego por el otro, yo no sentía todavía que había hallado Su camino.

Sin embargo, finalmente Él respondió a mi súplica de guiarme “por senderos de justicia por amor de Su nombre” (Salmo 23.3), a fin de que un día yo pudiera alcanzar la meta de la gloria celestial.

No obstante, Él tenía que mostrarme primeramente la verdad acerca de mí misma antes de que pudiera enseñarme el camino correcto; tenía que llevarme hasta el punto de la bancarrota espiritual para que llorara por mis pecados y viera cuán pecadora era. Esto sucedió en un momento en el que tenía dificultades para llevarme bien con una persona que me hacía la vida extremadamente difícil. Resentida y amargada, no veía ninguna salida, ni parecía haber esperanza para un mejoramiento. Yo sabía que esto no estaba bien. Sin embargo, me sentía impotente en esta situación, incapaz de resolverla y sin saber qué hacer para vencerla.

Entonces el Señor me mostró que yo era la culpable. De haber sido más amorosa y misericordiosa con esta mujer, la habría ganado. El Señor me convenció de mi pecado, dándome lágrimas de arrepentimiento. Y esta experiencia me condujo a los brazos de Jesús, porque Jesús y el pecador se pertenecen. Jesús comenzó a revelarme Su amor. Ya no era un asunto de ninguna enseñanza en particular: ¡Jesús mismo era la Respuesta! Mis preguntas intelectuales empezaron a desvanecerse.

Todo lo que yo deseaba era amar a Aquél que había perdonado mis pecados, que me había redimido y me amaba tan tiernamente. Él era ahora el gran amor de mi vida.

Para mí, Él se había convertido en el “más hermoso de los hijos de los hombres” (Salmo 45.2), la joya de mi corazón, el gozo de todos los gozos, y era más querido para mí que cualquier otra persona o cosa. Con Paul Gerhardt, yo podía levantar mi voz en esta canción:

*Dios es mayor, más hermoso, mejor. Dios es más dulce y más seguro. Él es el tesoro más noble de todo.*

Ciertamente, Él es el más amado, Él, de quién el salmista escribe: “Les das a beber del torrente de tus delicias” (Salmo 36.9). Habiendo bebido de este río, llegué a amarlo más y más.

Mi amor por Él me ayudó a encontrar la respuesta a mis preguntas. Había hallado la clave: el amor por Jesús, el primer amor, el amor nupcial.

El amor se hizo mi maestro. Vi que seguir a Jesús no tenía nada que ver con el ascetismo; vi que seguir a Jesús no significaba renunciar y abandonar las cosas de este mundo tan sólo por ser cosas de este mundo. De repente, me sentí impresionada por el significado de la frase usada por Jesús cuando llamó a alguien a un discipulado comprometido: “por causa de

mi Nombre”. En otras palabras, se nos llama a caminar por este sendero de discipulado comprometido, por amor hacia Él. Siguiendo Sus pisadas, nos acercamos más a Aquél a quién amamos. El amor nupcial se reduce a esto: estar lo más cerca posible del Amado.

Habiéndome mostrado que el discipulado comprometido es una decisión voluntaria que brota del amor, me reveló además que el amor es la clave de la libertad cristiana. Siendo la esencia misma del amor, ¿no tuvo Él que haberse distendido, a veces, con Sus discípulos disfrutando de las buenas dádivas de Dios? Y ¿no atrajo Él a veces la atención de ellos hacia la belleza de la naturaleza? – “Miren los lirios del campo... ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos” (Mateo 6.28-29). Por lo tanto, yo también fui capaz de disfrutar de la naturaleza ... no aparte de Él sino con Él, estando unida a Él en amor.

Ahora, las dádivas del Creador, no eran ya para mí algo remoto, ni algo que debía ser evitado porque me desviaban del verdadero discipulado. En lugar de eso, eran símbolos del amor del Padre. Yo podía disfrutarlas porque ellas me inspiraban a dar gracias y a sentir un amor más grande hacia Dios. Podía disfrutar de la belleza del arte y de la música, al ver la gloria de Dios reflejada en ellos.

Ya no estaba en peligro de esclavizarme a otras cosas o de apartarme del camino de mi

entrega a Jesús. Podía hacer de las cosas del mundo, si me guiaban a un amor y entrega más profundos, aumentaban mi gratitud hacia Dios Padre y me hacían más eficaz en mi ministerio.

Ahora, todo tenía otra apariencia. Anteriormente, cuando había estado tratando de llevar una vida de asceta, casi nunca viajaba, pero ahora me sentí libre para hacerlo. Ahora la motivación era diferente. En los años siguientes, para dar gloria al Creador, hice “viajes de alabanza” a lugares pintorescos donde colocaba placas de alabanza con una Escritura o un verso de una canción como una señal para Dios, para inspirar a otros a ofrecerle amor, alabanza y acción de gracias.

Del mismo modo, me sentía bendecida cuando veía pinturas de las maravillas de la creación o cuadros de lugares hermosos de distintos países donde Dios se había encontrado conmigo de una manera especial. Anteriormente, también, escasamente me atrevía a admirar el arte religioso, pero ahora, cuando veía cuadros que representaban a Jesús, me llenaba de un amor y de una acción de gracias más profundos. Y todo esto, a su vez, tenía un impacto sobre mi ministerio, capacitándome para glorificarlo a Él aun más.

Ya no me sentía separada de mis compatriotas por el hecho de pertenecer al Cuerpo de Cristo. Ahora que compartía las motivaciones del corazón paternal de Dios, amaba a mi pueblo y

a todos los otros pueblos porque cada uno tiene su origen en el corazón del Creador, reflejando algo de Su amor y de Su gloria. Ahora sentía dolor cuando mi nación le daba la espalda a Dios y rechazaba Sus mandamientos, sabiendo cuánto dolor causaba esto al corazón del Padre. Según las Escrituras, aunque Israel ocupaba un lugar especial en el corazón de Dios, Dios se preocupaba con la perspectiva de tener que destruir a la ciudad pagana de Nínive (Jonás 4.11). Y así, a la luz de un juicio que era inevitable, yo llegué a sentir preocupación profunda por mi pueblo.

Todas mis preguntas habían sido contestadas. Más que eso, ¡ahora era libre! En el pasado, había temido ser atrapada o bien por una vida demasiado estrecha y legalista o bien por una vida que fuera demasiado conforme al mundo porque ninguna de las dos parecía ser un discipulado verdadero; pero ahora, había entrado en la libertad de los hijos de Dios, porque el amor me unía a Él completamente. Ahora pertenecía sin reservas a Aquél que es el centro del universo y de Quién procede todo lo que es bueno y noble en esta tierra. En la comunión de Su amor, podía compartir todo lo que Él posee: la tierra y todo el universo.

Aunque ensanchado, mi amor siempre permaneció firmemente anclado en Él, que es el centro del universo.

Así como me sentí infeliz y desgarrada por el conflicto interior, antes de hallar una respuesta, así me sentí de feliz y en paz; después. La alegría había entrado en mi vida porque había encontrado a Aquél que me ama y a Quién tenía el privilegio de amar por sobre todo lo demás, con toda mi fuerza y con todo mi ser. Y por muchos años hasta ahora, he andado por la vida con Jesús como el Esposo de mi alma. Nunca he podido hallar suficientes maneras para decirle a Jesús cuánto lo amo y para alabarlo por medio de canciones como Aquél que es el más puro de todos, el más majestuoso y noble, la alegría de mi corazón, Aquél que trae verdadera plenitud a mi vida.



*Mi alma adora solamente a Uno:  
a quien ofrezco todo mi amor,  
nadie es como Él,  
a nadie puede compararse.*

*Cordero de Dios tan puro y sin mancha,  
oh Esposo de mi alma, oye mi plegaria,  
úneme para siempre contigo,  
Tú que venciste al enemigo.*

*Oh Cordero de Dios, alabo tus heridas,  
por salvarnos a todos entregaste tu vida.  
Tu santa y preciosa sangre derramada  
sanidad trae a mi alma.*

*Mi alma adora solamente a Uno,  
a mi Salvador Jesucristo.  
Pues nadie sufrió tanto  
como Él, que murió por mí.*

“GRANDE ES ESTE MISTERIO, PERO YO ME  
REFIERO A CRISTO Y A LA IGLESIA.” EFESIOS 5.32



## El Secreto Precioso del Amor Nupcial por Jesús

Hay un amor que resplandece más que los otros amores –un amor de belleza inimaginable, de fortaleza y pasión– celebrado por el escritor del Cantar de los Cantares. Es el amor de Jesús por un alma nupcial con Él y el amor de esa alma por Él. ¡Cuán indeciblemente maravilloso es que tal amor exista y que Jesús nos ame tan tiernamente!

Podemos entenderlo cuando Él viene a nosotros como Salvador, porque nosotros, pecadores, necesitamos un Salvador; y es comprensible que le demos gracias por salvarnos. Sabemos, también, que Jesús vino a nosotros como Aquel que tiene poder para sanar nuestras enfermedades del cuerpo y del alma. A la vez, Él también se nos revela como Rey de reyes, Señor de los ejércitos del cielo, Soberano sin par, revestido de majestad y poder divino, y ante cuyas órdenes, los demonios huyen y los vientos y las olas se aquietan. A través de todos los tiempos las distintas

generaciones han expresado su gratitud, su adoración y su alabanza a Jesús, su Salvador, Sanador, Señor y Rey.

Pero lo que va más allá de nuestra comprensión es que Jesús quiera inclinarse hacia nosotros pecadores, no solamente como Rey, Señor, Salvador y Sanador, sino también como Esposo. Increíblemente, el Señor quiere hacer un pacto de amor con los pecadores como nosotros, así como lo hizo con Israel, Su pueblo escogido, cuando Él declaró: “Te desposaré conmigo para siempre...” (Oseas 2.19). Jesús se compromete con la “novia del Cordero”, al entrar en una alianza de amor con ella. Él hace este pacto de amor, individualmente –hombre o mujer– con cada alma que forme parte de este grupo: Su Novia, la Novia del Cordero.

Por las palabras de Jesús: “Si alguno me ama....” y “¿Me amas?”, nos damos cuenta de cuánto Él suspira esperando que nosotros le amemos. Pero es una clase especial de amor la que Él busca. Es el amor que se refleja en la relación terrenal, entre una desposada y su desposado. Un amor exclusivo. Un amor que no permite rivales. Un amor que le da al amado, al novio, el primer lugar.

Como Esposo Celestial, Jesús reclama un primer amor así. Puesto que nos ama tan tiernamente, Él anhela poseernos por completo.

Jesús se dio a Sí Mismo, sin reservas, por nosotros.

Y ahora, Él anhela que nosotros nos demos completamente a Él, con todo lo que somos y con todo lo que tenemos, de modo que Él pueda ser verdaderamente nuestro primer amor. Ofrecerle a Jesús algo menos que este primer amor, no tiene mucho valor para Él. Mientras que nuestro amor para Él sea un amor dividido, mientras que la familia, las posesiones, y otras cosas semejantes signifiquen más para nosotros que Él, entonces Él considerará que no es genuino nuestro amor hacia Él. Ciertamente, Jesús no hará un pacto de amor con alguien cuyo amor esté dividido, puesto que un pacto de esta naturaleza requiere un amor pleno y mutuo. ¡Cuánto anhela Jesús nuestro amor! Pero, puesto que nuestro amor es tan precioso para Él, Él espera hasta que nos entreguemos de todo corazón y con un amor indiviso.

El amor verdadero, ante dos posibilidades, siempre elige a Jesús. Si, por ejemplo, Jesús llama a alguien al campo misionero, entonces, por amor de Jesús, deberá dejar su patria. Esto podría implicar separación de los seres amados, incluyendo a los hijos, y hasta quizás, aunque temporalmente, su esposa. El amor por nuestro país y por la familia tiene que ocupar el segundo lugar. Solamente Jesús puede ser nuestro verdadero amor, nuestro primer amor.

Si nuestro amor por Jesús tiene la prioridad, y se nos da a elegir entre Jesús y personas o cosas, siempre elegiremos a Jesús.

Jesús tiene todo el derecho de hacer este reclamo a nuestro amor, porque Él es incomparable. Nadie es tan glorioso, tan majestuoso y, al mismo tiempo, tan hermoso como Jesús. Su amor es tan grandioso, tan tierno e íntimo, tan ferviente y fuerte que ningún amor humano podría nunca ser comparado con él. Nadie nos ama tan fielmente, como si fuéramos los únicos. Nadie cuida y está tan cerca para atendernos como Él. Nadie se entrega a nosotros con tanta exclusividad como Jesús. Jesús sabe lo que Él puede dar con Su amor. Él sabe cuán profundamente feliz puede hacer a una persona. Por eso tiene el derecho, mil veces más que cualquier esposo terrenal, de decir: “Dámelo todo –todo tu amor– tu primer amor, dejando por amor a Mí todas las cosas terrenales, exactamente como una esposa pondría de lado todo otro deseo y dejaría su hogar y su patria para estar con su marido.”

¿No podemos escuchar a Jesús suplicándonos, pidiéndonos nuestro amor? Él quiere tener plena posesión de nosotros, que no haya ningún área en nuestra vida que le esté cerrada a Él. Él no tolera ningún amor rival. Puesto que Él nos ama tan fervientemente, se duele cuando no correspondemos a este amor suyo, de

todo corazón, amándolo a Él con todo lo que somos y con todo lo que tenemos. Su amor por nosotros es tan poderoso que Él anhela recibir nuestro más profundo amor. Además, a una verdadera esposa de Jesús, nada podría producirle mayor gozo que consagrarse totalmente a Él, dándole su amor, y todo lo que tiene a Aquél que la ama tan ardientemente. Para ella es una gracia absoluta el ser posesión de Él.

¡Posesión de Dios! – ¡benditas palabras! Dios me ha reclamado para Sí. Y Él me ama tan profundamente que no se siente satisfecho hasta que yo me consagre completamente y sin reservas a Él. Solamente, aquél que ama a Jesús de esta manera, puede comprender la esencia de su Ser y gustar su Amor profundo e íntimo.

Conocemos la historia del joven rico (Mateo 19.16-22). Jesús le amaba, y este joven anhelaba amar a Dios. Jesús vio este anhelo profundo de una comunión de vida y amor con Dios. Dios es tanto vida como amor. Cualquiera que reciba vida eterna –o divina–, también recibe el amor de Dios. Todos, incluyendo a aquellos que están atrapados por el pecado y el materialismo, anhelan en lo profundo de su ser, la felicidad y una vida verdaderamente plena, pero estas cosas solamente pueden hallarse amando a Dios.

Jesús le mostró al joven rico el camino. El alcanzar las riquezas del cielo –la vida eterna– siempre requiere dejar algo y, de hecho, todo. Esto es inevitable, porque la vida eterna y divina significa amar con todo el corazón. Darle todo mi amor a Jesús quiere decir renunciar a todas las demás cosas que amo.

El joven rico se fue triste. Y hasta este día –y lo sé por mi propia experiencia– los cristianos, a veces, se encuentran desanimados y desprovistos de alegría. Hemos perdido el gozo porque carecemos de esa relación vital de amor ardiente con Jesús, que es la suprema felicidad. Mientras que no le demos a Jesús nuestro primer amor, no poseeremos tal relación. Quizás sintamos temor de caer en un falso ascetismo o en un mero legalismo, pero usualmente la verdadera razón es que estamos esclavizados, atados a las posesiones materiales o a nuestro prestigio, o a nuestra carrera o a nuestros seres amados, o a otras cosas y no le hemos dado a Jesús un amor indiviso.

Cuando le di todo a Jesús –no solamente en la oración, sino en la práctica– entregándole a Él todo aquello muy querido para mí: mis seres amados y también mis intereses intelectuales y culturales, entré en una relación de amor con Él. Él me reveló Su amor como Esposo y me permitió gustar la plenitud de la vida. El mensaje de Jesús al joven rico se podría resumir así:

“Vende, entrega lo que tienes, sígueme, encomiéndate a Mí y a mi camino. Por amor, dame tu vida y todo lo que la enriquece y la hace valiosa para ti. Dame todo eso ... no por ningún motivo ascético ni por ningún otro motivo, sino como un acto de amor. Y Yo te daré la vida eterna, divina, rebotante de amor con sus mayores riquezas; esta vida te hará más feliz de lo que puedas imaginar”.

Jesús puede demandar esto de nosotros porque Él es “la Vida”. Aquellos que se entregan a Él se unen a la verdadera fuente de vida y amor.

Sí, quien sigue así a Jesús recibe vida divina. Así lo experimenté yo. Durante años había vivido de la “gracia barata”, sin corresponder a Su llamado, a un discipulado, con una entrega total. Pero llegó el tiempo en que Su amor se apoderó de mí. Y entonces, como discípula Suya, conscientemente, elegí andar en Sus Caminos. En la vida cotidiana, trataba de vivir el Sermón del Monte, escogiendo las sendas de la humildad y de la pobreza, “poniendo” la otra mejilla, no insistiendo en mis derechos, guardando silencio cuando me hicieran algo injusto y, en tiempos de tribulación -como en los períodos de la guerra y la posguerra- compartiendo hasta la última de mis posesiones, de acuerdo al mandato de Jesús: “Den a otros, y Dios les dará a ustedes” (Lucas 6.38).

Desde entonces supe que el que sigue a Jesús está realmente unido a Aquél que es Vida Eterna, a la fuente de amor que fluye sin cesar. Descubrí que esta fuente de amor se derrama, mucho más, en los corazones de aquellos que saben que son pecadores. No fue sino hasta que comencé a tomar en serio el llamado de Jesús al discipulado, que recibí las verdaderas y divinas medidas para mi vida. Vez tras vez pecaba contra ellas pero mis repetidas faltas, en realidad, me llevaron a los Brazos de Jesús, obligándome a reclamar Su Sangre Redentora y abriéndome nuevamente, a la fuente de Su amor.

En el ejemplo de la visita de Jesús a la casa de Simón el fariseo podemos ver cuánto se preocupa Jesús por nuestro amor por Él (Lucas 7). Él valora el gesto de amor de aquella mujer pecadora que besaba Sus Pies y los ungía con perfume, quizás la más valiosa de sus posesiones. Este fue un gesto de amor personal a Jesús, centrado en Su persona. Esto fue servir al Mismo Señor, en vez de a otros. Nuestro servicio por los demás, en el Nombre del Señor, tiene su lugar y debe brotar de nuestro amor por Jesús. Pero Jesús valora aun más nuestra devoción personal, atesorando el amor que se centra en Él, un amor generosamente obsequioso para con Él, y para el cual no hay sacrificio demasiado grande, un amor que tiene ojos solamente para Él.

La verdadera esposa dice a Cristo: *“No quiero lo que Tú tienes para darme. Eres Tú a Quién yo quiero. No te quiero más cuando todo anda bien, ni te quiero menos cuando todo marcha mal”* (Martín Lutero).

En Getsemaní Jesús esperó, con un corazón anhelante, a que Sus discípulos velaran junto con Él en Su hora de necesidad, que estuvieran con Él, mostrando así que Él les importaba. Pero Él buscó y esperó en vano esta muestra de amor.

En Betania, poco antes que Su Pasión comenzara, Él también había estado buscando amor entre los suyos. Y allí, halló a alguien que compartía Su dolor, valorando cuán afligido estaba Su corazón por causa de Su sufrimiento y Su muerte inminentes. Era María. El amor le reveló a María de Betania que el alma de Jesús estaba angustiada y ella hizo todo lo que pudo por Él. Su preocupación era Jesús Mismo. Por eso es que ella “no dio su dinero a los pobres”, un hecho por el cuál fue reprendida por los discípulos. En lugar de eso, ella derramó generosamente su frasco de perfume costoso, sobre Jesús (Juan 12.1-8). Dándose cuenta de Su profundo dolor, ella anhelaba consolarlo y aliviarlo.

Nunca olvidaré el momento cuando entendí esto: Puesto que Jesús es el mismo hoy como lo era entonces, Su corazón todavía sufre hoy, y por eso, Él está esperando que nosotros

alegremos Su corazón, le confortemos y seamos ciertamente –como dice la Escritura– sus consoladores (Salmo 69.20). Desde entonces, mi primera preocupación ha sido Jesús Mismo y no mi servicio para Él. Yo continué llevando a cabo lo que Él me había encomendado hacer, pero ahora mi perspectiva había cambiado. Ahora yo estaba preocupada por servir a Jesús mismo. Un fuego se encendió en mi corazón cuando vi la importancia de la adoración. Me apenaba que Él recibiera tan poco amor en palabras y canciones de adoración. Desde entonces, la adoración nunca ha estado ausente de mi vida de oración. Aunque yo soy una persona muy activa y sociable, desde ese tiempo yo sentí un deseo fuerte de pasar cada minuto libre en mi cuarto, para comunicarme con Jesús en oración. Me daba cuenta que Él me estaba esperando. ¿Acaso un esposo no espera siempre el contar con esos momentos privados con su esposa para poder abrirse mutuamente sus corazones?

Jesús anhela tener comunión con nosotros y oír palabras de amor de nuestros labios. Él quiere acercarse a nosotros. Él quiere hablar-nos en nuestro corazón y cultivar una relación amorosa con nosotros. Solamente en momentos de quietud, lejos del bullicio de la vida cotidiana, sin que nada ni nadie nos distraiga, Jesús puede darnos Su amor de manera más plena e íntima.

Si deseamos experimentar la Presencia de Jesús y entrar en este amor nupcial para con Él, seamos fieles y constantes, teniendo momentos de quietud y santificándolos para Él.

Jesús espera nuestro amor. Nuestros sacrificios son importantes para Dios, y así también, nuestra obediencia a Sus mandamientos. Jesús alabó al joven rico por guardar los mandamientos. Sin embargo, esta obediencia en sí misma no podía darle vida eterna, vida divina. Solamente el amor podía hacerlo. Sin embargo, el hacer sacrificios y el guardar los mandamientos no necesariamente son cosas inspiradas por el amor.

Jesús sabe esto y, siendo Él la misma esencia de la vida verdadera y del amor, quiere compartir estos tesoros con nosotros. Para Jesús nuestro amor, que brota de la vida divina que Él nos ha dado, es la única respuesta aceptable a Su amor por nosotros. Y entonces el amor, a su vez, nos impulsará a guardar Sus mandamientos, porque el amor honra los deseos del Amado, y Sus mandamientos son un pedido personal a cada uno de nosotros. El amor nos impulsará a ofrecerle muchos regalos y sacrificios, aunque en un espíritu completamente diferente porque, ahora, la motivación es diferente.

Hay algo maravilloso acerca de este amor por Jesús.

Todas las almas que están unidas a Él en alianza nupcial, llevan en sus corazones este amor hacia Jesús como el secreto y el tesoro más bendecido. Aun cuando no hablen de esto, cualquiera que se relacione con ellas, siente algo de este secreto precioso.

Hay gozo y resplandor alrededor de ellas, el resplandor del amor, porque ellas aman a Aquél que es “el más hermoso de los hijos de los hombres”. Aman a Aquél que brilla como el sol en los cielos y en el universo entero. Aman a Aquél que reina en majestad y gloria. Aman a Aquél que las ama a ellas con una ternura que ningún corazón humano, quizá, pueda tener. Aman a Aquél que se les ha revelado a Sí Mismo como el Esposo.

El amor es una fuerza dinámica. Irradia gran gozo y felicidad. El Esposo Celestial es el Señor del gozo, ungido con óleo de alegría (Salmo 45.7). Su esposa comparte esta alegría. Ella pertenece a Aquél que brilla como el sol en Su amor, gozo y luz. Puesto que ella está unida a Él, su personalidad refleja algo de Su gozo y de Su resplandor. Nada en el mundo puede traer la inconmensurable felicidad que trae el amor. El deleite terrenal, de una esposa en su esposo, no es sino un pálido reflejo del gozo verdadero y eterno que siente la esposa del Cordero por su Esposo Celestial.

No hay amor más grande, ni más feliz, ni más alto, ni más rico; que el amor nupcial por Jesús.

*Mi Padre celestial y Dios Fuerte,  
Tú me has amado en Tu Hijo,  
eternamente, antes que el mundo fuese.  
Y Él conmigo se ha comprometido,  
es mi Tesoro y yo soy su esposa;  
por esto nada me abate,  
aunque el mundo me combate.  
Vida del cielo me da,  
y la gozaré allá arriba,  
por eso le alabaré  
mi corazón por los siglos.*

Philipp Nicolai (1556-1608)

“LA ÚNICA FELICIDAD QUE POSEEMOS EN LA  
TIERRA ES AMAR A DIOS Y  
SABER QUE ÉL NOS AMA.” CURÈ D’ ARS



## Amor – El Supremo Llamamiento

El amor – ¡la más bienaventurada de las palabras! Dios es Amor; Él irradia amor; y el amor es lo que hace del cielo, “el cielo”. El amor es la palabra que resuena por todo el cielo como un repique de campanas de gozo. Los redimidos en el cielo se aman los unos a los otros, porque todos ellos aman a Jesús, el Esposo y Rey Celestial, que es Uno con Dios Padre y con el Espíritu Santo.

Nosotros, también, podemos amarlo a Él y, amándolo, tomamos parte de la naturaleza del Dios trino, que puede ser resumida en una palabra: amor.

Por amor fue creado el mundo. A través de sufrimientos de amor, fue redimido. Por amor será transformado en una nueva tierra junto con un nuevo cielo. El amor brilla en cada flor que Dios creó. El amor motivó a Dios a hacer la creación tan bella, para nuestro disfrute. El amor llena el corazón del Padre y lo mueve a

dar Sus buenas dádivas, tan generosamente todo lo que Sus hijos necesitamos en esta vida. El amor Lo inspiró a crear el cielo como un lugar de bienaventuranza y de felicidad que nunca acaban, donde aquellos que Lo aman morarán en las mansiones del Altísimo.

El amor impulsó a Jesús a sufrir y a morir, para abrir las puertas del cielo para nosotros. El amor lo instó a ir delante de nosotros, al Padre, y a prepararnos un lugar a fin de que pudiéramos estar siempre cerca de Él, que es el Amor Eterno. En Su amor, Él quiere guiarnos a la felicidad suprema para la cual fuimos creados: la unión amorosa con Dios.

¡Amor, amor nupcial! ¿Quién puede comprender su secreto? Es demasiado profundo, demasiado alto, demasiado ancho, para que podamos llegar a medirlo totalmente, porque el amor nupcial revela el corazón de Jesús, el Esposo Celestial, que late con compasión por Su esposa a pesar de ser ella un ser humano pecador. Con tierno amor, Él la rodea, ocupándose de ella, consciente de sus más pequeñas preocupaciones, siempre a su lado para ayudarla, apoyarla y protegerla. Él le da una dignidad nueva, haciendo mayor su belleza.

¿Quién puede compararse con el Esposo celestial, que es el Amor Eterno? Él no retuvo Su amor para Sí Mismo; sino que, nos creó y nos llamó a amarlo a Él que es el único que puede darnos el gozo del verdadero amor y su

más profunda realización. ¡Qué privilegio! Podemos beber de Su río de delicias. Podemos amar a Aquél que nunca nos va a defraudar ni a fallar. Podemos amar al que es Señor y Rey, con Quién nosotros pecadores estamos unidos en calidad de esposa Suyas. Podemos amar a Aquél que es el Señor del Universo, con Quién un día gobernaremos todos los mundos. Podemos amar a Aquél que es el más hermoso de todos los hijos de los hombres, porque Él lleva las marcas de Sus heridas como la señal del amor supremo. Podemos amarlo como Varón de Dolores, que derramó Su amor en un ilimitado sufrimiento, por nuestra redención. Ningún precio fue demasiado alto para Él. En Getsemaní, Su alma casi llegó a la muerte cuando padeció aquella intensa angustia, Su sudor, como de sangre, Su apariencia transformada e irreconocible por causa del terror y la agonía. Cuando fue azotado, todo Su cuerpo se cubrió de llagas. Las palabras no pueden describir la profundidad de Su dolor cuando se burlaron de Él y Lo despreciaron. Flechas de odio traspasaron Su corazón. ¿No era Él el Hijo de Dios, a Quién los ángeles servían y por Quién nosotros fuimos creados? Pero Él se hizo como un gusano, digno tan sólo de ser pisoteado - y todo esto, aun cuando Él había vivido solamente para ofrecer amor, ayuda, sanidad, y el mensaje del Reino de los Cielos. Tal amor desafía a la comprensión.

Podemos amar a Aquél que cargó Su cruz en silencio y pacientemente. Él tomó todas nuestras cargas, llevándolas a la cruz, en la cual fue clavado con una agonía indescriptible. Torturado hasta la muerte, entregó Su vida en aquella cruz de modo que Su sangre, derramada sobre esta tierra oscura, pecaminosa, satánica, nos redimiera a aquellos que reclamamos por fe, el Poder de Su Sangre.

Podemos amar a Aquél que como Señor victorioso se levantó de la tumba, demostrando el triunfo del amor sobre la muerte y el infierno, y a Quién ahora comparte la vida de Su resurrección con aquellos que Lo aman.

Aquél, a Quién tenemos el privilegio de amar, es la suma total de todo amor, el más digno de amor en el cielo y en la tierra. Increíblemente, Él nos ama. Fuimos creados y salvados para que pudiéramos amarlo.

Bienaventurados son aquellos que Lo oyen preguntar: ¿Me amas?, y aquellos que responden: “¡Señor, Tú sabes todas las cosas. Tú sabes que Te amo!”.

“SI ALGUIEN TIENE SED,  
VENGA A MÍ Y BEBA”. JUAN 7.37



## La Oferta Real

Hay una Persona sin igual que anda por las calles, llamando a las puertas. Está ofreciendo algo. ¿Qué es? ¡Su amor!

A todo aquél que encuentra le pregunta: –“¿Quisieras tener lo que yo estoy ofreciendo: Mi amor? Tú estás buscando algo que te haga feliz, ¿no es cierto? Darías todos tus bienes por conseguirlo, consagrarías tu tiempo y tu energía para obtenerlo. Pues ahora, Yo estoy ofreciéndote Mi amor. En él vas a hallar todo lo que estás buscando y todo lo que pudiera hacerte feliz. ¡Cree lo que te estoy diciendo y acepta Mi oferta!

–“¿Qué debo hacer para recibirlo?”– preguntas. Y Él responde: –“Haz lugar para que Mi amor pueda derramarse. Mi regalo de amor no tiene igual, pero existe esta única condición: que tú le hagas lugar. Yo no puedo darle este regalo a un corazón que ya esté lleno. Estoy buscando corazones vacíos. Vacía tu corazón de todo lo que está llenándolo, y encontrarás el regalo más valioso, el regalo más

maravilloso de todo el mundo: una relación de amor entre tú y Yo: la relación más profunda, más pura, más santa, y más fuerte posible. ¡Renuncia a todo lo demás y tendrás este regalo!

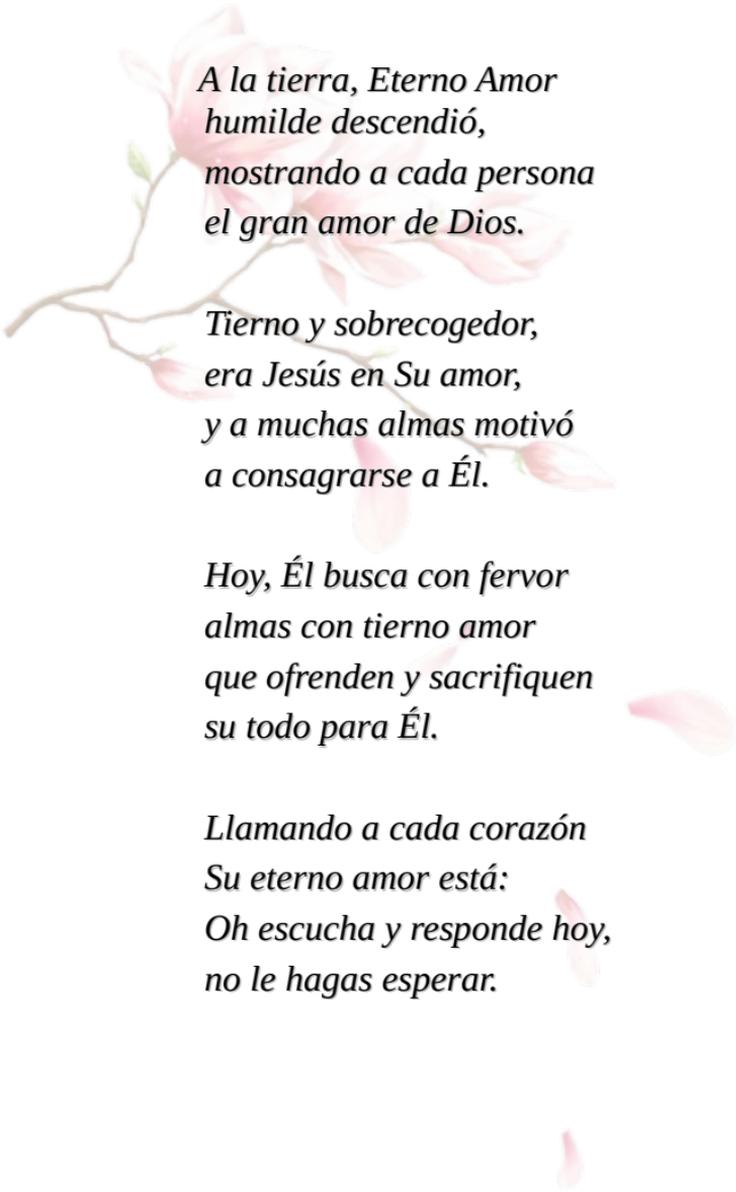
Aquél que acepta por fe esta oferta real de amor, abriendo su corazón a Jesús y consagrándose a sí mismo a Él como esposa Suya, llegará a conocerlo como su único amor. Lo que Jesús ofrece, sobrepasa todas las cosas que este mundo puede ofrecer.

*Amar a Jesús significa tener el tesoro más hermoso del cielo y de la tierra.*

*Amar a Jesús significa darse y ofrecerse uno mismo a Él.*



*Haz clic en la imagen*



*A la tierra, Eterno Amor  
humilde descendió,  
mostrando a cada persona  
el gran amor de Dios.*

*Tierno y sobrecogedor,  
era Jesús en Su amor,  
y a muchas almas motivó  
a consagrarse a Él.*

*Hoy, Él busca con fervor  
almas con tierno amor  
que ofrenden y sacrificuen  
su todo para Él.*

*Llamando a cada corazón  
Su eterno amor está:  
Oh escucha y responde hoy,  
no le hagas esperar.*

“Y TE DESPOSARÉ CONMIGO PARA SIEMPRE; TE DESPOSARÉ CONMIGO EN JUSTICIA, JUICIO, BENIGNIDAD Y MISERICORDIA. Y TE DESPOSARÉ CONMIGO EN FIDELIDAD, Y CONOCERÁS A JEHOVÁ”. OSEAS 2.19-20



## Jesús – Un Verdadero Esposo

Jesús es todo lo que un Esposo debe ser. Esta es Su naturaleza. Por eso es llamado Esposo, en las Escrituras. El amor de esa “esposa” significa tanto para Él que siempre está esperando a que ella se decida y acuda a Él y siempre está observando si realmente ella lo desea tan sólo a Él.

Puesto que es el Esposo, Jesús quiere darte Su amor, pero también quiere recibir tu amor, a cambio. Puesto que es el Esposo, Jesús no tolera un amor dividido. Él quiere todo de ti. Él te vigila con “celos santos”. Está ansioso de que tú no le dediques más tiempo, energía y amor a las personas y a las cosas, que a Él. Cuando lo haces, Él se siente herido, porque te ama tanto.

Como verdadero Esposo, Jesús no te va a obligar a amarlo. Él solamente pregunta: “¿Quieres darme tu amor?” Solamente tu amor va a satisfacerlo.

El hecho de que tú creas en él, lo obedezcas, y hayas recibido Su perdón por tus pecados ... todo eso es insuficiente para Él. Él no es solamente Aquél que te sana. No es tan sólo tu Redentor que te libera de las cadenas del pecado. Él quiere ser tu Esposo Celestial y amarte con un amor profundo, tierno, íntimo. Ahora Él está esperando para que le des tu amor. Pues, el que ama quiere ser amado.

Como Esposo nuestro, Jesús se siente herido cuando nosotros abrazamos una vida de pobreza y renuncia propia, llevando cruces que nosotros mismos escogemos, simplemente por razones ascéticas. Ciertamente Él quiere que Lo sigamos en el camino de la cruz, pero Su corazón se siente herido y ofendido, si no es el amor lo que nos motiva a hacerlo. No debemos seguir el camino de la cruz por ningún motivo personal ni siquiera por nuestra propia santificación, sino –como dijo Él cuando estaba en esta tierra– “Por amor a Mí”. Por amor a Él somos desafiados a dejar todo aquello que hace a nuestra vida digna de ser vivida, aunque sea nuestro hogar o nuestros seres queridos, si Él nos llamara a hacerlo. El amor por Él debe ser nuestra única motivación para vivir una vida señalada por la pobreza, la obediencia, la humillación, la humildad y el oprobio. Solamente una entrega inspirada por el amor es agradable y aceptable para Él. Todo lo demás es demasiado poco.

Cualquier otra cosa, muy probablemente lo hiera por cuanto es hipocresía: aparentemente andamos en Sus Pisadas, pero realmente estamos motivados por razones propias. De aquí Su reto: – “¿Me amas realmente? Dame tu amor y así me darás todo”.

Jesús, el Esposo, es el Varón de Dolores, que conoce el dolor y la pena aun hoy en día. Busca una esposa que comparta los intereses más recónditos de Su corazón. Su corazón está lleno no solamente de amor sino, también, de sufrimiento ... hoy en día lo mismo que tiempo atrás. Busca una esposa que viva a la altura de Su llamado, cuyo corazón palpite con el Suyo, que comparta Sus cargas. Busca una esposa que no esté totalmente absorta en sus sufrimientos personales sino que se identifique con Él, entrando en la participación de Sus sufrimientos (Filipenses 3.10). Solamente será una verdadera esposa para Jesús, aquella que se ocupe e interese en Sus intereses: los problemas de la humanidad, las dificultades dentro de la iglesia, alrededor del mundo, y todo lo que impida el avance de Su Reino.

Para Él, la esposa es el alma que sufre junto con Él y que está lista para hacer cualquier cosa para aliviar Su dolor. En oración ella le pregunta a Su Esposo qué es lo que Lo hace sufrir y cómo puede consolarlo. Entonces, sabiendo lo que le entristece, ella hace todo lo

que puede para cambiar esas cosas que están turbándolo.

Ella lucha para que Él reciba amor y honor dondequiera que Él no lo reciba. Ella pone todo de sí para despertar la reverencia hacia Dios en todo lugar en que se haya apagado; para que haya arrepentimiento donde no se vive según Sus orientaciones y mandamientos. Y para que se anhele, intensamente, el arrepentimiento allí donde Sus Leyes y Mandamientos son despreciados. Con gran celo y ardor apasionado, ella se consume amando, sufriendo, trabajando y gastándose para ganar almas para Él, almas que acepten Su Señorío y comiencen a amarlo. Sólo se siente satisfecha cuando su Esposo es consolado. Por eso la esposa se pregunta una y otra vez: “¿Con qué podré confortarte?” Y en la quietud de la meditación y oración, su celestial Esposo le comunicará lo que le preocupa. Entonces andará con Él y le confortará.

Jesús es un Esposo, en todos los aspectos. Por eso Él no se satisface con una obediencia meramente esclava. Él desea nuestro corazón, nuestra entrega total. Como Esposo nuestro, Él pregunta: “¿Cuánto valgo Yo para ti? ¿Cuánto puedes sacrificar por Mí? Por amor a Mí, ¿puedes entregarme a tus seres amados, hijos, padres, amigos? ¿Puedes entregarme tu país y tu hogar si Yo te los pido? ¿Estás en disposición de consolarme de ese modo? ¿Irás tú a

cualquier lugar a donde Yo te llamare para salvar almas? ¿Puedes sacrificar tu prestigio, tu fuerza, tu deseo de ser amada, tus deseos secretos más profundos ... por amor a Mí?”.

Jesús es un Esposo en el verdadero sentido de la palabra. Él espera por Su amada porque la clase de amor que Él busca tiene que ser espontáneo. Él llama gentilmente a la puerta, esperando para ver si la puerta se abre y Su esposa le permite entrar (Cant.5.2). Él se entristece cuando Su esposa está demasiado absorbida por su trabajo y por asuntos terrenales. En sus tareas diarias, ella puede ser activa, rápida, llena de iniciativa, pero los ojos de Jesús la siguen entristecidos cuando ella está siempre apurada haciendo cosas, mientras va alejándose más de Él.

Jesús es un Esposo en cada fibra de Su ser. Su preocupación ardiente es darle a Su amada una dignidad nueva, por la sola razón de ser Su esposa. Él suspira porque ella sea adornada con muchas virtudes, que reflejen Su belleza divina. Él trabaja con cuidado amoroso para hacer de ella un vaso digno de Él. La entrena y la disciplina en senderos de corrección para moldearla a Su imagen. Él mira con anticipación el día en que ella posea Su propia belleza. Él la ama demasiado como esposa Suya como para permitir en ella manchas o arrugas. Lleno de orgullo y gozo, Él la contempla en Su amor como si ya fuera perfecta. Por el poder de Su

Sangre, puede ir transformándola poco a poco hasta que ella lo refleje a Él (Rom. 8.29; 2 Cor. 3.18).

Como Esposo Celestial, la naturaleza de Jesús es estar al lado de Su esposa para protegerla. Vigila para defenderla de todos los que quisieran hacerle daño. Combate en su favor. Ser esposa significa que ya no estás más solo; significa tener una Compañía Amorosa que se siente enteramente responsable de ti y que siempre está disponible y hasta dispuesto a arriesgar Su vida por ti.

Como Esposo Celestial, Jesús, se siente honrado al comprometerse a ayudar a Su esposa en todas las circunstancias, en cada tribulación y en cada situación imposible. Nunca la dejará sola. Fiel a Su Naturaleza, Él espera ansiosamente el día en que Su esposa esté unida a Él para siempre en la gloria celestial. Con amor infinito, Él espera su llegada.

*Mi alma adora solamente a Uno:  
a quien ofrezco todo mi amor,  
nadie es como Él,  
a nadie puede compararse.*

*Cordero de Dios tan puro y sin mancha,  
oh Esposo de mi alma, oye mi plegaria,  
úneme para siempre contigo,  
Tú que venciste al enemigo.*

*Oh Cordero de Dios, alabo tus heridas,  
por salvarnos a todos entregaste tu vida.  
Tu santa y preciosa sangre derramada  
sanidad trae a mi alma.*

*Mi alma adora solamente a Uno,  
a mi Salvador Jesucristo.  
Pues nadie sufrió tanto  
como Él, que murió por mí.*



**“YO ESTOY JUNTO A LA PUERTA Y LLAMO: SI  
ALGUIEN OYE MI VOZ Y ME ABRE, ENTRARÉ EN  
SU CASA Y CENAREMOS JUNTOS.”**  
APOCALIPSIS 3.20



## **Llamando a la Puerta de Nuestros Corazones**

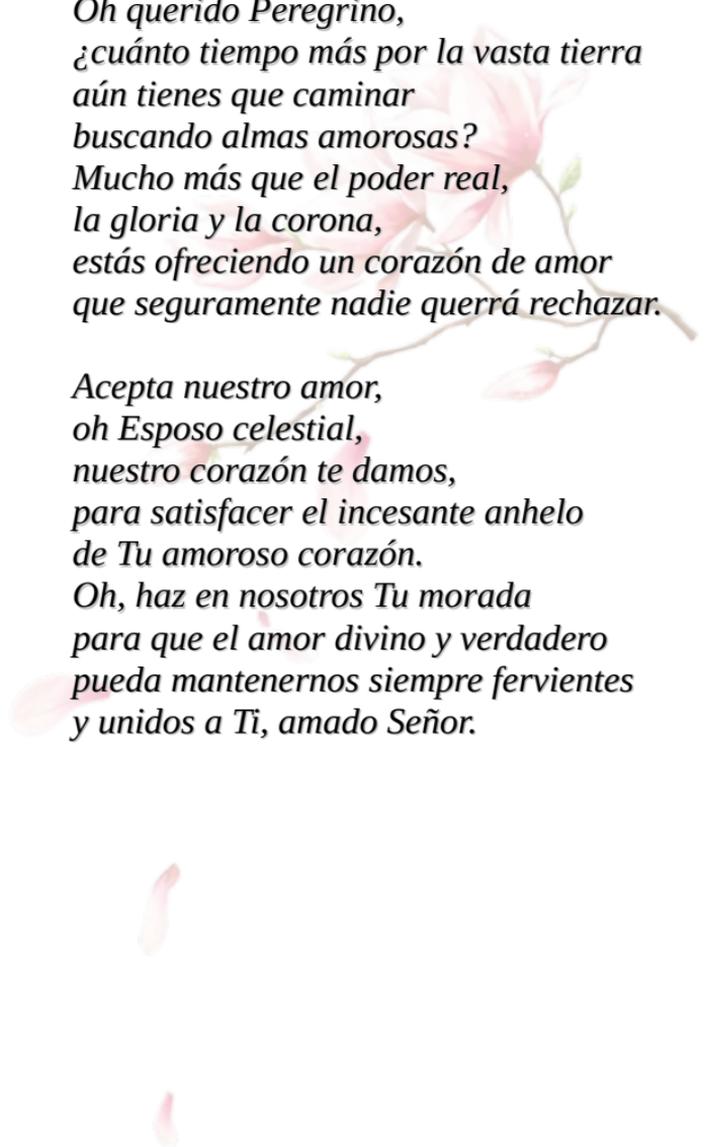
Como Esposo Celestial, Jesús, está a la puerta de nuestros corazones y llama. ¿No es asombroso, e incomprensible, que no le satisfaga la adoración incesante de todo el cielo; querubines y serafines, sino que desea algo más: tu amor, y el mío? Aunque parezca increíble, Jesús se humilla a Sí Mismo para acercarse a nosotros. Él se para a la puerta de nuestros corazones, suplicando: “Dame tu amor”. ¿Nos damos cuenta de cuán frecuentemente Él repite esta súplica, en Su anhelo por nosotros? Pero cuando correspondemos a Su amor, el tesoro del amor nupcial se hace nuestro.

*Oh Amor de Dios tan santo,  
viniste del corazón del Padre,  
mendigo humilde y manso,  
a cada corazón humano.*

*Más allá de nuestra comprensión  
esa humildad tan grande,  
¡Dios rogando que le amemos!  
¿Cuál será nuestra respuesta?*

*Oh, demasiado frecuente  
es en vano Tu súplica,  
Tu amor sin medida  
es tratado con desprecio.  
Al verte sufrir angustia  
los ángeles lloran allá,  
¿pero quién más presta atención,  
oh Mendigo, a Tu súplica  
por nuestro amor.*

*De un alma a otra Tú andas,  
llamando a cada puerta,  
deseando una unión profunda  
con nosotros para siempre.  
Como Señor amoroso de todos  
ofreces tu mismo corazón,  
pero nosotros prefiriendo a otros,  
ignoramos Tu llamado de amor.*



*Oh querido Peregrino,  
¿cuánto tiempo más por la vasta tierra  
aún tienes que caminar  
buscando almas amorosas?  
Mucho más que el poder real,  
la gloria y la corona,  
estás ofreciendo un corazón de amor  
que seguramente nadie querrá rechazar.*

*Acepta nuestro amor,  
oh Esposo celestial,  
nuestro corazón te damos,  
para satisfacer el incesante anhelo  
de Tu amoroso corazón.  
Oh, haz en nosotros Tu morada  
para que el amor divino y verdadero  
pueda mantenernos siempre fervientes  
y unidos a Ti, amado Señor.*

“NINGÚN AMOR PUEDE HACERNOS PERFECTAMENTE FELICES MÁS QUE EL AMOR A DIOS. Y NINGUNA FIDELIDAD PUEDE HACERNOS MÁS FELICES QUE AQUÉLLA QUE NOS COMPROMETE Y UNE CON CRISTO.” *Soren Kierdegaard*



## Cree en la Oferta de Su Amor

Si deseo encontrar y recibir el amor nupcial, primero debo creer que Jesús está ante la puerta de mi corazón, esperando ser invitado a pasar, porque mi amor significa demasiado para Él. Jesús está preguntándote y me hace a mí, una pregunta muy importante: – “¿Me amas?”

Esta pregunta expresa el deseo de Jesús de ser amado. Él pide nuestro amor. Es precioso para Él y es, precisamente, lo que más desea. Ésta es la pregunta que le hizo Jesús a Pedro, después de Su resurrección (Juan 21.15). Y, por eso, ésta es la pregunta que el Señor Resucitado nos dirige, ya que sabemos cuánto sufrió y cómo murió por amor a nosotros: “¿Me amas? ¿Corresponderás a Mi amor dándome el tuyo? ¿Me darás tu corazón para que no haya en él nada, ni nadie más que Yo?”.

Si no puedes darte cuenta de la profundidad del deseo de Jesús por nuestro amor, entonces considera el primer mandamiento, que es amar a Dios sobre todas las cosas: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mateo 22.37).

Si aun no puedes creerlo, entonces, escucha las lamentaciones del corazón dolorido de Dios, en el Antiguo Testamento. Él se lamentaba de que, a pesar de ser el esposo del pueblo de Israel, una y otra vez se habían olvidado de Él, y su amor se evaporaba como el rocío de la mañana en presencia del sol (Oseas 6.4). Grande era el lamento de Dios, cuando el pueblo de Israel, repetidamente, entregaba su amor a las gentes y a cosas transitorias en lugar de entregarlo a Aquél que había hecho el Pacto de Su Amor con él. Nuestro amor debe significar mucho para Dios; de otro modo el negárselo no le causaría tan profundo dolor a Su corazón.

“Yo te he amado con amor eterno...” (Jer. 31.3). Escuchemos Su voz que nos asegura que nos ama. ¡Si tan sólo creyéramos! Para Jesús no es suficiente el habernos salvado y liberado de la esclavitud del demonio. Él quiere darnos más; quiere entrar en un eterno pacto de amor con nosotros. En Su amor, Él anhela que estemos unidos a Él, vivamos en Él, compartamos todo con Él.

“Yo pasé junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo del amor; extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; te hice un juramento, hice una alianza contigo y tú fuiste mía. Yo, el Señor, lo afirmo” (Ezequiel 16.8).

Algunos pueden todavía tener dificultad en creer que Jesús nos ama tan íntimamente como un esposo ama a su esposa. Pero, con toda seguridad, sus dudas deberían desaparecer al considerar la promesa de la Palabra de Dios que dice que aquellos “que han aguardado con amor” a que Jesús aparezca, serán coronados (2 Timoteo 4.8), y que aquellos que vencieren se sentarán con Él en Su trono (Apoc. 3.21). Desear tener a alguien siempre al lado es una señal de amor. Jesús ama a su esposa tan tiernamente que Él quiere que ella comparta Su trono con Él en la gloria celestial. Él quiere tenerla cerca Suyo, para siempre.

Yo recuerdo el momento en que la comprensión de estas cosas me conmovió tanto, que un día entregué mi vida como esposa a Jesucristo. ¡Qué asombroso que Él quiera hacer todas las cosas junto con Su esposa! Con ella, Él regirá el universo un día y juzgará a las naciones. Y es a causa de Su deseo de estar, para siempre, unido con Su esposa que Él celebrará una Fiesta de Bodas.

¿Cómo podría llamar, Dios, a la mayor fiesta del cielo: “una boda”; si Jesús no fuera el Esposo y si la desposada –Esposa del

Cordero— no fuera el conjunto de almas que le aman con amor apasionado? Allá es donde nuestra unión de amor con Jesús llegará a la perfección.

En Su amor, Jesús anhela ser Uno con nosotros. Por eso, Él se detiene frente a la puerta de nuestro corazón, para suplicar nuestro amor.

Por nuestra parte, debemos estar dispuestos a responder si deseamos alcanzar el amor nupcial. Esto reclama un acto de sumisión y una declaración de amor por parte nuestra, preferiblemente por escrito para mostrar que lo estamos haciendo con toda seriedad.

En una relación de amor, cada una de las partes hace su expresión. No es suficiente para un hombre decirle a una mujer que la ama. Ella tiene que corresponder a ese amor, entregándole su vida a él, de otro modo, ella no sería una esposa. Jesús está esperando la respuesta de nuestro amor.

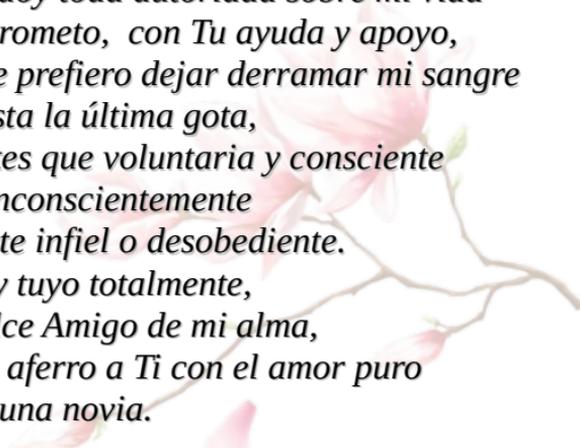
Y, sólo, cuando nos afianzamos en nuestro amor a Él, fluye en nuestro corazón el manantial bendito, de Su amor. Su amor, que es vida divina, fluye en nuestro corazón en la medida que nos entreguemos a Jesús.

*Mi Jesús,  
me entrego a Ti, para ser  
totalmente tuyo para siempre,  
mi tierno Salvador y Esposo,  
Jesucristo, mi Señor.*

*Renuncio al mal de todo corazón.  
Cualquier derecho y poder,  
que Satanás pudiera haber tenido  
sobre mí mismo, ahora se ha roto.*

*A partir de ahora, soy tuyo,  
oh, mi Fiel Esposo, que luchaste  
en agonía en Getsemaní, para  
comprarme como posesión y novia tuya.  
Destrozaste las puertas del infierno y  
abriste ante mí el amoroso Corazón de  
Tu Padre, por medio de tu batalla  
en oración, sudando sangre,  
en el Huerto.*

*Desde este momento,  
que mi corazón y todo mi amor  
sean rendidos totalmente a Ti,  
en gratitud.  
Desde ahora hasta la eternidad,  
que se haga Tu voluntad y no la mía.  
¡Mándame, dirígeme y gobiérname!*



*Te doy toda autoridad sobre mi vida  
y prometo, con Tu ayuda y apoyo,  
que prefiero dejar derramar mi sangre  
hasta la última gota,  
antes que voluntaria y consciente  
o inconscientemente  
serte infiel o desobediente.  
Soy tuyo totalmente,  
dulce Amigo de mi alma,  
me aferro a Ti con el amor puro  
de una novia.*

*Que tu Espíritu no se aparte de mí.  
Que tu agonía en Getsemaní  
me dé las fuerzas para perseverar.  
Sí, Amén.  
Que Tu Espíritu selle  
lo que en sencillez escribí,  
siendo yo Tu indigna posesión.*

Gerhard Tersteegen  
Jueves Santo, 1724

Darle nuestro amor a Jesús significa comprometernos de esta forma: “Toma mi vida y todo lo que le da valor: las personas, cosas, o deseos de toda clase. Te amo a Ti, por eso tengo que dártelo todo”. El amor no retiene nada. Incluso lo más valioso que tiene lo quiere dar al amado. Quien ama verdaderamente, no se contentaría con menos.

Lo que Jesús nos pide es tan sencillo. Todo lo que Él quiere es nuestro amor. ¿Podemos creer eso? Él desea de nosotros algo muy hermoso; no solamente obediencia sino también ferviente amor. Nada puede hacernos más felices que amarlo a Él.

El amor humano no puede compararse con el amor nupcial por Jesús. Las personas pueden defraudarnos, y una relación de amor entre seres humanos, puede decepcionarnos; pero Jesús nos ama con un amor inefable, que nunca nos defraudará.

“SI QUIERES POSEER A JESÚS, DALE TU VIDA COMPLETAMENTE A ÉL. SI QUIERES SER AMADO POR ÉL SIN MEDIDA, ENTONCES ÁMALO, TAMBIÉN, SIN MEDIDA.”



## Déjalo Todo por Él

Jesús está, humildemente, llamando a la puerta de nuestro corazón; pero sabiendo como Dios y como Rey, qué es lo que ofrece: Su amor, lo mayor que existe en el tiempo y en la eternidad, lo que más satisface, lo más alto que un ser humano puede buscar y encontrar. Por eso, nos desafía llamándonos a un discipulado radical y dice: “Cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee...” (Lucas 14.33); “El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí” (Mateo 10.37); “Si alguno... no aborrece a su padre y a su madre... y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14.26).

Cuando Jesús, al hablar con dignidad real, hace tales declaraciones, lo hace esencialmente como Quien nos ama verdaderamente. No pronuncia estas palabras como Maestro, ni siquiera como Señor que demanda obediencia. Él dice estas palabras como un Esposo. En el salmo, que es una “Canción de Bodas” y cele-

bra el amor que existe entre la esposa y el esposo, el salmista escribe: “Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura...” (Salmo 45.10-11). El Novio llama a la novia a dejarlo todo, a dejar todo atrás por amor a Él, para que pueda deleitarse en ella.

Jesús insiste en esta pregunta: – “¿A quién amas más? ¿A Mí, Jesús, o a ti mismo, o a la gente o a las cosas?” Para Jesús, ésta es la pregunta de mayor importancia. Y por eso las palabras “por amor a Mí...” acompañan el desafío de Jesús, para que lo dejemos todo. Este llamado a abandonarlo todo por amor a Él es comprendido solamente por el alma que ama al Señor con amor nupcial. Si una esposa verdaderamente ama a su esposo, está dispuesta a dejar el hogar, la carrera, y la tierra de su nacimiento tan sólo para estar con él. Tales demandas son molestas y hasta ofensivas para aquellos que no aman con un amor nupcial. El amor, sin embargo, por su misma naturaleza, se sacrifica a sí mismo, deseando darlo todo por el amado.

Como Esposo amoroso, Jesús tiene todo el derecho de preguntar: “¿Serás capaz de dejarlo todo por Mí? ¿Buscarás tan sólo Mi amor y Mi aprobación?

¿Estarás dispuesto a dejar lo que para ti es más querido y mejor a fin de poseer al más amado de todos – a Mí – y tener Mi amor? ¿Soy

suficientemente digno para ti como para que dejes todo lo demás, por Mí? ¿Es mejor para ti Mi amor, que el amor que sientes por los demás? ¿Me amas? ¿Me amas más que a nada?”

“¿Me amas?”— pregunta Jesús. “Tan sólo entonces llegarás a conocer Mi amor, a diferencia de aquellos que me dan un poco de amor y cuyos corazones están divididos. Yo no les revelo los secretos de Mi corazón a ellos ni derramo sobre ellos Mi amor ni las riquezas del mismo, y ellos tampoco experimentarán en sus vidas la recompensa centuplicada que yo doy por cada sacrificio. Queriéndolo tener todo, ellos no recibirán nada: ni se sentirán satisfechos con el amor humano y las cosas de este mundo ni tampoco con Mi amor divino y mis dones. Yo no puedo darles a ellos la plenitud de Mi bendición. Yo me revelo solamente a aquellos que me aman genuinamente, y su corazón se llenará de felicidad celestial, aun en medio del sufrimiento, porque Yo, el Rey del cielo, el Amor Mismo, hago Mi morada en ellos”.

¿Has considerado alguna vez las consecuencias que acarrea, en esta vida y en la próxima, el amar a Jesús con un corazón dividido?.

De esta forma pierdes la más grande de las bendiciones y, en el mundo venidero, no tendrás otra oportunidad. Solamente aquellos que han amado a Jesús con la devoción de un amor

nupcial indiviso, podrán participar en la Cena de las Bodas del Cordero, ese evento de gran felicidad que celebra la unión de amor entre Jesús y Su esposa; momento tan esperado por todo el cielo.

Si quieres conocer al Esposo que está tocando a tu puerta, renuncia a lo más querido para ti, para recibir al más deseado, ¡al amado Jesús! Él busca un corazón indiviso. Presta atención a Su ruego constante: – “¡Quiero la totalidad de tu vida, de tu ser!”. Entrégale todo a Él. Entrégale todos tus pensamientos y sentimientos, emociones, deseos y aspiraciones... Nuestro amor para los demás debe fluir de nuestro amor por Jesús, Quién debe ser nuestro único primer amor. Él derrama generosamente Sus dones sobre aquellos que Lo aman, sobre todas las cosas. Esas son las almas que Él ama con la plenitud de Su Amor.

No hay nada más grande ni que pueda dar más felicidad, en el cielo o en la tierra, que conocerlo a Él y conocer Su Amor. Pero esto no sucede así por así. Es la recompensa de aquellos que le entregan su todo a Jesús, de aquellos que se hacen más y más Cristo-céntricos, y cada deseo de sus corazones está dirigido hacia Él.

Cada impulso de sus voluntades se entrelaza a Su Voluntad. La esposa es así cautivada con este único anhelo: “¡Que seas Tú mi amor, mi único amor!”. Jesús no comparte Su Amor con

ninguno cuyo compromiso no se haga de todo corazón. Sin embargo, cuando seamos incorporados a esa corriente del gran amor de Jesús, desharemos darlo todo por Él. ¿No es propio que Jesús, cuyo amor es como el sol y como un imán fortísimo, nos haga Su Esposa de tal modo que lo dejemos todo por Él? Y si se lo pedimos y confiamos en Él, Él nos hará completamente Suyos.

*Oh tóname, mi Salvador glorioso,  
para Tu gloria y también Tu gozo,  
quiero vivir.*

*Oh tóname, quiero darte mi vida,  
¡mi gran Tesoro, - a Tus pies rendida  
quiero estar!*

*Oh tóname, cuánto por mí sufriste,  
todo pecado, con ardor, resisto  
por gratitud.*

*Oh tóname, pues Tu amor me has dado,  
y agradecida mi alma se sumerge  
sólo en Tu amor.*

*Oh tóname, que pueda deleitarte,  
darte mi amor, mi todo, y consagrarme  
sólo a Ti. Oh tóname.*

“... SUS MUCHOS PECADOS LE SON PERDONADOS,  
PORQUE AMÓ MUCHO.”  
LUCAS 7.47



## El Camino Seguro y Cierto

Una mujer viene a Jesús llorando. Su corazón está tan humillado a causa de su pecado, que se postra a Sus Pies y sólo puede llorar. Su corazón está lleno de dolor y angustia por su pecado. Está abatida porque pecó contra Dios y las personas. Acaso, en una persona, ¿hay alguna relación entre llorar su pecado y amar mucho a Jesús? Sin embargo, de esta mujer Jesús dijo: “ella amó mucho”. Para demostrar su amor por Jesús, ella hizo todo lo que el fariseo –a pesar de ser el anfitrión– no había hecho. Por eso Jesús le preguntó a este fariseo que cuál de dos deudores amaría más al prestamista que les canceló sus deudas; y el fariseo mismo dio la respuesta: “Supongo... que aquél al que le perdonó una cantidad mayor” (Lucas 7.43). Alguien que llora por sus pecados personales es alguien que ama mucho...

El perdón del pecado es la verdadera fuente del amor nupcial. Las lágrimas de esta mujer y su contrición le abrieron el camino al amor, sus pecados la llevaron a Jesús. Su corazón agraviado la ayudó a ver, no solamente su pecado sino a Jesús Mismo. Ella vio la belleza de su Santidad y cuánto merecía ser amado.

Los corazones de aquellos que lloran por sus pecados, que buscan y reciben el perdón, se abren; y en tales corazones Jesús derrama Su Amor, que fluye entonces poderosamente retornando hacia Él. Así como esta mujer, antes en su vida, había amado al mundo y sus deseos pecaminosos, así ahora aborrecía esas cosas y se arrepentía de ellas hasta las lágrimas y por amarlo a Él.

Esta mujer no podía expresar suficientemente su amor a Jesús. Ella lavó y ungió Sus Pies. En los países orientales, el lavado de los pies era un servicio de amor que normalmente se ofrecía a los huéspedes que llegaban después de un viaje por la arena caliente del desierto. Pero el anfitrión de Jesús había faltado a esta norma de cortesía. Sin embargo, esta mujer, movida por el amor, lavó Sus Pies —no con agua, la cual habría podido traer sin costo alguno para ella— sino con sus lágrimas. Ella derramó su corazón, con lágrimas de arrepentimiento y con gratitud por el perdón que recibía. Cada lágrima, que brotaba del

dolor de la contrición, era una expresión de su amor.

Por las palabras de Jesús, vemos cuán profundamente conmocionado estaba, por el lavado de Sus Pies. No había conocido ninguno, como éste. Debe haber refrigerado y consolado Su Corazón. Si hay gozo en el cielo por cada pecador que se arrepiente, ¡cuán grande ha de ser el gozo por un pecador que ofrezca un servicio al Señor con un corazón amoroso y penitente!

Pero esta mujer hizo todavía más. Una prueba especial e íntima de amor entre los seres humanos es el beso, y ella no podía dejar de besar los Pies de Jesús. Su corazón fue cautivado por Aquél que la amó, que la perdonó y que vino a esta tierra para salvarla de sus pecados y sanarla y que la llamó a Su lado. Posiblemente ella fuera una de aquellas mujeres que lo siguieron por todo el país durante el tiempo de Su ministerio, para después estar a Su lado, en el cielo, por toda la eternidad.

Jesús era el centro de su amor. Toda su preocupación era Jesús Mismo. Su mayor interés no estribaba en el hecho de que Él le hubiera perdonado sus pecados. No, su corazón estaba encendido con un amor personal hacia Él. Tenía que hacer algo para Él. Y por lo tanto, le dio lo que el Corazón de Jesús desea más profundamente: amor, en respuesta a Su infinito Amor.

Por eso es que Jesús dijo: “ella amó mucho”; y éste fue el tributo más grande que Él pudo darle. Lo que se alababa era su amor por el Señor. Ahí estaba un alma que Lo amaba grandemente y cuyo amor, brotando del arrepentimiento, la llevaba a hacer algo hermoso para Él. En nuestras vidas, también, un amor así para Jesús puede fluir solamente de un corazón que se duele por sus propios pecados. Cada día nosotros pecamos contra Dios y contra los demás, y cada día el Señor espera que nosotros demostremos que estamos contritos arrepentidos. Es por medio del arrepentimiento que podemos servir a Jesús cada día con nuestro amor.

Si nuestro deseo es tener y cultivar el amor nupcial, entonces nuestra oración urgente debe ser: “¡Muéstrame cada día cuán pecador soy ante la mirada de Dios y ante los ojos del hombre. Dame un corazón contrito y quebrantado como el de esta mujer. Ayúdame a llorar, diariamente, por mis pecados de tal modo que me humille en espíritu ante Ti y ante aquellos a quiénes he herido o he ofendido. Ayúdame a no huir del dolor por ver mis pecados, reconociéndolos, aceptando responsabilidad por ellos y sus consecuencias. Pues de ninguna otra manera Tú podrías concederme la gracia de las lágrimas, que hablan de mi amor por Ti!”.

Él responderá a una oración así, porque Su Corazón anhela –más que cualquier otra cosa–

este amor que nace del arrepentimiento. Una fuente de amor brotará en nuestros corazones, y seremos para Jesús una esposa que le sirva con amor rebosante.

*Lamento mis pecados,  
que te causaron tal dolor;  
mi más amado Señor,  
Tú me trajiste solo alegría.  
Mi corazón llora y lamenta,  
a causa de mi gran culpa  
y solo puedo decirte:  
¡Oh, perdóname con Tu gracia!*

*Una pecadora, que estaba perdida;  
restaurada, ahora, por Tu gracia,  
con lágrimas entremezcladas con risa,  
canta canciones de alabanza.  
Por salvarme de las garras del infierno  
Tú fuiste hasta el Calvario.  
Mi corazón, agradecido, se regocija:  
¡Me libraste del pecado y de su muerte!*

*Mi Jesús, alabanza y honra  
con mi vida quiero darte.  
Recibe, ahora, todo mi amor  
porque Tú me perdonaste.  
Mi corazón no puede entenderlo:  
¡el pecado me trae ganancia!  
Y recibo tu gran Amor,  
¡Oh, alma, regocíjate y canta!*

La gracia del arrepentimiento no sólo abre nuestros ojos para ver a nuestro Salvador y enamorarnos de Él sino que también nos prepara para participar en Sus sufrimientos. Esto se hace visible en la vida de Pedro. Recordamos la respuesta que le dio al Señor resucitado: “Tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Juan 21.17). ¡Una maravillosa declaración! Pedro –en efecto– estaba diciendo:

“Nada te es oculto. Tú conoces todos los misterios. Tú sabes lo que está sucediendo en todo el universo y también lo que sucede en cada corazón. Y, por lo tanto, Tú sabes que mi corazón se consume de amor por Ti”. Puede parecernos sorprendente que Pedro hiciera una declaración semejante después de haberle negado tres veces. En lugar de esto, habríamos esperado que hubiera admitido que le había fallado al Señor. Sin embargo, Pedro no pudo evitar hablar en la forma en que lo hizo. Del pecado tan serio de haber negado a Jesús, habían brotado lágrimas de arrepentimiento, lágrimas que aclaraban su visión, haciéndole ver a Jesús como es realmente: el Varón de Dolores, Quién con infinito amor contempla a aquellos que traspasan Su Corazón, como el mismo Pedro había hecho.

Esta experiencia revolucionó la vida de Pedro. Y, entonces, su corazón rebosante de amor por Jesús, exclamó: “Te amo. Sencillamente tengo que amarte.

“Mi corazón, mi vida, todo lo que tengo y todo lo que soy, te lo entrego. Estoy dispuesto a sufrir por Ti porque te amo”. Y más tarde, Pedro fue fiel a su palabra.

No importa el costo, en términos de sufrimiento, el amor verdadero nunca abandona al Amado. La señal del amor rebotante –que nace del arrepentimiento– es estar siempre al lado del Amado.



Haz clic sobre las flores

“Y DONDE YO ESTUVIERE,  
ALLÍ ESTARÁ MI SERVIDOR...” JUAN 12.26



## A la Búsqueda

Cualquiera que haya descubierto el precioso secreto del amor nupcial hacia Jesús y que haya gustado de la felicidad de encontrar al Esposo de nuestras almas, descubrirá también que es posible “perderlo”.

Alegóricamente, esto se observa en la experiencia de la Sulamita, quién vagaba por las calles durante la noche buscando al que amaba su alma (Cantar de los Cantares 3.2-3), porque de repente había desaparecido de su lado. Para aquellos que aman al Señor, ninguna pena puede ser mayor que ésta, porque ellos dicen: “Mi Esposo Celestial es lo único que me hace verdaderamente feliz. Aun si tengo todo lo que deseo en la vida –y no lo tengo a Él– entonces carezco de lo más precioso de todo. Hay Uno solo que satisface el deseo más profundo de mi alma. Sin Él, ando sin rumbo –solo, sin propósito, en la oscuridad, en un desierto espiritual– sin nadie a quién volver-

me. Él es el único que me espera y me dará la bienvenida cuando vuelva a casa”.

Cuando está abatida por la angustia y el dolor, el alma desposada con Jesús descubre que solamente su Esposo Celestial le ofrece consuelo. Él, no solamente es rápido para darse cuenta de lo que la abate, sino que también es fuerte para llevar su carga. Ella conoce más allá de toda duda que: “Si lo he perdido, entonces no hay nadie más a quién pueda volverme, no hay nadie más que realmente me comprenda en lo más profundo. Mi Esposo Celestial es el único capaz de ayudarme. Él me conoce y me entiende, porque Él me creó. Su mirada amorosa penetra las profundidades de mi ser, dándose cuenta aun de las más pequeñas emociones. Él conoce lo que inquieta mi alma, lo que hace que mi corazón se sienta dolorido, lo que me llena de ansiedad. Él lo ve y lo entiende todo y, así, solamente Él puede ayudarme”.

La esposa de Jesús dice: “Yo debo poseerlo porque poseyéndolo, no necesito nada ni a nadie más, porque Él le da a mi vida la plenitud. Mi alma fue creada para Él. Solamente Él –mi Señor y Esposo– satisface mis anhelos más profundos. Yo no puedo existir sin Él. Si lo pierdo –por mi propia culpa, por mi indiferencia, por querer seguir mis propios caminos– entonces es como si mi vida se extinguiera.

Ya no tengo a Aquel que solamente puede hacerme feliz con Su amor; pierdo el gozo. Él es el Único que puede hacerme experimentar esa alegría en mi corazón, que ni el sufrimiento puede vencer y, por eso, si lo pierdo soy la criatura más infeliz del mundo; sin defensa ante la tentación. Mi Esposo Celestial ya no está a mi lado para luchar a mi favor y protegerme de los ataques del maligno. Él puede hacer por mí lo que yo –en mi debilidad– no puedo. Ahora no tengo a nadie que me sostenga cuando estoy débil. ¿Qué esperanza me queda?”.

La esposa de Jesús está consciente aun más de que “no solamente no puedo vivir sin Él, sino que estaría en bancarrota espiritual si lo perdiera. Sin Él no puedo hacer nada fructífero, nada que pueda bendecir a los demás y hacerlos felices”.

¿Qué debe hacer la esposa en esa situación angustiada? Como la Sulamita, se levantará y buscará a Jesús, su divino Esposo. Mientras estemos en esta tierra, habrá momentos en que Lo perdamos como la Sulamita perdió a su amado. Perdemos a Jesús cuando no podemos rendir nuestra voluntad a la Suya. Lo perdemos cuando nuestros pensamientos están ocupados en la gente, las cosas, en nosotros mismos –nuestro trabajo, nuestro prestigio o nuestra propia satisfacción– en lugar de ocuparse de Él.

Lo perdemos cuando cedemos a las inclinaciones pecaminosas en lugar de llevarlas a Él para que las purifique con Su Sangre Preciosa.

Perderle es la cosa más terrible que puede ocurrirnos. Sin Él, somos como la paja llevada por el viento. Sin Él, estamos a merced de los poderes y los principados que nos amenazan por todas partes. Por eso, necesitamos que nuestro Señor Jesucristo sea nuestro amado Esposo.

¿Dónde hallar a Aquél a Quién ama nuestra alma? ¿Dónde podemos estar seguros de encontrarlo siempre?

Hay ciertas señales puestas a lo largo de Su camino, que nos dicen dónde podemos encontrarlo. El amor nupcial significa estar donde el Esposo está. Puesto que Jesús no reconoce ningún otro tipo de amor que no sea el amor nupcial, no importa cuán tenazmente Le busquemos, nunca Lo hallaremos si no Lo buscamos en los lugares donde puede ser encontrado.

Jesús está aun en aquellos lugares donde se le hallaba durante Su vida terrenal. Estos lugares no han cambiado. Son los lugares de la humillación y de la humildad, del negarse a si mismo, del sacrificio y del sufrimiento. Hablando en forma figurada, podemos correr presurosos por todas las calles y plazas como la Sulamita y aun así no encontrarlo, simplemente porque no estamos buscándolo en el

lugar adecuado. Quizás nos sintamos reacios a ir al lugar donde está Jesús; puede ser que lo hallemos desagradable. Pero si una esposa le dice a su esposo que lo ama, debe probar su amor deseando estar donde él está. Si el deber de él está en algún país extranjero o en algún lugar o situación que a ella no le resulta agradable, debe demostrarle su amor siguiéndolo porque desea estar con él a toda costa.

Si buscamos a Jesús donde Él esté, lo tendremos por Esposo. Entonces, Él comprartirá con nosotros Su gozo, Su auxilio, Su poder, Su fortaleza ... todas las bendiciones maravillosas que tiene para darnos. Cada una de nuestras necesidades será suplida. Sin embargo, no podemos seguir afirmando que amamos a Jesús –nuestro Esposo Celestial– si no queremos estar con Él. En el momento en que una mujer casada rehúsa acompañar a su marido, cuando éste se marcha a otro lugar, ella ha quebrantado su relación de amor. Una separación ha ocurrido.

Muy pronto esto conducirá al divorcio. Lo que ocurre en el plano humano no es sino una indicación de lo que tiene lugar en el vínculo con nuestro Esposo Celestial. El divorcio se produce en el momento en que ya no queremos estar donde Jesús está. El verdadero amor nupcial hacia Jesús puede solamente hacerse más profundo y más intenso cuando fervientemente deseemos compartir Su Camino de

humildad, negación propia y sacrificio, y estar con Él en los lugares que representan sufrimiento y muerte para nuestro propio yo.

Hagamos nuestro el testimonio de Rut: “dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré... Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada” (Rut 1.16-17).

*Adonde mi Señor va, allí yo iré  
compartiendo con Él tanto el gozo como  
la aflicción, a Su lado por siempre jamás.*

*Tomo tu mano que me diste en alianza  
de amor por toda la eternidad,  
ahora, deseo seguirte paso a paso.*

*Que tenga mis ojos, Señor,  
solamente para Ti; pensando en Ti,  
en todo lo que hago, trayéndote gozo  
como una verdadera novia.*

*Oh, déjame compartir tu humildad,  
Soberano Señor del universo,  
acostado en un pesebre, hace tiempo.*

*Ayúdame a no fijarme en el dolor ni  
en la pérdida, a morir a mí mismo,  
abrazar mi cruz en cuerpo, alma, y espíritu.*

*Que cumpla cada deseo Tuyo,  
completamente entregado a Ti, Señor,  
como una verdadera novia, que es  
sólo Tuya.*

**“JESUCRISTO ES EL MISMO AYER, HOY Y SIEMPRE.”**

**HEBREOS 13.8**



## **El Varón de Dolores Hoy en Día**

¿Dónde encontraremos a Jesús, nuestro Esposo Celestial? ¿Dónde podremos hallar Su Corazón? Hace dos mil años, Su pasión fue la prueba de Su Amor. Puesto que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre, todavía vive y ama y se entristece por los pecados de la humanidad. Él también sufre, en el sufrimiento de quienes son Sus seguidores. Nuevamente hoy Él es burlado, rechazado, condenado - en ellos. Para encontrar a Jesús, debemos ir a esos lugares donde Sus discípulos podrían haberlo hallado, al seguir Su camino desde Getsemaní hasta el Calvario.

Los discípulos podrían haber hallado a Jesús si hubiesen estado unidos a Él, por amor velando, con Él en Getsemaní. Pero, se quedaron dormidos, fallándole en Su hora de necesidad. Por eso es que lo perdieron, y al perderlo, fueron vencidos por un sentimiento de desaliento y desesperación.

Yo encuentro a Aquél que ama mi alma cuando estoy dispuesto a velar en “Getsemaní”, que es ese lugar donde todo mi mundo se derrumba y me siento turbado y grito angustiado: “¿Dónde está mi Dios?” Yo lo hallo cuando mi corazón sangra y aun así digo: “Padre mío, hágase Tu Voluntad”. Esto significa aceptar Su Voluntad aun cuando esto suponga combatir, en medio de ataques espirituales. Para Jesús, Getsemaní fue la preparación final para Su muerte en la cruz. Nosotros, también, podemos esperar ser atacados por los ejércitos espirituales de maldad (Efesios 6). Cuando soportamos tales conflictos internos, con nuestra voluntad rendida a Dios, estamos siendo preparados para nuestro Calvario, donde seremos crucificados con Jesús (Filipenses 3.10).

¿Cuándo hallaremos a nuestro Esposo Celestial? Lo habremos hallado cuando la prueba nos haya hecho correr a Su lado diciéndole:

*Mi Jesús, a tu lado me arrodillo,  
en esta roca de tus temores y agonía.  
Por amor estaré contigo  
cuando me guíes por valles oscuros.  
Permaneceré a tu lado, soportaré  
hasta el fin contigo.\**

\* Texto de la placa de Getsemaní en el Jardín de los Sufrimientos de Jesús, en Canaán, Darmstadt, Alemania.

Los discípulos podrían haber hallado a Jesús en el Valle de Cedrón cuando era llevado prisionero a la casa del sumo sacerdote. Pero ellos no estaban con Él allí, habían huido. Por eso se hundieron en la miseria y la desesperación. Si hubieran permanecido con Jesús, y se hubieran dejado atar como Él, entonces, ellos habrían experimentado el Poder de Su sostén, Su paz, y una medida de Su gloria. Pero lo habían abandonado. No tenían paz en su alma, solamente tormento interior.

En el momento de Su arresto, Jesús dijo: “Yo soy” (Juan 18.5). En efecto, Él estaba diciéndoles a los guardias: “Tómenme, átenme, llévenme a donde ustedes quieran. Todo esto está sucediendo con el consentimiento de Mi Padre”. Si nosotros queremos hallar a Jesús hoy en día y estar con Él, esto significa que debemos estar dispuestos a dejarnos atar en aquel lugar o en aquel trabajo que puede no ser de nuestro agrado. Tendremos comunión con Jesús si estamos dispuestos a someter nuestra libertad y nuestros deseos personales en lugar de añorar una vida aparentemente más fácil y más atractiva.

¿Dónde está Aquél a Quién nosotros amamos? ¿En qué otro lugar podemos hallarle? Ante el tribunal del juicio. Aquí una vez más Sus discípulos Le fallaron, ninguno de ellos estaba allí para testificar en favor Suyo. Su Maestro estaba preso y comparecía ahora ante

un tribunal, y ellos estaban completamente desesperados, todas sus esperanzas habían quedado destrozadas. ¿Por qué se sentían así? Por no haber permanecido al lado de su Señor y Esposo.

Cualquiera que esté dispuesto a ir con Jesús al tribunal de juicio, seguramente hallará al Esposo, porque Él está todavía allí hoy en día. Quizás nos preguntamos a veces por qué Jesús parece estar tan lejos. Sin embargo, ¡cuán sencillo es hallarle! ¡Ocupemos nuestro lugar junto a Él, que fue falsamente acusado! Los discípulos no permanecieron, en aquel entonces, al lado de Jesús y por eso se sintieron tan infelices e interiormente separados de Él. Los únicos culpables eran ellos mismos.

Si al menos estuviéramos dispuestos a aceptar la crítica, cuando es justificada, ¡ya eso sería un comienzo! No necesita ser nada grande; puede ser tan sólo una falla o un error que, en nuestra vida cotidiana, nos señalen los demás. Pero perdemos a nuestro Esposo cada vez que rehusamos aceptar una crítica válida. A Jesús se le halla allí donde fue acusado por los jueces. Si Su esposa fuera allí también, lo encontraría de inmediato y, aun mientras fuera juzgada, podría gustar un anticipo del cielo. El primer paso es permanecer en silencio, cuando se nos reproche. Tenemos que hacer lo que hizo Jesús. Aunque Él era inocente, permaneció callado en presencia de las acusaciones

injustas. Como seres humanos pecadores, que somos, tenemos más razones aun para permanecer callados. Pero si somos tan orgullosos que no aceptamos ni las reprensiones justificadas, rompemos nuestra relación nupcial con Jesús y nos ponemos del lado de Satanás, que cayó por causa de su orgullo y de su rebelión.

Y ahora ya sabemos donde podemos encontrar a Jesús. Así como compareció ante Sus jueces en aquel tiempo, así Él sigue siendo acusado hoy. Millones de acusaciones falsas son lanzadas contra Él. Cuando compareció ante el juicio, en aquel tiempo, no encontró ni un solo defensor entre los miles a quienes había sanado y ayudado, con un amor que llegaba al sacrificio. Ninguno se abrió camino entre la multitud para decir una palabra en defensa de Jesús. Si realmente amamos al Señor, no buscaremos ayuda humana cuando seamos tratados injustamente o falsamente acusados. Y en esos momentos, nos sentiremos especialmente cerca de Jesús.

Ciertamente hallaremos a Jesús ante el tribunal de juicio porque fue allí donde pasó la mayor parte de Su Pasión. Fue arrastrado ante cuatro jueces diferentes y, más tarde, estando moribundo en la cruz, continuaron acusándole falsamente. El tribunal de juicio significó un intenso sufrimiento para Jesús. Pero si no queremos estar donde nuestro Señor está, Lo perderemos. Por lo tanto, tenemos que buscar-

lo hasta que Lo encontremos, por medio de nuestro arrepentimiento hasta experimentar que, nuevamente, nos unimos a Él.

Sin embargo, si no podemos ni aun soportar el escuchar la verdad acerca de nosotros mismos y admitir nuestros errores, ¿cómo podremos permanecer con Jesús en el lugar donde fue azotado o en el lugar donde se Le coronó con espinas?

En esos lugares no nos aguardarán solamente falsas acusaciones sino que también podremos ser confrontados con angustia aguda, desprecio, calumnia, ridículo, y la pérdida de nuestra reputación... Pero Jesús, nuestro Esposo Celestial, estará también allí. Lo encontraremos en el lugar donde Él fue coronado de espinas y también en cada lugar en que Él estuvo durante Su Pasión. Las experiencias espiritualmente edificantes, que Jesús nos da, tienen su lugar propio. Sin embargo no implican, necesariamente, una unión de amor entre nosotros y Jesús. Es el sufrimiento del ridículo y el desprecio de los hombres lo que nos hace uno con Jesús, en amor.

Las bendiciones espirituales, incluyendo el don del amor nupcial, son sólo nuestras cuando nos vemos a nosotros mismos tal y como somos: pecadores, a la vista de Dios y de los hombres. Si perdemos de vista esta realidad, corremos el peligro de caer en la fantasía y convertirnos en meros hipócritas. De este

modo ya no andaríamos en el camino del Señor. Aunque dijéramos que pertenecemos a Jesús y que estamos cerca de él como esposa Suya, en realidad estamos lejos de Él.

Pero, si vamos al lugar del sufrimiento –que puede también ser físico, como el dolor, la debilidad o la enfermedad, Jesús se hace uno con nosotros y la gloria del amor comienza a resplandecer. Hallamos a Jesús en el camino de la cruz, cuando una carga pesada se coloca sobre nosotros, de modo que no podemos caminar erguidos. Y cuando nos sentimos especialmente encorvados bajo el peso de varias cargas y el Señor continúa agregando nuevas cargas, entonces podemos saber que Él está especialmente cerca. De esta forma, “enyugados” con Él, recibiremos todo lo que Él tiene para ofrecernos: amor, ayuda, consuelo, entendimiento profundo, compasión, alivio, gozo celestial y bendiciones.

Entonces llegará el momento en que, ciertamente, queramos escoger el lugar de la crucifixión, el lugar donde debe morir todo aquello a lo que nuestro propio yo se siente normalmente inclinado. Cuando nos sometamos a este proceso de muerte, permitiendo que nuestras aspiraciones sean clavadas en la cruz, bajo la dirección y el trato de Dios, estaremos unidos con nuestro Esposo Celestial. Y entonces, también llevaremos Sus marcas: las heridas. A Jesús se le infligieron heridas a cada

paso del camino. Desde el comienzo de Su Pasión, Él fue herido profundamente en Su alma. Luego, durante el azotamiento, Su cuerpo llegó a ser una masa de heridas. Las heridas se intensificaron y multiplicaron con la coronación de espinas y al llevar la cruz. Finalmente, en el Calvario, los clavos traspasaron Su carne.

Hay momentos, en nuestra vida, en que Jesús puede llamarnos a compartir con Él alguna etapa particular de Sus sufrimientos, aunque nuestro sufrimiento será siempre mucho más pequeño que el Suyo y, en cierto sentido, nunca inmerecido por cuanto somos pecadores. Solamente cuando soportamos heridas, voluntariamente como lo hizo Jesús, Él nos reconocerá como Su verdadera esposa. Deberíamos regocijarnos en los sufrimientos que experimentamos en cuerpo, alma y espíritu, porque ellos nos hacen estar cerca de Él como Su esposa. La paz inundará nuestros corazones y compartiremos la victoria y la gloria que surgen de los sufrimientos de Jesús.

Nuestro amor por Jesús y nuestra unión con Él se profundizarán si no tenemos miedo de buscarle donde puede ser hallado: en el sufrimiento. Es ahí donde Jesús espera a Su esposa. Y es cuando llegaremos a conocer a nuestro Esposo Celestial en la plenitud de Su naturaleza. Veremos cuánto nos ama y se preocupa por nosotros, sosteniéndonos y dándonos

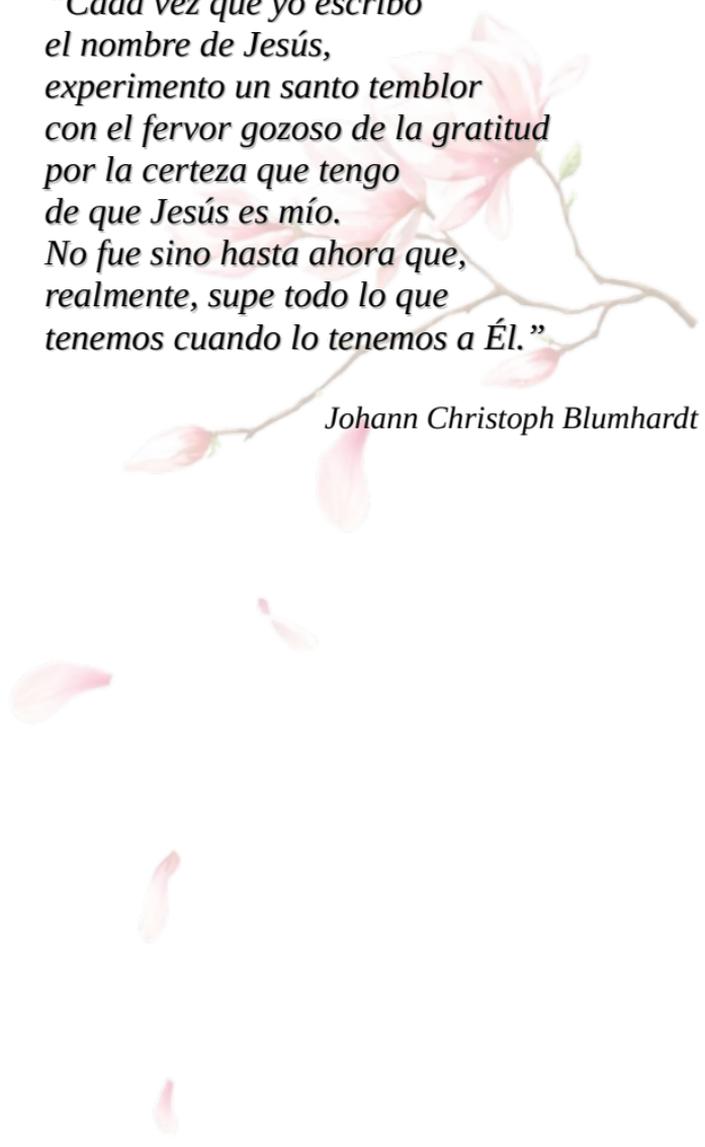
la victoria sobre los pecados que nos asedian.  
Gustaremos del gozo que Él da, aun en medio  
del dolor. En Él tenemos vida abundante.  
Todo esto será nuestro siempre y cuando Lo  
busquemos allí donde Él puede ser hallado.

*Oh Varón de Dolores, te amo  
y sin fin adorarte quiero.  
No hay gloria que se compare  
a la que irradia de Ti en Tu sufrimiento.*

*Oh Varón de Dolores, en tu dolor  
perdonando, siempre amando,  
la belleza del sufrimiento te hermosea  
y se refleja en Tu rostro divino.*

*Oh Varón de Dolores, radiante  
en angustia y aflicción,  
inspiras a mi corazón, con reverencia,  
una apasionada devoción.  
Solo por Ti quiero vivir,  
con todo mi corazón y ser.*

*Señor, hazme sincero y sensible,  
unido contigo en Tu sufrimiento.  
Oh Cordero herido, yo te exaltaré  
y bendeciré Tu nombre por siempre,  
y no te dejaré nunca,  
mi amado Salvador sufriente.*



*“Cada vez que yo escribo  
el nombre de Jesús,  
experimento un santo temblor  
con el fervor gozoso de la gratitud  
por la certeza que tengo  
de que Jesús es mío.  
No fue sino hasta ahora que,  
realmente, supe todo lo que  
tenemos cuando lo tenemos a Él.”*

*Johann Christoph Blumhardt*

## Jesús - El Más Hermoso de Todos los Nombres



El primer amor, el amor nupcial, se nutre solamente cuando lo practicamos. Piensen cuán fácilmente el amor de los matrimonios puede disminuir con el paso del tiempo. Se “enmohece” si no es expresado, si las palabras de amor están ausentes, si la solicitud amorosa falta, si no se intercambian entre ellos regalos. El amor comienza a disminuir cuando ya no se tienen pensamientos amorosos del uno para con el otro o cuando ya no se pronuncia el nombre del otro con amor.

La verdadera esposa de Jesús lleva un secreto en su corazón: el nombre de su Esposo. “Tu nombre es como unguento derramado” (Cantar de los Cantares 1.3). Por experiencia puedo decir que: cuando el nombre de Jesús resuena en mi corazón, como el nombre de Aquél a Quién amo por sobre todo lo demás, cuando lo repito una y otra vez, mi amor por

Él se aviva como una llama de fuego. Cánticos nuevos han brotado continuamente de mi corazón al celebrar Su nombre alabándole:

*Brilla el Nombre de Jesús  
cual estrella sobre el mundo;  
llega su gloriosa luz,  
hasta el más profundo infierno,  
Nombre lleno de poder,  
a Ti sea todo honor.\**

Increíblemente podemos apelar a este nombre; tenemos el derecho de hacerlo. Una esposa tiene el derecho de usar el nombre de su esposo. Si se halla en alguna dificultad, ella usa su nombre para que las puertas sean abiertas y los obstáculos removidos.

El Esposo Celestial se regocija cuando Su esposa, llena de orgullo y gozo por tener un Esposo como Él, hace uso frecuente de Su nombre. Siempre que yo invoco el nombre de Jesús, me siento llena de reverencia y admiración. ¡Qué Esposo tan maravilloso! ¡Qué Príncipe de Victoria! Él ha luchado y ha vencido en la batalla contra Satanás, aplástandolo bajo Sus pies. Mi Esposo es el Señor Resucitado, que está sentado a la Diestra de Dios.



Haz clic en la foto

En el nombre de Jesús se rompen las cadenas del pecado y los poderes de las tinieblas tienen que huir.

Éste es mi Amado y Amigo, dice la esposa en el Cantar de los Cantares. Él es el Todopoderoso. Él es el vencedor Señor de señores, el Victorioso Omnipotente. Cuando invoco el Nombre de Jesús, las fuerzas del mal se someten y la opresión desaparece. Tengo el privilegio de invocar el nombre de Aquél que me ama y que se consagró a mí como yo también a Él. Porque me ama, quiere ayudarme. Jesús está ahí para extender Su Mano Poderosa y demostrar Su poder y gloria a mi favor. Cuando yo pronuncio Su Nombre en mi corazón, algo sucede. Repitiendo el nombre de Jesús o la frase “Jesús es Vencedor”, durante la intercesión, esto tiene un gran impacto sobre las almas esclavizadas. Las oraciones no tienen que ser largas para que sean efectivas. En momentos de prueba y angustia, es posible que no podamos realizar largas oraciones. Yo tan sólo puedo decir que cuando, confiadamente, he repetido el nombre de Jesús, la paz ha inundado mi corazón y he recibido ayuda.

El nombre de Jesús parecerá algunas veces como el repique resonante de las campanas en el corazón de la esposa; otras veces será como la música suave de la lira. Hay mucho amor y ternura, contenidos en este Nombre. Llevar el nombre de Jesús en nuestro corazón es un

regalo sin precio, y es algo que no nos puede ser quitado. ¡Cuán precioso ha sido para mí repetir el nombre de Jesús en mi corazón durante los tiempos de sequedad espiritual o cuando estaba enferma y la oración no resultaba fácil! Nada podría impedir que Su nombre sonara en mi corazón.

¡Qué poder existe cuando pronunciamos el nombre de Jesús! ¡Ésa es la oración más eficaz! Y, sin embargo, no debemos pronunciar este Nombre sencillamente por el hecho de que nos hace sentir felices y nos da paz y ayuda. Debemos hacerlo también por amor a Él, dándonos cuenta de cuánto deleite siente Su corazón cuando lo hacemos así. Pronunciar Su nombre con amor profundiza nuestra relación de amor con Él. ¿Acaso no expresamos amor siempre que pronunciamos el nombre de un ser querido? Una palabra que exprese nuestro amor hacia Jesús no quedará sin respuesta. Al decir Su nombre con amor, Jesús responde y nos ofrece Su amor. Es el amor de Su esposa lo que Lo atrae hacia ella. Jesús dijo: “Al que me ama... Yo le amaré... y vendremos a Él y haremos morada con Él” (Juan 14.23). La canción de nuestro amor, expresada al pronunciar Su nombre, es irresistible para Él. Él no puede dejar de entrar en un corazón que Lo espera, repitiendo Su nombre, con todo amor.

También es vital que pongamos nuestro amor a Jesús, en acción. Esto sucede si, al repetir Su nombre en nuestros corazones o en voz alta; expresamos también con palabras nuestro amor y gratitud por Su amor y por Sus sufrimientos. Aun cuando no nos sintamos muy dispuestos a adorarle, debemos cantarle canciones de alabanza y adoración. Nuestros corazones se encenderán nuevamente de amor hacia Él cuando cantemos y declaremos quién es Jesús, nuestro Esposo: el Rey de reyes, el Cordero que reina con majestad sobre el Trono más alto, la misma esencia del Amor, el Príncipe Poderoso de la Victoria, el más hermoso de los hijos de los hombres, el esplendor del cielo.

Me he dado cuenta que cuando dejo de adorarlo, por medio de palabras y de cánticos, mi relación amorosa con Él se debilita. En tales momentos, corremos el riesgo de decaer lentamente de este primer amor, del amor nupcial. Existe gran poder cuando alabamos los atributos de nuestro Esposo. Cuando declaramos Quién es Él, la gloria de Su naturaleza resplandece sobre nosotros. Si anteriormente estábamos tibios o deprimidos, absortos por las preocupaciones, por la gente o las cosas, nos regocijamos nuevamente en Él. Cuando Le alabamos por lo que Él es, Su carácter único se hará evidente: Nadie puede compararse a Él. Cuando contemplamos el poder de Su

amor, Su gloria y grandeza; se disipa todo lo que pudiera haber oscurecido Su amor o lo hubiera hecho parecer lejano, y todo aquello que pudiera haber puesto fin a nuestra intimidad con Él.

Pronunciando el nombre de Jesús y adorándolo por lo que Él es, alimentamos el amor nupcial. Nuestro amor hacia Jesús está siendo atacado constantemente por Satanás que nos envidia por esta suprema felicidad que tenemos. Como un león rugiente, anda en derredor nuestro, tratando de encontrar en nosotros algún punto débil. Él quiere penetrar en la cámara del corazón de la esposa para interrumpir su comunión de amor con Jesús. Él tiene muchos métodos para atraernos con tentaciones, usando a personas y a cosas de este mundo de modo que terminamos siendo atados a ellos. Cuando cedemos a la tentación, rompemos el vínculo de amor con Jesús, que no tolerará un corazón dividido.

Estamos llamados a batallar contra “los engaños del diablo” (Ef.6.11). Sus tentaciones perderán su poder cuando nos centremos en Jesús y lo proclamemos en Su gloria. Entonces podremos reconocer todo lo que ha sido falso a la luz de esta gloria. Si dejamos de actuar de esta forma, perderemos la comunión de amor con Jesús. Pero aquellos que fielmente alimentan el amor nupcial, invocando Su

nombre, llegarán a la meta celestial: la Cena de las Bodas del Cordero.

*Dulce es tu Nombre, amado Jesús,  
imparte gozo a mi corazón,  
día y noche resuena en mí  
con la alegría del sol matinal.*

*Jesús, tu nombre gozo me da,  
cuando lo invoco allí Tú estás.  
Haz Tu morada en mi corazón,  
¡qué bienvenido serás, mi Señor!*

*Amarte, en verdad es vivir,  
mis pensamientos someto a Ti.  
Tú eres el único amor de mi ser,  
y en Tu amor yo descansaré.*

*Fluyan en mí, canciones de amor,  
en mí se vea Tu imagen, Señor,  
que otros te elijan su Único amor,  
vean Tu gloria por la eternidad.*

“Y TODO LO QUE HAGAN, HÁGANLO DE CORAZÓN,  
COMO PARA EL SEÑOR Y NO PARA LA GENTE.”

COLOSENSES 3.23



## Por Ti

Alimentamos el amor nupcial, no solamente al pronunciar amorosamente el nombre de Jesús, sino también haciendo todas las cosas que debemos hacer, por amor a Él. Esto hace fácil la tarea más difícil, transforma lo desagradable en una fuente de alegría. Nuestras reacciones ya no dependerán de lo que nos guste o sepamos hacer.

*Con Jesús lo amargo se hace dulce. Si lo amargo todavía no se ha hecho dulce para nosotros, es porque aun no hemos entrado en la plena comunión de amor con Jesús.*

El Señor me mostró algo que me ayudó en este camino de hacerlo todo por Él. Cuando yo era joven sufría mucho de reumatismo, y en aquel tiempo trabajaba dando conferencias en el Movimiento Femenino de Estudiantes Cristianos. Viajaba extensamente y a menudo tenía que dormir en los trenes o en camas improvisadas en sofás, y esto me obligaba a pasar

muchas noches mal dormidas. Yo no conseguía dar mi “sí” total a esta situación, y mi relación de amor con Jesús se estropeó.

Más tarde me arrepentí profundamente de que mi amor por Él fuera tan pequeño que no estuviera dispuesto a soportar tales inconvenientes e incomodidades por amor a Él y que no hubiese sabido confiar en Su amor. Le pedí al Señor que me diera una oportunidad de reparar mi falta y probarle mi amor. En respuesta a mi petición me llevó a trabajar para una sociedad misionera, como “conferencista itinerante”. Durante la Segunda Guerra Mundial, por mi trabajo, tuve que viajar por todo el país. Una vez más, encontré incomodidades físicas porque tenía que quedarme en habitaciones sin calefacción y viajar en trenes atestados de gente. Además de esto, contaba con el peligro de los bombardeos aéreos. Siendo temerosa por naturaleza, encontraba que este ministerio era muy difícil.

Entonces, el Señor me dio dos simples palabras que lo transformaron todo: “Por Ti”. Esta pequeña frase, afirmación del amor nupcial, me ayudó en gran manera en todos mis problemas, aun para vencer mis temores. En cualquier circunstancia me decía: “Aquí hay algo que puedo hacer o sufrir *por Ti*, por Tu amor”, y aquello hacía que lo más difícil de soportar se hiciera fácil. Todo cambiaba. El decir “por Ti” me ayudó, más tarde, a perma-

necer en Su presencia durante el día, aun en medio del trabajo, y me enseñó a hacer todas las cosas en Su compañía. Cuando me sentía demasiado absorbida por mis tareas y, por consiguiente, alejada de Él –aun cuando todo el trabajo era para el Reino de Dios– estas dos palabras me ayudaban. Como alas, me levantaban hasta Aquél que amo. “Por Ti, por Ti, mi Señor Jesús”, eran las palabras que resonaban en mi corazón.

¡Qué poder tan infinito está oculto en el amor nupcial, por cuanto nos une con el Creador Todopoderoso del universo! Por lo tanto, si nosotros hacemos todas las cosas por amor a Jesús y le decimos: “Por amor a Ti, por amor a Ti”, los resultados serán mucho más grandes de lo que podemos imaginar. Entonces, todo lo que hacemos, –sea pelar papas o estar delante de una máquina todo el día– produce gran fruto para el reino de Dios, porque el trabajo hecho con amor y en unión con Jesús, tiene valor eterno.

¿Por qué? Porque el amor es el poder más grande que existe. La unión amorosa con Jesús es espiritualmente dinámica. Una persona puede estar enferma. Sin embargo si lo soporta todo por y con Jesús, esta unión tendrá efectos de largo alcance que producen fruto para la eternidad. Mi oración era: “Permíteme hacerlo todo contigo hoy. Que cada pensamiento, palabra y obra fluyan de mi comunión contigo.

No dejes que me separe de Ti hoy. ¡Oh Espíritu Santo! Repréndeme cuando deje de permanecer en Jesús”. Descubrí que nuestra vida solamente puede ser fructífera cuando hacemos todas las cosas en comunión con Jesús.

**Jesús, nuestro Esposo, quiere tener comunión contigo. ¿No oyes cómo te llama?:**

*Hazlo todo para Mí.  
Dame la mejor parte de tu tiempo.  
Permanece en Mí durante todo el día.  
No pienses, ni hables,  
ni hagas nada sin Mí.*

*Recuerda que cada vez que te separas de  
Mi corazón, me duele, porque tú y Yo  
somos uno. Mantén tus ojos puestos,  
no en tu obra sino, en Mí.*

**Responde a tu Esposo Celestial:**

*¡Jesús!, Tú siempre serás el primero en  
mi vida. Yo quiero hablar contigo y traba-  
jar para Ti. Quiero planearlo todo contigo,  
y tomar mis decisiones junto a Ti.  
Que nada de lo que haga, sea hecho sin Ti,  
porque no quiero excluirte de mi vida.  
Úneme estrechamente a Ti, para que  
nada –ningún trabajo, ninguna carga,  
ningún otro interés, ninguna alegría–  
pueda separarnos durante este día.*

*A fin de que pueda vivir, constantemente,  
en Tu santa Presencia; ¡porque Tú estás  
aquí!*

Que este día esté dedicado a Ti, Jesús,  
mi querido Señor.

Que en todo lo que este día traiga  
—problemas, preocupaciones—  
sea Tu nombre alabado y adorado.

Cordero de Dios, amado Esposo,  
concédeme Tu gracia en este día,  
para que yo pueda reflejar Tu imagen  
en todo lo que haga y diga.

Ayúdame a soportar cada prueba,  
mi querido Jesús, oye mi ruego.  
Y que, aun en el sendero más difícil,  
todos puedan verte a Ti, en mí.

Que viva para manifestar Tu gloria;  
cuando Tu nombre sea despreciado.  
Que, en todas las cosas que ocurran,  
yo demuestre ser Tu fiel esposa.

CADA VEZ QUE ENTREGAMOS NUESTRA VOLUNTAD  
A DIOS EN CADA COSA QUE OCURRE EN NUESTRA  
VIDA, SE FORTALECE LA COMUNIÓN DE AMOR.  
ÉSTA ES UNA UNIÓN ABSOLUTA Y CIERTA Y, POR  
CONSIGUIENTE, DE LA MÁS PURA Y ALTA CALIDAD.



## Entregando Nuestra Voluntad

Nuestro amor nupcial se alimenta y crece cuando diariamente nos unimos a Jesús. La entrega de nuestra voluntad nos conduce a la más profunda comunión de amor con Jesús. La verdadera prueba del amor nupcial consiste en la disposición a someternos enteramente a la Voluntad de Dios, aun cuando Él frustre nuestros más queridos deseos o aun cuando no podamos comprender lo que está haciendo en nuestras vidas o en las vidas de los demás. Para nutrir el amor nupcial y para demostrarle a Jesús que Lo amamos, tenemos que practicar constantemente la sumisión a Su Voluntad y a Sus deseos.

A menudo yo he sido conducida por caminos en los cuales mis esperanzas y mis deseos

se vieron desbaratados. Mis oraciones quedaban sin respuesta y yo no podía entender lo que Dios estaba haciendo. Entonces comprendí algo que me impactó: Ha llegado el momento en que la autenticidad de mi amor sea probada. Aun cuando no puedo entender a Dios ahora, hay algo que sí puedo hacer: Puedo probarle mi amor amando Su Voluntad.

Sabiendo que Su Voluntad es siempre buena, siempre amorosa –por cuanto brota de Su Corazón de amor– comencé a alabar la Voluntad amorosa de Dios mediante un cántico: “La Voluntad de Dios es bondad, Su Corazón lleno de amor, Su Dirección Sabia es siempre la mejor”. Y esto me ayudó a sumergir mi voluntad completamente en la de Él, de manera que, a pesar de mi dolor y turbación interior, la paz entró en mi corazón. Una vez más me sentí unida con Él. Yo había levantado una barrera en contra de Dios, al rebelarme –aunque ligeramente– suspirar o preguntar: “¿Por qué?”. Y, ahora, esta barrera había caído.

Tenemos que saber que si nuestra unión con la Voluntad de Dios se rompe, también se rompe nuestra comunión de amor con Jesús. Dejamos de permanecer en Él. Perdemos nuestro primer amor. Si queremos que este amor nupcial hacia Jesús crezca, no podemos ni siquiera permitir una pequeña rebeldía en contra de la Voluntad de Dios. El amor nupcial hacia Jesús es como una planta muy delicada.

Si no se planta en el suelo adecuado, en lugar de crecer, se secará. Y el terreno adecuado es la unidad entre nuestra voluntad y la Suya. ¿Nos percatamos de cuán amorosamente cuida Jesús de esta pequeña planta en nuestros corazones? Con frecuencia Él nos contempla, tristemente, desde lejos porque ya no tenemos puestos nuestros ojos en Él. Nuestra comunión de voluntades ha sido rota. ¿No deberíamos luchar arduamente cada día para que nuestra entrega a Su Voluntad sea total? ¡Qué oportunidad tan única de traerle gozo a nuestro Esposo Celestial!

*Anhelo amarte y jamás contristarte,  
para este fin sólo vivo, Jesús:  
consuelo darte, junto a otras almas  
que por seguirte, toman su cruz.*

*Que mi entrega, bálsamo sea  
y mi sufrir un perfume a Ti  
y así aliviarte, ¡qué gran tarea!  
de Tu dolor por el pecador.*

*Bálsamo puro, es mi deseo,  
para amarte tan sólo vivir.  
Nardo precioso, sea Tu gozo  
mi fe y confianza, en Ti recibir.*

*Nada supera, aquí en la tierra,  
este servicio sublime y real.  
Gran privilegio éste encierra:  
Consolar puedo al Rey Eternal.*



Haz click sobre el jazmín

“SOMOS TEMPLO DEL DIOS VIVIENTE”.

2 CORINTIOS 6.16



## Somos Morada de Cristo

El Señor Dios, que se llama a Sí Mismo “el Esposo de su pueblo escogido”, promete y proclama: “¡El Señor ha escogido el monte Sión! ¡Lo ha elegido para vivir allí!: ‘Este es el monte donde siempre quiero estar; en él viviré, porque así me agradó...’” (Sal.132.13-14). ¿Puede haber algo más maravilloso? Jesús hace esta promesa cuando dice a su novia, al alma que le ama: “El que me ama, hace caso de Mi palabra; y Mi Padre lo amará, y Mi Padre y yo vendremos a vivir con él” (Juan 14.23).

El Señor está buscando un corazón donde pueda sentirse feliz habitándolo, un alma donde pueda hacer Su morada. Estos versículos del Salmo 132 fueron puestos en un cuadro, sobre la pared de una sala; en que tenían lugar los estudios bíblicos para señoritas durante el avivamiento de los años 1944 y 1945. Yo quería tener este texto ante mis ojos porque expresaba el deseo más grande y el anhelo más

ferviente de mi corazón: que el Señor me dijera, también a mí: “Yo quiero vivir en ti, porque me has agradado.” Para mí, nada podía ser más maravilloso que el hecho de que el Señor dijera que Él quería habitar en nosotros. En Juan 14, Jesús nos dice dónde quiere morar: en aquél que lo ama. Es “el amar”, lo que atrae a Jesús y lo lleva a hacer, en tal corazón, Su habitación. Y es el amor lo que lo mantiene allí. Este amor no se basa en sentimientos sino en la unidad de nuestra voluntad y la Suya. El amor que atrae a Jesús a habitar dentro de un corazón humano, es un amor que se entrega a Él sin vacilaciones, aun en los tiempos más difíciles. Es un amor que nos hace vivir en unidad con Él.

*“Prepara tu morada  
como una desposada”  
es de Jesús la invitación;  
con ternura convida  
Su amor a cada vida:  
“Brilla de luz tu corazón.*

*“Ordena tu aposento,  
que se aquiete el lamento,  
a la ansiedad no des lugar,  
para que así tu alma,  
en silenciosa calma,  
Mis pasos pueda escuchar.*



*“Tu voluntad rendida,  
junto a la Mía unida,  
formen preciosa comunión.  
Conmigo, el sufrimiento,  
es amor sin tormento  
si reino en tu corazón.”*

*¡Qué cosa más hermosa  
la pobre tierra goza,  
Jesús cual huésped recibir!  
De par en par mi puerta,  
en bienvenida abierta,  
por siempre en mi alma ha de vivir.*

Sin embargo, es posible perder a Aquél que se ha acercado de tal manera a nosotros. El Señor también puede marcharse de nosotros, si nuestro amor hacia Él se enfría. Él habita solamente en los corazones que Lo aman. Solamente en ellos es donde Él desea habitar.

Amarlo significa darle el primer lugar. Significa que nada, y sólo Él, haga estremecer nuestros corazones. En medio de nuestro trabajo y actividades, tenemos que vivir en guardia, ante todos los gozos y las tristezas terrenales que tratan de aplastarnos. Cuando nos preocupamos por esas cosas, Jesús ya no tiene el primer lugar en nuestras vidas y se ve obligado a abandonar la “casa interior”, que es

nuestro corazón; Su morada escogida. No debemos permitir nada que nos preocupe, conmocione o agite, en ese santuario donde Él mora y donde tiene Su trono. En fin, nada debe perturbarnos porque Él, Quien es nuestra paz, está viviendo en los lugares más profundos de nuestro corazón.

Toda verdadera esposa de Jesús hace, del lugar más íntimo de su corazón, un santuario y lo mantiene santo porque su mayor gozo es la promesa de Jesús de hacer Su morada en los corazones de aquellos que Lo aman. Para las almas llenas de este amor nupcial, no hay mayor temor que el de perder su primer amor; por estar demasiado absortas en los gozos y los problemas y los altibajos de la vida diaria. En ese caso, Jesús ya no podría seguir habitando en sus corazones. Muy temerosas de que tal cosa pueda suceder, tienen mucho cuidado para que, ni el trabajo ni el placer, ni siquiera el sufrimiento de los demás, las absorban totalmente.

La novia de Jesús anhela que nada pueda apartar de su corazón la Presencia de su Novio. Ella sabe que Él nos pide una devoción total: Él no comparte el trono de nuestro corazón con nada ni con nadie. Él no quiere que seamos dominados por problemas, ni por excesivos cuidados, ni por la gente ni por cosa alguna de este mundo. Es por eso que un alma llena del amor nupcial rechaza, con todo su

corazón, tales influencias para que no puedan tomar control sobre ella. Porque, en ella, sólo Él debe reinar; ya que ella es Su morada y es esa su mayor felicidad y su más grande gozo. Todo esto significa que tiene una paz íntima y profunda, a pesar de cualquier presión externa y de cualquier carga que esté pesando sobre ella. Siempre es una sola con Él. Él en ella y ella en Él. Y de este modo ella anda por la vida, junto con Él. Todo lo que ella hace y experimenta es en comunión con Él.

¿Qué podría ser más hermoso que Su promesa de morar dentro de nosotros? Si Jesús vive en la intimidad de nuestro corazón, ¿qué más podemos desear? Él está allí, aun en la noche más oscura cuando no sentimos nada y cuando parece que Él está distante. ¡Qué consuelo y qué aliento! ¿Puede haber algo mayor a esto? Aun en épocas de sequedad espiritual, en la noche oscura del alma, tenemos la seguridad de que: Aquél que es la Vida mora en mí, y por lo tanto la vida nacerá en medio de esta noche.

Especialmente, en los oscuros tiempos de prueba, cuando los problemas amenazan agobiarnos y vencernos, nuestro Esposo Celestial vela amorosa e intensamente por nosotros para ver cómo nos comportamos y cuánto podemos soportar. ¿Demostraremos verdaderamente que somos Su esposa? Eso es lo que Él anhela ver: que no nos dejemos envolver por nuestro

propio yo, que no estemos a merced de nuestros sentimientos, ni de nuestros pensamientos, ni de nuestro conflicto interior. En lugar de eso, debemos descansar en Su presencia, allí, en Su morada dentro de nosotros. Puesto que Su presencia es mayor que los problemas y que las presiones, nuestras pruebas servirán solamente para acercarnos más a Él.

Aun en la hora más oscura podemos estar seguros de que Jesús está con nosotros, aunque no sintamos Su presencia. Lo que tenemos que hacer es entregarle todas las cosas que nos cargan. Esto nos llevará a la comunión con Él y entonces Él ejercerá Su ministerio, por medio de nosotros. Y de esa manera, en los tiempos de sequedad espiritual y de prueba, produciremos los mayores frutos.

Quien no “muere a sí mismo”,  
con Cristo, día a día;  
verá que su amor a Jesús morirá.  
A aquel que escoge morir a diario,  
le florecerá vida divina de amor,  
porque Jesús halló Su morada en él.

Para los tiempos de noche espiritual, Jesús el Esposo tiene palabras de aliento para el alma que Le ama:

*¡Persevera!*  
*¡Sigue luchando!*  
*¡Vale la pena!*

*Recuerda la meta celestial.  
¿No soy Yo suficiente para ti?  
¿No quieres sufrir Conmigo?  
Mírame a Mí y todo peso desaparecerá.  
Yo estoy verdaderamente aquí.  
¡Oh, créeme!*

**La esposa de Jesús responde:**  
*Sí, Tú estás aquí y eso me basta. Amén.*

*Te amo a Ti, Señor, el más hermoso  
y el más bello, y todo lo que tengo y  
soy es Tuyo, amado Jesús;  
dentro de mi corazón Tú moras y  
tienes Tu trono, oh Cordero de Dios  
y Esposo de mi alma, Cordero Amado.*

*Te amo a Ti, Señor; Tú diste Tu vida  
para salvarme, y, ahora, mi vida,  
mi todo, son Tuyos completamente.  
Te amo a Ti, Señor; y anhelo ser Tuyo,  
Tu propia posesión, Amado Señor,  
Tuyo solo, Tuyo sólo.*

*Te amo a Ti, oh Señor, oye mi  
canto fervoroso, mi canción de amor  
y profunda devoción.  
Rey de mi corazón, amado Dios y Señor,  
Tu esposa es Tuya, ahora y para siempre,  
para siempre Tuya.*

*Y pronto Te veré cara a cara,  
Amado Salvador, admirable en majestad  
y esplendor incomparable.  
Entonces, brotará de mi corazón  
un río de amor, en adoración,  
alabanza, acción de gracias,  
llenándome de incesante asombro.*



“¡OH JESÚS MÍO!, TU PRESENCIA TRAE GRAN PAZ EN LO PROFUNDO DE NUESTRO SER, Y TU MIRADA AMOROSA, QUE HABLA DE TU GRACIA TAN INFINITA, LLENA MI ALMA DE GOZO Y GRATITUD”.

CHRISTIAN GREGOR



## Experimentando Su Presencia

Aquellos que aman a Jesús con el amor nupcial conocen la bendición que se experimenta cuando Jesús se acerca a ellos. El amor que poseen anhela, constantemente, momentos así; porque el alma que ama añora estar cerca del Amado. Leemos en los Salmos: “Como el ciervo brama por las corrientes de agua, así clama por Ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios Vivo” (Sal. 42.1-2). Es maravilloso saber que hay momentos en que el amor de Jesús nos visita. Es un hecho, las personas que poseen un amor nupcial por Jesús conocen la intimidad de Su amor divino de una manera especial.

Satanás y sus espíritus malignos pueden influenciar a las personas, a través de su pensar y su sentir y, también, ejercer alguna acción sobre cosas materiales. Algunas veces,

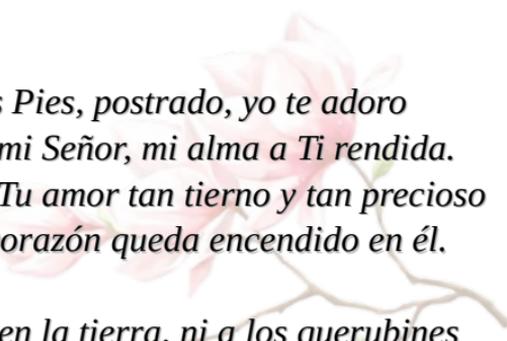
es posible que se experimente su presencia en una habitación o hasta escucharle. ¡Cuánto más perceptible es la presencia de Jesús, cuando se acerca a aquellos que Lo aman! Él puede llenar una habitación con la fragancia de Su Presencia. Asimismo puede venir a nosotros y presentarse de tal manera, que no solamente sentimos Su presencia sino que, también, todo nuestro ser se vea envuelto y cautivado por Su amor.

Sí, aunque Dios es eterno y santo, según el testimonio de las Escrituras, Su amor lo impulsa a acercarse y revelarnos Su presencia, aún siendo seres humanos pecadores. Desde las etapas más tempranas, en la historia de Israel, el milagro de la revelación divina se hace evidente. Dios se nombra a Sí Mismo: “Yo soy el que soy” ... el Dios que está activamente presente. Dios habló con Moisés “cara a cara, como un hombre habla a su amigo” (Éxodo 33.11), y el rostro de Moisés brillaba por causa de este encuentro tan de cerca con el Dios santo (Éxodo 34.29). Una y otra vez, Dios se ha revelado a Sí Mismo, obrando en las personas, acercándose a ellas en Su santidad. El profeta Isaías, por ejemplo, pensó que iba a perecer ante la presencia de Dios (Isaías 6.5). Leemos que el discípulo Juan cayó postrado, como si estuviera muerto, a la vista de Jesús glorificado (Apocalipsis. 1.17).

Aun hoy día, cualquier encuentro con Jesús –el Esposo Celestial– puede tener un impacto tan real como éstos.

¡Cuán bendito, cuán santo, es el encuentro con el Dios Trino! Es la experiencia más profunda que cualquiera de nosotros puede tener. Cuando Dios se encuentra con una persona, en esta forma, esa persona nunca más será la misma, porque experimentará una transformación. ¡Benditos aquellos a quienes Dios toca con Su amor, de este modo, y caen postrados delante de Él, convencidos de que son pecadores! ¡Benditos aquellos a quienes Dios toca con Su amor, de tal manera, que sus corazones arden dentro de ellos!

Las historias de los que amaban mucho a Dios nos dejan vislumbrar esta verdad. San Francisco de Asís, por ejemplo, tuvo un encuentro tan bendecido con el Dios Trino, que su cuerpo, su alma y su espíritu se sentían inundados con la dulzura de Jesús. Su rostro comenzó a brillar de tal manera que tuvo que cubrirse con la capucha de su hábito. Aun cuando esas experiencias sean la excepción y no la regla, es cierto que Jesús, como Esposo Celestial, se acerca de un modo propio y especial a cada alma llena de este amor nupcial.



*Ante Tus Pies, postrado, yo te adoro  
gozoso, mi Señor, mi alma a Ti rendida.  
Pues es Tu amor tan tierno y tan precioso  
que mi corazón queda encendido en él.*

*A nadie en la tierra, ni a los querubines  
en el cielo, se da a conocer en plenitud  
tu Hermosura. Comparadas con ella,  
otras glorias palidecen.  
¡Cuán bendecido soy,  
al ser tan amado por Ti!*

*Oh Jesús, centro de toda la humanidad,  
Reflejo de la gloria y del poder de Dios.  
Ante Ti me inclino en adoración;  
contemplar tu Rostro  
es mi total satisfacción.*

“COMO SON MÁS ALTOS LOS CIELOS QUE LA TIERRA,  
ASÍ SON MIS CAMINOS MÁS ALTOS QUE VUESTROS  
CAMINOS, Y MIS PENSAMIENTOS MÁS QUE  
VUESTROS PENSAMIENTOS”. ISAÍAS 55.9



## Completamente a Disposición de Jesús

Mi Señor y divino Esposo llamó suavemente a la puerta de mi corazón diciendo: “Dame más de tu tiempo. Dame un lugar mayor en tu corazón. Te quiero totalmente”. ¿Qué deseaba el Señor de mí? ¿Quería que le diera más de mi tiempo normal de oración? Estas preguntas internas se apoderaron de mí. Jesús hacía reclamos con relación a mi amor. Yo sentía Su pedido y Su deseo, y sabía que Él quería mantener conmigo una comunión más profunda. Él deseaba que yo entrara en una comunión más profunda con Él, que me apartara de todo, de tal modo que estuviera completamente a disposición de Él.

¿Cómo podía resistirme si Aquél que es Amor eterno, el más Hermoso de los hijos de los hombres, la Majestad divina, se acercaba a los pecadores, deseando su amor y su devoción? ¿Cómo iba a rehusarme? Por lo tanto,

cada día, me apartaba durante algunas horas y el Señor me capacitaba, con Su gracia, de modo que aun así podía terminar mi trabajo. Pero Sus llamados urgentes no cesaban. Su amor no se satisfacía. Y entonces empecé a dedicarle cada viernes a Él; y, en la medida en que me apartaba y me desprendía de mi trabajo y de mis compromisos, Él me recompensaba con un sentido de Su presencia como nunca antes yo lo había conocido.

Sentí Su amor ardiente como un fuego y mucho más intenso que cualquier amor humano, y venía directamente del corazón de Aquél cuyo Amor sostiene el universo. Sentí Su amor, de un modo tan íntimo y tierno, como ningún amor humano puede llegar a ser. Su amor era irresistible, atrayéndome más y más, llamándome a una entera disponibilidad a Él.

Si empleaba mucho tiempo apartada con Jesús, ¿no descuidaría a las hijas espirituales que se me habían encomendado a mi cuidado? ¿No echaría esto una carga mayor sobre la Madre Martyria? ¿No se quedaría sin terminar una gran parte del trabajo que Él Mismo me había dado? El Señor me enseñó que cuando moramos en Él, amándolo a Él por sobre todo lo demás, con todo nuestro corazón, alma, fuerzas y mente (Luc.10.27), siguiéndolo dondequiera que nos llame Su amor, los más ricos frutos se derivarán de tal unión (Juan 15.5) y

aquellos que nos han sido encomendados, experimentarán la plenitud de la bendición.

Y esto es lo que ocurrió, contrariamente a todo proceso del pensamiento humano. Al principio, mis hijas espirituales lloraban. Algunos meses más tarde, sin embargo, ellas ya no se sentían tristes sino felices por la nueva vida espiritual que estaban experimentando, como resultado del llamado que Dios me había hecho a ese retiro. Cuando nos reuníamos, Jesús se encontraba con nosotras de una manera nueva y diferente y nos bendecía abundantemente. Nunca antes Él había sido tan real para nosotras, sea como el Niño en el pesebre o como Varón de Dolores o como el Señor Resucitado. Lo que mis hijas “perdieron” en un plano humano, por mi ausencia, Jesús en Su amor se los restituyó, renovando y enriqueciendo sus vidas, haciéndolas mucho más felices que antes.

Y ¿qué sucedió con mi trabajo y mis actividades? Cuando algo tenía que ser escrito, ya fuera una carta o un libro, yo lo escribía a partir de esta unión más profunda con Él, y Él podía tocar los corazones de los demás en una forma nueva.

El Señor había dicho una vez que: desde los “estrechos confines” de mi habitación, mientras yo estuviera sola con Él en oración, el mensaje que Él nos había encomendado llegaría más lejos aun y con más efectividad que si

yo hubiera estado involucrada en una forma normal de ministerio. Y ahora nos sentíamos privilegiadas al ver que los escritos nacidos de aquel retiro, se difundían en muchas partes del mundo. Miles de personas más; eran alcanzadas y bendecidas por el mensaje que el Señor nos había encomendado, más aun que si yo hubiera estado involucrada en un ministerio activo en Canaán.

Puesto que Jesús es Amor, es una ley espiritual: Él bendice a aquellos que atrae hacia Sí. Cuando Él nos llama a dejar la compañía de los seres que amamos y nuestras actividades anteriores, Él nos recompensa cien veces más, como nosotras pudimos experimentarlo en el tiempo que pasábamos en reunión, teniéndole a Él como centro. Y mucho más que eso, Él nos da una nueva vida divina, Su amor, que es un río que siempre está fluyendo.

“CONCÉDEME QUE YO PUEDA MOSTRAR  
CUÁN BENDITO ES AMARTE, Y SUFRIR CONTIGO,  
Y LLORAR CONTIGO, Y ESTAR UNIDO CONTIGO  
PARA SIEMPRE EN ALABANZA”. JUAN CALVINO 1509-1564



## Pasando por el Desierto Espiritual

Las benditas experiencias de la Presencia de Jesús no son sino un anticipo de lo que nos aguarda en el cielo. Mientras estemos sobre la tierra sin embargo, algunas veces, el Esposo Celestial esconderá Su presencia perceptible, de nosotros, aun cuando siga morando dentro de nuestro corazón. En tiempos como estos, Él nos guía por caminos oscuros como a la esposa en el Cantar de los Cantares, que subía del desierto “recostada sobre su amado” (Cantar de los Cantares 8.5).

Hay momentos en que la esposa de Cristo encuentra que su alma está como tierra seca. Busca a su Amado, pero sin provecho alguno. Todo está oscuro en su alma y no hay ninguna señal de Él. Sin embargo, es precisamente ahí que el Esposo Celestial demuestra cuánto ama a Su esposa. Por medio de estas experiencias,

Él hace a Su esposa más amable y hermosa que antes. En el camino desierto, con su Esposo aparentemente lejos, la esposa de Cristo se hace más consciente de su miseria. Es una experiencia humillante, y así humillada, ella puede ver su pecado y su debilidad y llorar por esto. Sus lágrimas son más preciosas para el Señor que cualquier otra cosa. Recordamos a la gran pecadora que bañaba los pies de Jesús con sus lágrimas, y aquello hizo que brotara de Jesús aquel comentario que decía: “ella amó mucho”.

Ésta es la clase de amor generoso que el Señor anhela. Y sabe que el amor nupcial necesita ese encuentro personal con Él. Pero como Él quiere que nuestro amor crezca y se haga más puro y más fuerte, de vez en cuando, Él se esconde de nosotros. Nuestra alma ansía la bendición de Su amor, pero estos anhelos emocionales deben secarse y morir. Si la esposa puede, aun así, seguir al Esposo fielmente, sin ser capaz de sentir Su presencia, entonces su amor será probado. Después de estas pruebas, ella subirá del desierto, refinada y “recostada sobre su Amado” que la deleitará con Su presencia.

Hay grandes misterios y tesoros infinitos, en las profundidades del amor nupcial. Quien quiera descubrirlos, debe atreverse a sumergirse en las profundidades de este océano. Hay un camino que puede revelarnos estos tesoros: el camino de atravesar la noche oscura

del alma, el desierto espiritual, el camino de la cruz y la participación en Sus padecimientos. Si Jesús, a Santiago y a Juan, que querían compartir Su gloria en el trono, les dijo: “¿Acaso pueden beber el trago amargo que voy a beber yo?” (Mateo 20.22), ¿no les dirá Él, a los que ansían las bendiciones de Su amor y la bienaventuranza de la unión espiritual con Él: “¿Pueden beber del vaso del sufrimiento?”. El sufrimiento trae gloria, y no solamente en la vida venidera. Cualquiera que siga el camino de la cruz, con Jesús, saborea Su gloria aun aquí y ahora.



*En los caminos del dolor  
cuando la noche me rodea,  
alabo la bendición que vendrá.*

*Sufriré con gusto,  
esto me preparará  
para morar en la gloria, para siempre.*

*El dolor no será mayor,  
sino que se transformará  
en luz y gozo, junto al trono de Jesús.*

“LO QUE QUIERO ES CONOCER A CRISTO, SENTIR EN MÍ EL PODER DE SU RESURRECCIÓN, TOMAR PARTE EN SUS SUFRIMIENTOS Y LLEGAR A SER COMO ÉL EN SU MUERTE, CON LA ESPERANZA DE ALCANZAR LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS. Filip. 3.10-11



## Compartir Sus Padecimientos

Cultivar el amor nupcial hacia Jesús significa, ante todo, meditar en Sus sufrimientos. Jesús, el Esposo Celestial es, y siempre será, el Varón de Dolores. En el cielo, Él todavía lleva las marcas de Sus heridas por cuanto es el “Cordero que fue inmolado” (Apoc.5.12). Puesto que Él es el mismo ayer, hoy y siempre, Su corazón sufre aún y se entristece a causa de nuestros pecados. ¿Tienen un lugar en mi corazón, los padecimientos de Jesús? ¿Siento dolor por Sus padecimientos, pasados y presentes? ¿Se duele mi corazón por Su dolor actual, causado por mi pecado y por los pecados del mundo? Ese dolor, es una prueba de mi amor hacia Jesús.

Antes de descubrir lo que se refiere al amor nupcial con Jesús, yo conocía acerca de Sus sufrimientos y, con frecuencia, me sentía impresionada por ellos, pero no eran, todavía, una parte vital de mi corazón. Pero, cuando

aprendí a amar a Jesús, se me dejó ver dentro de Su Corazón. Hasta el día de hoy, Su corazón está lleno de dolor por la humanidad; los creyentes y los no creyentes. Jesús está sufriendo, todavía, a causa de tantos que lo entristecen pecando deliberadamente y por causa de tantos cristianos que viven de contienda en contienda y hacen que Su nombre sea difamado. Él sufre por causa de aquellos que lo declaran muerto, aun dentro de los ámbitos de la iglesia. Se entristece por aquellos que lo odian y se burlan de Él, hiriendo Su corazón. Sufre, especialmente, cuando los que una vez estuvieron cerca Suyo, ahora prefieren a otras personas o cosas y se olvidan de su primer amor por Él.

La característica del amor es ofrecer consuelo y alivio cuando alguien sufre. Ésta es la tarea más preciosa del amor. Si amamos y respetamos a alguien, no podemos soportar ver que sea deshonrado, difamado o insultado. Es por esto que, hasta que aprendí a amar a Jesús y mi corazón se inflamó de amor por Él, no me entregué del todo a la tarea de hacer que la gente fuera conducida a amarle y a reverenciarle. El dolor que sentía por los sufrimientos del corazón de Jesús; me movió a hablar y a escribir acerca de Sus dolores, a fin de que otros se sintieran desafiados a darle su amor a Él.

La comprensión dolorosa de que Dios recibe tan poca gratitud y adoración, aun por

las maravillas de Su creación, fue motivación suficiente para que mandáramos a edificar dos pequeñas capillas de alabanza para Su gloria, en los Alpes suizos. Todo el sufrimiento de Jesús en Su Pasión, fue la inspiración para la construcción de un “Jardín de los Sufrimientos y Resurrección de Jesús” en nuestra tierra de Canaán. En ese lugar, los monumentos y los relieves, representando la Pasión de Cristo, han ayudado a hacer que Sus sufrimientos, desde Getsemaní hasta el Calvario, cobren vida para muchos de los visitantes.

El amor nunca es pasivo, sino creativo y siempre genera ideas acerca de cómo dar gracias a Jesús por Sus sufrimientos pasados y de cómo ofrecerle consuelo en Sus sufrimientos actuales. Jesús es el Varón de Dolores. Es imposible tener un amor nupcial hacia Él sin relacionarse con Sus sufrimientos. Aquellos que aman a Jesús y Le dan constantemente gracias por Sus sufrimientos, se duelen con Él y participan de Sus padecimientos; como una verdadera esposa comparte las cargas de su esposo.

¿Qué significa participar de Sus padecimientos? Miremos la vida del Apóstol Pablo. Cuando él declaró ser un verdadero apóstol de Jesús, hizo “una lista” de todos los sufrimientos que tenía que soportar en el camino de Jesús: pobreza, peligros físicos, humillaciones,

hambres, desilusiones, privaciones y calumnias (2 Corintios 11.23-28).

Cuando empecé a andar por la senda de Jesús, mi divino Esposo, fui consciente de cuán Solo y Abandonado se encuentra. Parecía como si Él estuviera preguntándome: “¿En verdad irás conmigo y compartirás Mi vida de sufrimiento y todo lo que esto acarrea? ¿Compartirás Mi pobreza, renunciás, desprecios y humildad?” Entrar en comunión con Sus sufrimientos, es una cuestión de amor. El amor anda, de buena voluntad, por el camino del Esposo, aunque sea una senda de espinas. Así, el amor por Jesús es puesto en acción. Si nosotros andamos por este camino, alimentamos el amor nupcial y llegamos a estar unidos, mucho más íntimamente, con Jesús. Así lo encontré yo, después de prometer a Jesús que iría por el camino de la cruz.

El Señor me permitió probar, realmente, algo de Su sufrimiento al andar por Su camino: Sufrí burlas, calumnias, odio y menosprecio, por amor de Su nombre. Él permitió que yo probara el sufrimiento que acompaña a la pobreza. La pobreza es humillante, nos deja a merced de los demás, sin dinero, sin derechos, sin influencia a los ojos de este mundo, aparentemente impotentes cuando se trata de lograr algo para el reino de Dios. Descubrí lo que es estar sin alimento y sin descanso, por amor a Él. Pero también encontré que la par-

participación en Sus sufrimientos conduce a la comunión con Su amor. Las palabras no pueden describir cuán próximo a mí estuvo Jesús, inundándome con Su amor. No en vano esta vida es llamada “de comunión con Sus padecimientos”. Los sufrimientos que soportamos, unidos a Jesús, nos llevan a una comunión más íntima, a una unión de amor con Él.

Jesús está ante cualquiera que quiera amarle y ser un alma desposada con Él. Está aquí como “Varón de Dolores”, todavía andando la senda del dolor sobre la tierra: burlado, humillado, olvidado, menospreciado y abandonado. Es como si Él estuviera preguntándonos: “¿Quién irá conmigo? Yo estoy solo, ¿quién será Mi esposa y Mi compañera? ¿Quién compartirá Mis sufrimientos de humillación, humildad y pobreza?”

Así es como empezamos nuestro camino de comunión con Él. Para muchos, aun en esta época, este camino ha terminado en persecución y martirio. Los tiempos de persecución demuestran más claramente que la comunión con Sus padecimientos es participar de Su amor. Sabemos que la llama de amor ardió en el número incontable de los que fueron perseguidos por amor de Su nombre; por sus palabras y por sus acciones, ellos demostraron que existe una fuerza que es mayor que el sufrimiento más terrible: el amor por Jesús. Ellos fueron un testimonio vivo de la Escritura

que dice que “El amor es más fuerte que la muerte” (Cantar de los Cantares 8.6). El amor es más fuerte que cualquier otra cosa porque es inmortal. El amor triunfa sobre todos los sufrimientos y las pruebas, aun sobre la misma tortura, y trae un gozo victorioso.

Estamos aproximándonos a una época de martirio. Durante años, los cristianos han sufrido bajo el poder de regímenes represivos, mientras que en países llamados cristianos, la nueva legislación hace cada vez más difícil mantener en alto los valores cristianos. El antagonismo hacia la Cristiandad se esparcirá por todo el mundo, como fue profetizado por Jesús para el final de los tiempos: “serán aborrecidos de todas las gentes por causa de Mi nombre” (Mateo 24.9). Por eso es vital para nosotros poseer este amor nupcial hacia Jesús y conocer la participación en Sus padecimientos. Sin este amor nupcial, no tendremos la fortaleza suficiente para sufrir por Su causa.

Hay muchos casos de creyentes que, en la hora de la prueba, o bien le han negado o le han abandonado. ¿Por qué? Son aquellos que antes no habían querido sufrir ni sacrificarse por amor al Señor. Jesús les significó menos que su carrera, posición, entradas financieras, prestigio o familia. Frente a una situación de martirio forzado, no pudiendo escapar, estas

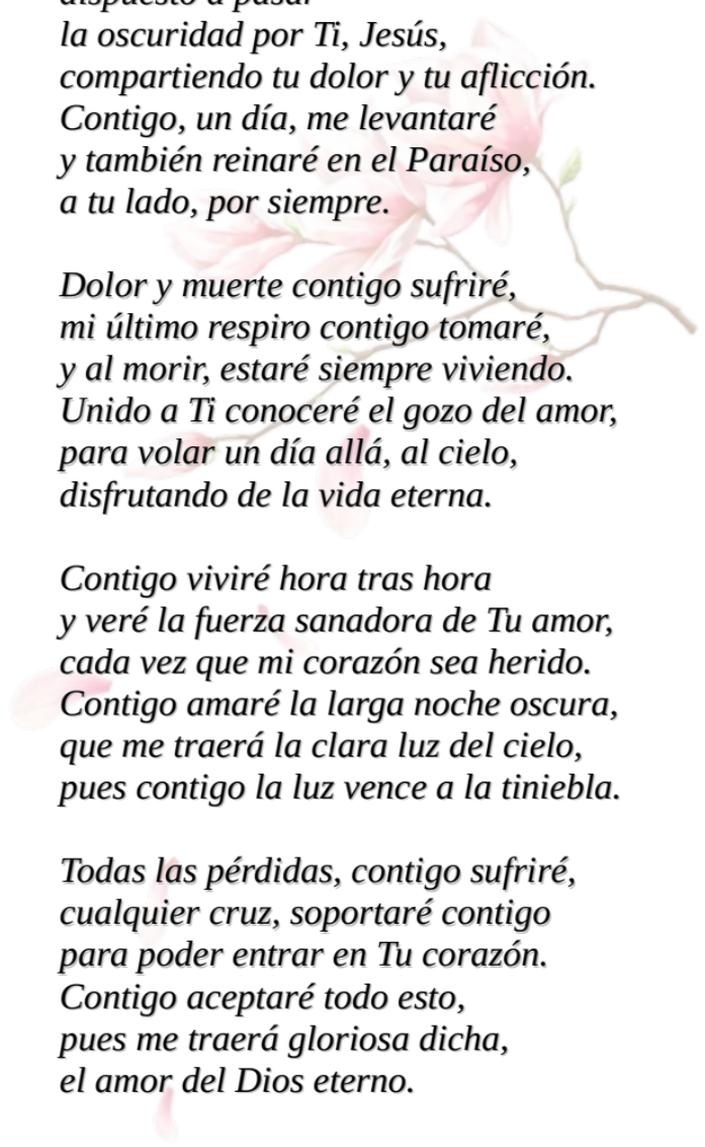
personas fallaron totalmente y se desesperaron. No tenían el gozo de los primeros cristianos.

No en vano está escrito que aquellos que aman al Señor recibirán la corona de la vida (Santiago 1.12). Aquellos que aman a Jesús son vencedores aun en el sufrimiento más profundo y en el martirio mismo. Aun si tuviéramos que vender todas nuestras posesiones para ganar este amor (Cant. 8.7), sería demasiado poco, porque este amor no tiene precio. Puesto que Jesús conoce lo que nos está ofreciendo, Él nos llama a tomar nuestra cruz y a participar de Sus padecimientos.

Él sabe que, a cambio, nos está ofreciendo vida eterna. Y, también, sabe que va a recompensarnos cien veces más por todo lo que hemos abandonado por amor a Él. Habrá recompensa en esta vida, pero mucho más en la gloria celestial.



[Haz clic en la cruz](#)



*Contigo iré por el camino de la cruz,  
dispuesto a pasar  
la oscuridad por Ti, Jesús,  
compartiendo tu dolor y tu aflicción.  
Contigo, un día, me levantaré  
y también reinaré en el Paraíso,  
a tu lado, por siempre.*

*Dolor y muerte contigo sufriré,  
mi último respiro contigo tomaré,  
y al morir, estaré siempre viviendo.  
Unido a Ti conoceré el gozo del amor,  
para volar un día allá, al cielo,  
disfrutando de la vida eterna.*

*Contigo viviré hora tras hora  
y veré la fuerza sanadora de Tu amor,  
cada vez que mi corazón sea herido.  
Contigo amaré la larga noche oscura,  
que me traerá la clara luz del cielo,  
pues contigo la luz vence a la tiniebla.*

*Todas las pérdidas, contigo sufriré,  
cualquier cruz, soportaré contigo  
para poder entrar en Tu corazón.  
Contigo aceptaré todo esto,  
pues me traerá gloriosa dicha,  
el amor del Dios eterno.*

“DIOS, EL ESPOSO DE MI ALMA, DIOS, QUIÉN  
HACE QUE MI ALMA FRUCTIFIQUE PARA VIDA  
ETERNA. A ÉL SÓLO AMARÉ Y NADA MÁS QUE A  
ÉL”. SAN AGUSTÍN



## Espejo de Conciencia

### *¿Cuándo experimentas el “primer amor” por Jesús?*

Experimentas el primer amor por Jesús cuando pronuncias con amor, en tu corazón, el Nombre de Jesús –consciente o inconscientemente– y cuando siempre encuentras nuevos nombres para Él: mi Amado, mi Tesoro, mi Rey, mi Vida, mi Gozo, mi Todo.

Cuando te sientes impulsado a adorar a Jesús, tu Esposo, simplemente por ser Quién es, y tu corazón nunca pierde ese sentido de reverencia y admiración.

Cuando tu corazón quiere cantar de alegría: “He sido elegido, llamado a ser ‘Esposa de Jesús’ ”.

Cuando diariamente acudes, con lágrimas de contrición, a la cruz, lleno de amor y gratitud por Su perdón y por lo que Él ha hecho por ti mediante Sus sufrimientos y muerte.

Cuando deseas, ser amado únicamente por Él.

Cuando solamente Él te cautiva; cuando solamente Su presencia te llena de abundante alegría.

Cuando, aun en tu tiempo libre, tu primer pensamiento es Jesús y estar con Él en lugar de buscar la compañía de otros o de usar ese tiempo para tus pasatiempos favoritos.

Cuando te sientes motivado a sufrir o a sacrificar algo por Él; y sigues buscando nuevas formas de hacerle regalos.

Cuando, al hallarte en la encrucijada de tener que elegir entre Él y la gente o las cosas que te agradan, tú lo escoges a Él sin pensarlo dos veces.

Cuando haces tus tareas diarias junto con Él.

Cuando soportas alegre y amorosamente las pruebas, afirmando constantemente: Por Ti, por Ti.

Cuando Jesús es, verdaderamente, el gozo de tu corazón y cuando tu rostro y todos tus gestos y expresiones resplandecen con este gozo.

Cuando nada te hace más feliz que saber que Jesús recibe amor y gloria por parte de la gente y que Su reino está siendo extendido.

Cuando ya no buscas los aplausos de las personas, y tratas de agradecerle solamente a Él.

Cuando, ya, no haces nada para tu propia gratificación o placer o gloria sino para darle a Él el gozo y la gloria.

Cuando Le sometes totalmente tu voluntad y tus deseos.

Cuando siempre piensas en nuevas formas para hacer feliz a Jesús adorándole en oración y con cánticos; gastándote en Su servicio; mostrando amor hacia los demás por amor a Su nombre; haciendo pequeños sacrificios según se presente la ocasión.

Cuando anhelas, ardientemente, el día de verlo cara a cara y estar unido a Él para siempre.

Cuando no tienes ídolos en tu corazón, es decir, personas o cosas a las que ames tanto, o más que a Jesús. Porque Él acepta solamente un amor que no esté dividido.

Cuando confías en Él, como una esposa confía en su esposo, diciendo: “Él está conmigo, me protege, siempre está de parte mía, todo lo hace por mí, me cuida y siempre procura lo que es mejor para mí”.

Cuando tienes una relación de comunión con Jesús más íntima que con cualquier otra persona, por muy querida que ésta sea.

Cuando Jesús ha venido a ser el Amigo más íntimo de tu corazón y de tu vida.

Cuando, aun perdiendo todo aquello que le da significado a tu vida, tú puedes decir: “Mientras Te tenga a Ti, tengo todo lo que necesito”.

Cuando, por amor a Él, tú combates al pecado con todo tu corazón; de modo que Él pueda hacer de ti una esposa hermosa para gozo de Su corazón.

Cuando, confrontado con tu propio pecado, tú lloras por haber entristecido y decepcionado a Jesús.

Cuando le sigues sin hacer preguntas acerca de las sendas por donde te conduce, como una verdadera esposa sigue a su marido.

Cuando, a pesar del dolor, tú sigues amorosa y gozosamente el sendero de la pobreza, de la bajeza, de la humillación, de la obediencia, de la dependencia, de la pureza, del sufrimiento y de la negación de ti mismo, sabiendo que Su vida fue precisamente así, y dándole la bienvenida a cada aspecto del discipulado de la cruz, como señal de que le perteneces a Él.

Cuando no puedes, ni tan siquiera, soportar el pensamiento de que Él pueda sentirse triste sin querer compartir Su dolor y sin consolarlo haciendo algo que le produzca gozo.

Cuando tu motivo sea adorarle por Sus heridas, que hablan del dolor y del amor de Su sacrificio.

Cuando estás siempre esperando: esperando Su visita en tu vida diaria, esperando Su presencia, y esperando el día en que Él venga por Su esposa para celebrar la Cena de las Bodas del Cordero.

***¿Cuándo disminuye o se apaga este amor nupcial?***

*“Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”* (Apocalipsis 2.4-5).

¿Cuándo no Lo estoy amando, como Lo amaba al principio?

Cuando permito que las preocupaciones entren en mi corazón y permanezcan en él, y así sofocan la llama del amor nupcial.

Cuando doy cabida en mi corazón a acusaciones en contra de mi prójimo y nutro esos sentimientos, ahogando el amor nupcial.

Cuando busco mi propia satisfacción y gloria, en mis actividades y servicios, el amor nupcial desaparece de mi corazón.

Cuando no estoy dispuesto a entregarle mi voluntad a Jesús, Él se aleja de mí y mi amor muere.

Cuando no estoy dispuesto a confesar mi pecado y a humillarme, pierdo Su gracia y la experiencia de Su perdón; así, mi amor se seca.

Cuando me rebelo contra el sufrimiento o las correcciones que Él me envía, mi relación de amor con Jesús se quebranta. Ya no lo amo como lo amaba al principio.

Cuando las cosas de este mundo, alguna persona u objeto, se convierten para mí en un ídolo - o en el centro de mis pensamientos y de mi amor -, es que he abandonado mi primer amor.

Cuando lo mejor de mi tiempo, mis mayores energías, mi atención y mis inclinaciones se centran en alguien o en algo que no sea Jesús, el amor nupcial muere.

Cuando algo me absorbe totalmente, Jesús es excluido. La relación nupcial se estropea y ya no Lo amo como antes.

Cuando ya no vivo de acuerdo a los mandamientos de Dios, muestro que no amo a Aquél que los dio, y mi amor nupcial se deteriora.

Cuando ya no me siento entristecido a causa de mi pecado, no pertenezco a mi Esposo: Amigo y Salvador de los pecadores. La unidad de amor se rompe. La llama del amor nupcial está próxima a extinguirse.

Cuando ya no aborrezco mi pecado ni lucho contra él, ya no amo a Aquél que murió a causa de ese pecado. La relación nupcial queda rota.

Cuando tolero los celos, la envidia, el odio, el resentimiento, la impureza, las mentiras y el egoísmo, en mi vida, cierro la puerta al Reino de Dios y dejo fuera a Jesús. Mi amor nupcial se seca y muere.

Cuando me dejo envolver por las cosas terrenales en mi vida diaria, mi trabajo, mis alegrías y dolores, más que por las cosas celestiales, me aparto de mi Esposo Jesús, el Rey del cielo. Mi amor nupcial se muere.

Cuando dudo del amor de Jesús, de Su ayuda y de Su victoria, mi unión con Él se interrumpe y se opaca el amor nupcial.

Cuando tengo resentimientos, a causa de la cruz que llevo y de los sacrificios que se esperan de mí, es un signo de que mi amor por Jesús está al borde de la muerte, porque el amor nos capacita para sacrificarnos con gozo por el Amado.

Cuando estoy espiritualmente tibio, cuando no tengo “hambre” ni deseos de oír acerca de Jesús y de adorarle, como una esposa se complace en oír hablar acerca de su esposo, es que ya no soy una verdadera esposa. He perdido el amor del comienzo.

Cuando no siento pesar ni tristeza, al ver que el Cuerpo de Jesús está dividido y que Él no es amado y está siendo deshonrado y Su Nombre es blasfemado. Entonces demuestro que no soy esposa de Jesús. Mi amor nupcial ha muerto.

### ***¿Cómo puedo dar gozo a Jesús, mi Esposo?***

*“Ha hecho una buena obra conmigo...  
Ella hizo lo que podía”* (Marcos 14.6-8).

Hacer que Jesús se sienta feliz y sea consolado, ¿es posible tal cosa? Sí, ciertamente. Así como podemos apesadumbrar el corazón de Dios (Gén. 6.6), también podemos ofrecerle gozo y consuelo, especialmente cuando Él está entristecido. En el Libro de los Salmos podemos escuchar a Jesús diciéndonos: “Espero compasión y no la encuentro, en vano busco un consuelo” (Salmo 69.20). Pero, ¿cómo podemos ser consoladores de Jesús? Quizás estamos pensando en grandes obras y sacrificios tremendos, como cosas que Le dan gozo y consuelo y, sin embargo, no nos damos cuenta de que la vida diaria nos da amplias oportunidades para expresarle nuestro amor a Jesús.

***Yo Le ofrezco gozo y consuelo a mi Esposo Jesús:***

Cuando puedo decirle, en medio del sufrimiento: “Quiero sobrellevar este dolor por amor y gratitud hacia Ti”.

Cuando afligido por el temor, declaro: “Confío en Ti. Tú has vencido todos mis temores”.

Cuando todo parece muerto dentro de mí, y yo afirmo: “Tú eres mi Vida”.

Cuando, dándome cuenta de mi esclavitud al pecado, puedo aun decirle: “Tú eres mi Redentor. Creo en Tu victoria”.

Cuando estoy dispuesto a postrarme a los pies de la cruz, sabiendo que soy un pecador a los ojos de Dios y de los hombres.

Cuando no me dejo arrastrar por la desesperación en medio del fracaso sino que continuo cantando y proclamando Su sacrificio, porque Él lo ha hecho todo para hacerme libre.

Cuando, enfrentando grandes dificultades, digo: “Mis problemas no pueden ser más grandes que Tú, mi Ayudador”.

Cuando, atravesando senderos difíciles, Le digo: “Yo sé que Tú harás dulce lo amargo”.

Cuando, en medio de gran conflicto, declaro: “Me adhiero a Ti y Te sigo hasta el fin. Confío en Tu amor”.

Cuando, en tiempos de noche espiritual y de aparente abandono de parte de Dios, declaro: “Nada puede separarme de Ti. Soy completamente tuyo”.

Cuando, en los senderos de la corrección, Le digo: “Gracias, Jesús. Tú eres mi Esposo Celestial. En Tu amor, Tú quieres bendecirme a través de esta corrección y prepararme para la gloria celestial”.

Cuando, en medio de muchas ocupaciones, Le digo: “Te amo, Jesús”.

Cuando digo: “Gracias Señor”, cada vez que surgen nuevas exigencias durante el día y crece la cantidad de trabajo.

Cuando, sintiéndome cargado, digo: “Llevaré esta carga con alegría por Ti y contigo”.

Cuando amo mi cruz.

Cuando celebro Su victoria en medio de mi derrota.

Cuando son Sus sufrimientos –y no los míos– los que llenan mi corazón.

Cuando en mis oraciones me sumerjo en Sus sufrimientos, meditando en ellos con amor.

Cuando estoy ansioso de oír lo que Él va a decirme.

Cuando, por amor a Él, le presto un servicio a alguien.

Cuando, en lugar de quejarme, me siento agradecido, sabiendo que Él siempre desea para mí lo mejor.

Cuando pienso más en Sus intereses que en los míos.

Cuando Le digo palabras de amor, aun en épocas de aridez espiritual.

Cuando me gasto a mí mismo buscando salvar almas y encendiéndolas de amor, para Jesús.

Cuando sacrifico mi tiempo, mi dinero, mi fuerza y mi prestigio para extender la gloria de Su Nombre.

Cuando no olvido las cosas buenas que Él ha hecho por mí sino que pienso, con gratitud, en las bendiciones que Él me ha dado.

Cuando acepto Sus deseos, Su voluntad y Sus mandamientos como santos y obligatorios, sometiendo mi voluntad y mis deseos a Él.

Cuando busco solamente agradecerle a Él en lugar de buscar la aprobación, el amor y la estima de los demás.

Cuando no quiero nada sino lo que Él quiere, lo que me da o lo que me niega.

Cuando doy testimonio acerca de Él, de Su amor y de Sus sufrimientos.

Cuando le ofrezco mi adoración con palabras o con cánticos.

Cuando Le ofrezco un sacrificio de amor.

Cuando me veo lleno de oscuridad por dentro y por fuera, y sin embargo Le digo: “Tú eres mi Luz, nada puede apagarte”.

Cuando, en situaciones desesperadas, yo proclamo: “Tú eres el Camino. Tú te has hecho Camino para mí. Yo confío en Ti”.

Cuando perdono a aquellos que me han herido y me han hecho daño, como Él me ha perdonado a mí.

Cuando soporto a las personas difíciles, con amor y paciencia, así como Él me soporta a mí.

Cuando me muestro amable con aquellos que me hacen la vida difícil, recordando siempre lo bueno que es Dios conmigo.

Cuando, por amor a Él, hago gustosamente cosas que me parecen difíciles.

Cuando pienso constantemente en Él y le digo cuánto Lo amo.

Cuando, humillado y maltratado, aun Le doy gracias por el privilegio de compartir el Camino de Su cruz.

Cuando lo prefiero a Él, a todo lo demás - personas, cosas, placeres - porque Él es el gozo de mi corazón.

Cuando ni las preocupaciones ni los dolores pueden alejarlo, a Él, de mi corazón.

Cuando me humillo delante de Dios y de los hombres.

Cuando confío en Su amor, en cada situación y circunstancia.



“YO HE VENIDO A TRAER FUEGO SOBRE  
LA TIERRA; Y ¡CÓMO QUISIERA QUE YA ESTUVIERA  
ARDIENDO!” LUCAS 12.49



## Un Fuego Encendido para Dios

El amor de un alma desposada con Jesús es como una llama de fuego. Arde con gran intensidad como una “fuerte llama” (Cantar de los Cantares 8.6). ¿Por qué ocurre esto? Porque la esposa de Cristo ama a Aquél que es el más digno de amor, el más Hermoso de todos, por Quien ella se siente internamente motivada a consumirse totalmente. Está tan absorta con Sus deseos que hace cualquier cosa por cumplirlos. Y ¿qué es lo que Él desea?: “Que arda Su fuego en la tierra” (Lucas 12.49). Él desea que la redención venga para aquellos que están atados a fin de que, libres, vuelvan a su Padre Celestial. Él desea que venga Su Reino y que se extienda por el mundo entero. Él desea que fuegos espirituales se enciendan por doquier, de modo que “algo” del dominio de Dios, de Su Gobierno, del Reino de los cielos, se vea en este mundo oscuro.

Las preocupaciones del corazón de Jesús abarcan al mundo entero y por lo tanto Él le ha confiado a Su esposa una misión de alcance mundial. Su corazón arde de celo por cada una de esas preocupaciones, por las cuales Él dio Su vida. Y quiere encender con ese fuego a cada verdadera esposa, inspirándole el “gastar su vida” para que otras almas se salven y se extienda Su Reino.

*El amor nupcial por Jesús  
es siempre activo,  
se apresura hacia adelante,  
con un deseo, ardiente y fiel,  
de dar regalos al Amado;  
de darse uno mismo, al Deseado.  
Amor, es lo opuesto  
a la autocomplacencia y satisfacción.*

Aquellos que aman con un amor nupcial son los que ardientemente procuran apresurar el Reino de Dios. Nunca contentos con su status quo, constantemente se trazan nuevas metas de fe, porque todo lo que logran hacer por amor al Esposo de sus almas, les parece insuficiente. Ellos anhelan verlo recibir más amor y más gloria. Estimulan a cada uno y a todas las personas, animándolos a salir del egocentrismo de “la propia santificación”, para poner sus ojos en Quien tanto les ama, consumiéndose por Sus Intereses y para Su gloria.

Las personas que arden con este amor nupcial siempre están alertas y dispuestas a emplear su tiempo y energías en llevar a otros lugares el gran amor de su Esposo. Por la fe, aprovechan cada oportunidad para nuevas conquistas. Su Dueño es el Rey de los reyes, cuyo dominio es el universo entero. Por lo tanto, su campo de misión es todo el mundo, y sus corazones son lo suficientemente grandes como para identificarse con las necesidades y sufrimientos del mundo entero. Sabiendo que el Esposo ha venido para establecer el Reino de los cielos sobre la tierra, y habiéndolo gustado personalmente en comunión con Él, la esposa no descansa hasta ver Su avance en la oscuridad de este mundo. Y nada, fuera de esto, la satisface. Ella usa cada hora y no pierde tiempo. Voluntariamente, recorre los caminos del arrepentimiento, en profunda humillación y sufrimiento, con tal de preparar el camino para el Reino de Dios. Y está consciente de que puede llevar el Reino de Dios a los demás, tan sólo si no se deja obstaculizar por el sentimiento vanidoso de su propia importancia.

Dondequiera que va, la esposa de Jesús refleja algo del resplandor celestial. Llena de amor por su Esposo, enciende fuego en los corazones de los demás. Ésa es la naturaleza de la esposa, porque nadie es “verdadera

esposa” de Jesús si no tiene este amor ardiente y este celo por el Reino de Dios.

No obstante, el celo de la esposa no procede de ella misma; como todos los demás, ella es un ser humano pecador. Sin embargo, vive en unión con Aquél que está consumido de amor y que se ha convertido en Esposo de su alma. Junto a Él, ella camina por los senderos de la autonegación, que conducen a la vida espiritual y a un gustar de antemano el cielo. Anda por esta vida; al lado de Jesús. Por obediencia a Él, lo ha abandonado todo a fin de caminar con Él que es su Todo en todo. Por eso, no confía en sí misma, ni en sus talentos, personalidad, recursos u oportunidades que tiene. Cuenta exclusivamente con Él y con el poder de Su amor. Jesús es el Fuego mismo de Dios, la Luz del mundo, una hoguera de amor. ¿No inflamará también Su amor el corazón de su amada esposa?

*¡Oh, que Tu fuego fuera pronto encendido,  
emergiendo de Tu amor divino,  
y que todo el mundo pronto confiese  
Tu majestad como Rey sublime!*

George Frederick Fickert

“¡SÓLO UNA COSA DESEO: SI ESA FUESE MÍA,  
CONSIDERARÍA PÉRDIDA TODO LO DEMÁS!  
ESTAR PARA SIEMPRE UNIDO A TI, MI DIOS, –  
UN SACRIFICIO DE AMOR, POR GRACIA.”

RUDOLF ALEXANDER SCHRÖDER



## Encendiendo la Llama del Amor Nupcial

Tú amor nupcial se encenderá mientras más contemples a Jesús, tu Esposo Celestial, cuanto más intimidad tengas con Él en tu corazón y cuanto más proclames, con tu lengua, Quién es Él. Vuelve tus ojos hacia Jesús. Medita en Su vida, especialmente como Varón de Dolores, porque la plenitud de Su hermosura se revela en Sus sufrimientos. Proclama ante otros quién es tu Esposo Celestial, alábalo con canciones y tu corazón se encenderá en amor por Él, más y más. Mientras más Lo conozcas y, también, las maravillas de Su amor; te sentirás atraído, irresistiblemente, a amarlo correspondiendo a ese Amor. Tu amor nupcial se profundizará en cada nuevo encuentro con tu Esposo, en los momentos en que estés hablando con Él. Busca una mayor frecuencia en los encuentros con Jesús. Mientras más tiempo emplees en oración, para encontrarte y hablar con Él, para

derramar tu corazón delante de Él y oír lo que tiene para decirte, tu amor crecerá más aún.

El amor nupcial se encenderá cuando le hagas lugar en tu corazón a Jesús quitando toda cosa que le disguste, toda otra cosa a la que estés apegado. Haz lugar para Él de modo que Él pueda morar en tu corazón y derramar Su amor sobre ti. Es cuestión de renunciar a lo que te es muy querido, a fin de tener al más Querido de todos, a tu Esposo Celestial.

El amor nupcial se encenderá por medio de tu dedicación y entrega. Cuando Le entregas algo a Jesús, el vínculo de amor con Él se hace más fuerte. Entregarle tus deseos y tu voluntad implica sacrificio; pero mientras más te sacrificas por Jesús, te unirás más estrechamente a Él. Tu amor se acrecentará, cada vez que tu voluntad se haga una con la Suya, porque el amor es fortalecido mediante la unión. Sí, la llama de amor arde y brilla cuando sacrificamos nuestra voluntad sobre el altar.

El amor nupcial se encenderá, cuando permanezcas cerca de Jesús, tu Esposo Celestial, compartiendo Su camino. Te unirás más con Él cada vez que tu pie pise sobre las mismas piedras de Su camino: la pobreza, la bajeza, tiempos de aflicción, humildad, obediencia y pureza. Pero, tan pronto como tu pie se asiente sobre otra piedra que no sea una de las Suyas, te separas de Él. Toda tu adoración y toda tu conversación acerca del amor nupcial no serán

de provecho. La llama del amor nupcial se apagará.

El amor nupcial se enciende cuando confías en Jesús, tu Esposo Celestial. Confiar es honrarlo. Tu confianza hace que Él se acerque a ti con amor, y esto, a su vez, inflama tu amor. Ofrécele tu confianza, especialmente cuando haya oscuridad en tu corazón, cuando parezca que Él ya no te responde, cuando parezca que Él está lejos y que no se preocupa por ti. Confía en Su amor cuando no entiendas; confía en Sus senderos, cuando tus esperanzas se vean frustradas, y cuando todo parezca sin sentido. Si, en esos momentos, puedes confiar en Él todavía y decirle: “Tú estás conmigo. Tú estás en mi corazón. Somos uno para siempre. Nada ni nadie puede separarnos”, entonces esta firmeza en la confianza amorosa, hará que la llama de tu amor arda con toda intensidad. Tu amor nupcial habrá pasado la prueba.

El amor nupcial se encenderá cuando todo lo hagas junto con Jesús. A lo largo de cada día, haz aun aquellas cosas más pequeñas, insignificantes y rutinarias junto con Él. Entonces hallarás que todas las cosas hechas en comunión con Él inspiran un nuevo amor, un amor constante, un amor muy estimado por Él, porque demuestra tu veracidad en la vida diaria. Practica el hacerlo todo en comunión con Él; durante todo el día.

El amor nupcial se encenderá cuando todo lo hagas por amor a Él, dedicando especial amor y atención a las tareas difíciles. Si las palabras “Por ti” brotan del corazón, especialmente cuando encuentras que una tarea o un camino es difícil, entonces la llama del amor se avivará.

El amor nupcial se encenderá cuando llegues al pie de la cruz con verdadero arrepentimiento. La falta de arrepentimiento apaga la llama del amor. El arrepentimiento lo aviva, hasta convertirlo en una gran llama. El arrepentimiento es el combustible que hace arder el fuego del amor. El arrepentimiento abre nuestros ojos para ver a Jesús como el Varón de Dolores, herido a causa de nuestros pecados. El arrepentimiento hace Bello, a nuestros ojos, a nuestro Salvador sufriente, inspirándonos con nuevo amor. Solamente las lágrimas derramadas por nuestros pecados, abren nuestros ojos para que contemplemos a Jesús en Su hermosura. Si tus ojos están desprovistos de lágrimas, podrás hablar mucho acerca de Él, pero no Lo contemplarás con tu corazón ni Lo amarás realmente.

El amor nupcial se encenderá cuando el dolor que sientas por tus pecados te mueva al arrepentimiento y restaure tu comunión con Jesús. Así como una vez Lo entristeciste con tus pecados, ahora, la contrición te conducirá a encontrar alguna forma de alegrarlo. Su alegría

por lo que haces llenará tu corazón y hará que tu amor hacia Él crezca. Cada acto de arrepentimiento añade combustible al fuego del amor.

El amor nupcial se encenderá cuando, como esposa, tú reflexiones en la naturaleza esencial de tu Esposo Celestial: Su amor. Ese amor sufre quietamente, en su anhelo por rescatar a los perdidos. Medita en la Pasión de Jesús y en la angustia que Él siente hoy día. Esta meditación hará que tu amor crezca, tanto en fervor como en ternura. Entrarás en comunión con Sus sentimientos y con Su dolor. Inspirado a ofrecerle consuelo, estarás dispuesto aun a soportar el sufrimiento; si eso Lo alivia.

El amor nupcial se encenderá cuando tú vivas esperando la Segunda Venida de Jesús. El corazón de la esposa se siente inundado de gozo, anticipadamente. Si este gozo se pierde, entonces tu amor disminuirá. Espera a tu Rey y Esposo, Quién vendrá otra vez en gloria y escoltará a Su esposa hasta la celebración celestial de la Cena de las Bodas del Cordero. Si Su venida ocupa tus pensamientos, también cantarás y hablarás acerca de ella. Y entonces, aquí y ahora, Él hará Su morada en tu corazón y tu amor crecerá. Día a día espéralo, porque diariamente Él anhela acercarse a ti. Espéralo también porque Él vendrá y te llevará a tu hogar junto a Él, al fin de tu vida, y te recibirá con amor y Lo verás cara a cara.

El amor nupcial se encenderá cuando pronuncies Su nombre. Mientras más pronuncia una esposa el nombre de su esposo, más ardiente se hace su amor. Di: “Jesús, Jesús, Jesús” durante el día y la noche, mientras estés despierto. Su Nombre tiene poder para encender el amor de Su esposa. Recuerda siempre esto: hay poder cuando se pronuncia un nombre, y el poder mayor de todos estriba en pronunciar el Nombre sobre todo nombre: el Nombre de Jesús. Cuando Él oye su Nombre se inclina amorosamente hacia ti. Él dice que amará a quien le ama; muéstrale, pues, tu amor. Y le muestras tu amor, cuando mencionas su amado Nombre con cariño.

Tu amor nupcial se hará más profundo cuando te retires para estar en comunión, a solas con Dios, en momentos de quietud. Solamente durante los tiempos de silencio y soledad, cuando una esposa y su esposo están solos, pueden entregarse mutuamente su amor con toda plenitud. Solo, en privado, ellos pueden contemplarse mutua y amorosamente y decirse palabras de amor. Un delicado velo cubre a los que se aman. Su amor no es algo para ser exhibido públicamente sino para ellos, cuando se hallan solos. Busca, entonces, momentos de silencio, donde nadie pueda perturbarte, cuando todo a tu alrededor esté en calma y nada te distraiga y tú puedas consagrarte completamente a Jesús. Cree que Él se acer-

cará a ti. Cree que Él está presente y habla a tu corazón. Solamente aquellos que se atreven a retirarse y tienen, también, el valor de atravesar los tiempos de sequedad espiritual, conocerán Su amorosa Presencia; de tal manera que su amor será transformado en una gran llama.



“ASÍ DICE EL SEÑOR: RECUERDO MUY BIEN LA FIDELIDAD DE TU JUVENTUD, EL AMOR DE TUS DESPOSORIOS, CUANDO ME SEGUÍAS POR EL DESIERTO”. JEREMÍAS 2.2



## Jesús y el Alma Amante

### SU COMPROMISO:

Te amo, como ningún ser humano podría amarte.

Te doy todo lo que necesitas.

Me ocupo de ti como ningún ser humano podría ocuparse.

No me siento desalentado por tu pecado, porque te amo y he venido para mostrar a los pecadores el camino recto.

Te haré conocer mis pensamientos más íntimos porque tú eres Mi esposa.

Cuando estás unido a Mí, nada es demasiado difícil para ti.

Un día te presentaré a Mi Padre como una esposa llena de hermosura.

## SU RUEGO:

Que Mi amor, pues, te baste.

Somete a Mí tu voluntad, como el mayor signo de tu amor.

Que Mis ojos te guíen.

Haz que todo se calle para que Yo pueda hablar.

Escucha, hoy, cuáles son mis deseos.

Reposa en Mi corazón.

Da gozo a mi corazón por medio de tu adoración.

Proclámame a Mí, tu Esposo Celestial, de todas las formas que puedas.

Sé amable con tu prójimo y serás amable conmigo.

Mantén tus ojos centrados en Mí, y encenderé tu amor.

Ámame en cualquier manera en que Me presente a ti y trate contigo.

Ámame como tu Juez.

Ámame, aun en los tiempos de aridez espiritual, persevera y sé fiel.

Ámame, obedeciéndome en la vida diaria.

Medita en Mis sufrimientos, y descubrirás Mi corazón.

Dame tu amor, amando tu cruz.

## SU DESAFÍO:

Si deseas poseerme, escoge Mi camino padeciendo en humildad y desprecio.

Si deseas poseerme, no busques lo tuyo propio, ni busques el cumplimiento de tus deseos, sino el cumplimiento de Mi voluntad.

## SU PROMESA:

¿Estás en el desierto? - Yo seré todo para ti.

¿Estás en aridez espiritual? – Yo seré tu Luz.

¿Estás preso en el pecado? – Yo seré tu Redentor.

¿Estás necesitando consejos y no sabes cómo hacer? – Yo seré tu Consejero.

¿Te sientes triste? — Yo seré tu alegría.

¿Estás lleno de temores? – Yo te ampararé con Mi amor.

¿Estás en tribulación? – Te sostendré hasta el fin.



## El Incomparable Amor de Jesús

*“¿A qué amo yo cuando Te amo a Ti? No amo la belleza física, ni el esplendor mundanal, ni la brillante luz del día, tan grata a los ojos; ni las dulces melodías de cantos bien compuestos, ni la fragancia de flores y perfumes, ni el maná ni la miel; ni el encanto del amor que atrae los deseos carnales. ¡No son éstas las cosas que yo amo cuando Te amo a Ti, Dios mío!, y sin embargo, yo te amo como si fueras luz y fragancia y melodía y alimento, pues Tú cumples y llenas mis deseos espirituales. Aquí dentro de mi alma, brilla una luz que el mundo no puede comprender; suenan melodías que no pueden desvanecerse con el tiempo; hay perfumes tan dulces que el viento no puede dispersar y un alimento que llena mis deseos espirituales. Aquí dentro se regocija la felicidad de un amor en comunión que permanece para siempre. Todo esto es lo que yo amo cuando Te amo a Ti”. San Agustín*

El amor de Jesús es tan tierno y trae tanta alegría que puede hacer completamente feliz a Su esposa.

El amor de Jesús es tan abundante que puede colmar a Su esposa de dones y bendiciones.

El amor de Jesús es tan atento que responde a cada deseo y a cada ruego de Su esposa, cumpliendo sus solicitudes aun cuando ella no se dé cuenta.

El amor de Jesús es tan fuerte y tan fervoroso que puede revivir el corazón de Su esposa cuando se halle apático, frío y sin vida, inflamándolo nuevamente de amor.

El amor de Jesús es tan radiante de gozo, que derrama sus rayos de alegría sobre el corazón de la esposa, la hace feliz y la alivia cuando está triste.

El amor de Jesús es tan paciente que nunca se da por vencido en Su trato con Su esposa, soportando sus pecados y dificultades.

El amor de Jesús es tan rico que puede cumplir todos los anhelos de amor que tiene Su esposa.

El amor de Jesús es tan personal, que Él ama a Su esposa como si ella fuera la única persona en el mundo y como si Él no pudiera vivir sin ella.

El amor de Jesús es tan comprensivo que siempre siente compasión por Su esposa. No existe ningún sufrimiento, en ella, que Él no comparta.

El amor de Jesús es tan paciente que puede esperar hasta que el corazón de la esposa esté listo y con un amor maduro, para todo lo que Él le pedirá.

El amor de Jesús puede perdonar tanto, que cubre los pecados y defectos de Su esposa cuando ella los trae ante Su cruz.

El amor de Jesús es tan generoso que Él comparte todo lo Suyo con Su esposa, haciéndola participar de Su mismo ser y de Sus bendiciones.

El amor de Jesús es un amor perfecto que no carece ni de fuego ni de gentileza, ni de fuerza ni de ternura, ni de santidad ni de intimidad.

El amor de Jesús es tan celestial que le concede a Su esposa saborear la bendición del cielo, aun en esta vida.

El amor de Jesús es un amor santo, tan único, que le permite a su esposa vivir en el ámbito de Su santidad.

El amor de Jesús es tan puro que Él no defrauda a nadie, mucho menos a Su esposa.

El amor de Jesús es tan comprensivo y compasivo, que conoce las más pequeñas ansiedades y emociones de Su esposa y las alivia con Su amor.

ALEGRÉMONOS, REGOCIJÉMONOS Y  
DEMOS GLORIA A DIOS, PORQUE HAN LLEGADO  
LAS BODAS DEL CORDERO Y SU ESPOSA,  
YA SE HA PREPARADO. APOC. 19.7

## Quando Venga el Esposo



Durante un tiempo de mi ministerio en la India, en una ocasión me desperté a las dos de la mañana por el fuerte sonido de la música que venía de una aldea vecina. Continuó hasta el amanecer. ¿Por qué aquel bullicio? En medio de la noche, un novio había venido a buscar a su novia.

Todo el pueblo le recibía con música, en gozosa celebración. Con el corazón palpitante, aquella mujer había esperado el momento de la llegada de su novio para que la llevara en calidad de esposa a su nuevo hogar, para estar siempre a su lado.

¡Qué imagen tan maravillosa de lo que sucede en el mundo espiritual! ¿Somos capaces de imaginar lo que sucederá cuando Jesús venga como Esposo? ¡Ese día ciertamente llegará! El cielo resonará con melodías y habrá

regocijo mientras se prepara una magnífica recepción para el regreso del Esposo, con Su esposa, al hogar celestial. Sabiendo que Él viene, la esposa de Jesús espera con un corazón palpitante. Se mantiene pensando en lo que será “estar por toda la eternidad”, al lado de Jesús, completamente unida a Él. ¿Acaso Él no prometió que ella estaría a Su lado para siempre? Aun cuando Él se siente en Su trono, como Rey de reyes, ella no tendrá que abandonar Su presencia. Y, en vez de eso, Él compartirá Su trono con ella (Apoc. 3.21).

¿No prometió Él, acaso, compartir con Su esposa la tremenda responsabilidad de juzgar al mundo y a los ángeles (1 Corintios 6.2-3) y que, junto con Él, ella tendría autoridad sobre las naciones? (Apocalipsis 2.26-27) Tan sólo la esposa tiene derecho a compartir la vida del Esposo, por toda la eternidad. ¡Qué destino le aguarda a la esposa del Cordero!

¿Eres tú una esposa del Cordero? Su esposa atesora un secreto maravilloso en el corazón. Posee una esperanza bendita. Vive, esperando el cumplimiento de sus deseos más profundos. Ella sabe que el gozo eterno y la felicidad serán suyos. Por eso la esposa necesita muy poco en esta vida. Una prueba, para saber si soy una verdadera esposa de Jesús, es preguntarme y comprobar: ¿Cuán importante es para mí el amor de los demás? ¿Hasta qué punto contemplo, yo, mi carrera como un

medio para buscar mi satisfacción personal? ¿Yo ansío prestigio y posiciones sociales? ¿Me importan más la salud, los talentos y la popularidad, que Jesús? La verdadera esposa de Jesús vive pendiente de Él más que de las cosas de este mundo. Su Esposo es su vida, el gozo de su corazón. Supremamente feliz con Su amor, ella vive cautivada por su Esposo Celestial, gastándose por Él, esperando ansiosamente Su venida, y llevando en su corazón este único nombre: Jesús.

*Cristo amado, ven pronto a reinar,  
oye mi voz y ferviente clamor.  
¡Ven a Tu novia! que espera en amor,  
ve el profundo anhelo y gran devoción.*

*Una pregunta repito al cantar:  
¿Cuándo, mi Amado, vas a regresar?  
Morar contigo será el sumo bien,  
el gozo de mi alma -Jesús pronto ven.*

*Bendita hora en que se abrirán  
al fin los cielos y resonarán  
fuertes trompetas: la celebración  
de Cristo y Su amada en tierna unión.*

*Cada momento la ves aguardar,  
por Tu venida es el suspirar  
de un corazón inundado de amor:  
¡Oh ven, mi Tesoro, mi Rey y Señor!*

Y EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA DICEN: “¡VEN!”...  
EL QUE DA TESTIMONIO DE ESTAS COSAS DICE:  
“¡SÍ, VENGO PRONTO!” ¡AMÉN! ¡VEN, SEÑOR JESÚS!  
APOCALIPSIS 22. 17,20



## Velar - Una Marca Distintiva de la Esposa

Para nutrir el amor nupcial, debemos vivir en continua vigilancia, siempre alertas, esperando a Jesús, nuestro Esposo Celestial. Benditas fueron aquellas cinco vírgenes que se mantuvieron velando, aun mientras dormían. Estuvieron preparadas para salir al encuentro del esposo y participar de la boda (Mateo 25.10). Pero, ¿cómo puede la esposa velar, mientras duerme, y despertar cuando venga su Esposo, para estar lista y recibirlo a la hora que sea?

Solamente el amor la mantendrá en estado de vigilia - el amor con que Dios nos amó primero y ha sido derramado en nuestros corazones, por medio del Espíritu Santo. Por haber nacido de Dios, este Amor lleva, en sí mismo, la simiente de la vida divina. Es inmortal e

indestructible y “nunca duerme”. Por lo tanto, el corazón de la esposa está despierto, aun cuando ella duerma. (Cant. 5.2).

El amor está despierto dentro del corazón de la esposa de Jesús. No importa la oscuridad que la rodee, ni el peligro de que el sueño pueda vencerla. Este amor es como un instrumento de precisión. Una sencilla cuerda que el Amado pulse, hace que la esposa se despierte de inmediato. Y levantándose súbitamente, se apresure a salir a Su encuentro. Nunca dejaría pasar los momentos en que su Esposo está cerca. Para ella, tales encuentros, son un anticipo del cielo. Por lo tanto, no dejará pasar la hora en que venga el Esposo, en gloria, para buscar a Su esposa y celebrar con ella las Bodas del Cordero.

Si quieres ser una esposa del Cordero, dispuesta a salir al encuentro del Esposo cuando venga, entonces cuida de que este amor esté siempre vivo en ti. No dejes que se desvanezca, mantente espiritualmente despierto y alerta. Sin este amor, no estarás preparado para cuando Él llegue, a la medianoche. Solamente, si este amor divino arde en tu corazón, podrás despertarte rápidamente; sacudiendo el sueño paralizador que sobrecogerá a toda la humanidad, creyentes y no creyentes.

La medianoche está cerca. Las señales, de las que Jesús habló en Mateo 24, están cumpliéndose.

El amor, en muchos, se está enfriando. Los mandamientos de Dios son ampliamente rechazados. La creciente ola de anarquismo causa devastación y desesperación. La blasfemia aumenta, indicando un odio ardiente hacia el Señor Jesucristo. En muchos lugares del mundo, los cristianos están sufriendo por causa de su fe. El pueblo escogido de Dios está regresando a la tierra de sus padres. El Evangelio se predica en el mundo entero. El Esposo está preparando el encuentro con los Suyos. Pero Él ¿a quiénes abrirá la puerta del Salón del Banquete donde, en la Cena de las Bodas del Cordero, se celebrará en aquel día glorioso la unión entre el Esposo Celestial y Su esposa, cuando en el cielo resuenen las melodías de los cantos y el regocijo? Él les abrirá a aquéllos, cuya forma de vida haya sido el amor hacia Jesús.

Utiliza bien el tiempo que queda. Abre tu corazón de par en par para que ese amor por Jesús pueda fluir moldeando tu vida y entonces, aun mientras duermes, este amor estará activamente presente, simplemente, porque todo tu ser está entregado a Él. No toleres nada que pueda disminuir tu amor hacia Jesús, haciendo que Él retire Su amor de ti. No toleres ninguna actitud negativa hacia ninguna persona. No toleres ningún falso apego hacia personas o cosas. No toleres nada que pueda alejarte de la senda de Jesús: senda de humil-

dad, de pobreza, de sufrimiento, de obediencia. Resiste la tentación de seguir tu propio camino, gratificando el propio yo. Permanece alerta contra la pérdida del primer amor.

La hora está próxima en que Aquél, a quién ama tu alma, aparecerá. Pero no notarás la proximidad de esta hora si no estás consumido por este primer amor. Ni tampoco serás atraído por Él, porque solamente aquellos que lo aman con este primer amor serán atraídos hacia el Esposo. En esa hora, ya será demasiado tarde para abrir tu corazón, de modo que pueda ser llenado nuevamente con amor hacia Jesús, demasiado tarde para “comprar el aceite del amor”. Para entonces, tu corazón ya debe estar lleno de ese amor. Debes ser una esposa con todo tu ser, de modo que Él te reciba como tal cuando venga por ti. Se llevará como esposa Suya solamente a aquellos que Lo amaron ardentemente, aun en los momentos más oscuros, y a aquellos que estuvieron preparados porque sus lámparas estaban llenas con el aceite del arrepentimiento y del amor.

¡Oh día de suprema felicidad, cuando Jesús celebre la Cena de las Bodas del Cordero con Su esposa, en medio del regocijo del cielo! Vale la pena sacrificarlo todo para obtener el amor nupcial, la perla de gran precio y para poder experimentar el gozo de aquel día. Y aun si tuviéramos que renunciar a todo lo que es deseable, en esta vida, y a todo lo que es

placentero para el cuerpo, el alma y el espíritu, por Su amor; habríamos dado demasiado poco. Alcanzar el premio supremo de la Cena de las Bodas del Cordero es digno de cualquier cosa.

Sepan que la medianoche se está acercando, y con ella la Cena de las Bodas del Cordero. El Esposo está por llegar. Vuelvan la espalda a todo lo que les impida salir a Su encuentro. Vivan solamente para amarle.

*Se acerca en la hora santa,  
desde el trono altísimo,  
Quien está en alianza con la novia:  
el Hijo de Dios y del hombre.*

*Él aguarda, amorosamente,  
a Su amada novia,  
que se ha comprometido  
única y totalmente con Él.*

*Ella se apresura, saliéndole al paso,  
con gran dicha y alegría;  
ya que, en todos sus caminos,  
se preparó para este encuentro.*

*Por la sangre de Jesús,  
quedaron blancos sus vestidos;  
puede llegar a la boda celestial,  
a la más pura Luz, en Su Reino.*

*Sí, la medianoche ha llegado,  
y no está lejana la aurora.  
Por eso, manténte vigilando,  
brillará pronto la estrella de la mañana.*

*¡Oh, vive para Su venida!  
Se escuchará el son de la trompeta,  
anunciando que Él viene.  
¡Por fin ha llegado el Amado!*



“Y HE AQUÍ, YO ESTOY CON USTEDES  
TODOS LOS DÍAS, HASTA EL FIN DEL MUNDO”.

MATEO 28.20



## Día a Día

(para cada día del mes  
una palabra para ti)

1. Alguien está siempre conmigo, nunca estoy solo. Me ayuda y me sostiene porque yo le pertenezco: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
2. Él nunca deja de amarme y cuidarme. Juntos vamos, donde Él me lo pide: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
3. Alguien me rodea con el más tierno amor, Él ve, cuando yo estoy triste en mi corazón: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
4. Alguien sabe cómo consolar mi alma, y en todo tiempo aguarda, para manifestar Su amor: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
5. Alguien está siempre conmigo, fiel y veraz, manso y comprensivo, Él restaura mi alma: ¡Jesús, mi Esposo celestial!

6. Alguien me entiende cuando estoy sufriendo y, en las dificultades, nunca me deja solo: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
7. Él está conmigo y escucha siempre mi voz, los suspiros más leves de mi corazón: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
8. Alguien está siempre pronto a consolarme, y permanece junto a mí, en el dolor y la prueba: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
9. Alguien me tiende siempre Su mano, para guiar y protegerme, a la vez: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
10. Alguien piensa, siempre, en mí con todo amor; nunca me olvida, pues soy Su posesión: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
11. Alguien espera, siempre, verme volver para unirne nuevamente en comunión con Él: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
12. Hay Alguien cuyo Corazón arde de amor por mí; Su Palabra amorosa me toca profundamente: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
13. Conozco a Alguien sublime y sin igual, es incomparable en Su fulgor celestial: ¡Jesús, mi Esposo celestial!

14. Hay Alguien que es fiel y jamás cambiará;  
cuando pase el mundo, en el cielo me  
esperará: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
15. Él siempre planea algo bueno para mí,  
busca cómo alegrarme y quitar mi dolor:  
¡Jesús, mi Esposo celestial!
16. Alguien percibe lo que me oprime,  
y cuenta y enjuga cada lágrima:  
¡Jesús, mi Esposo celestial!
17. Alguien nunca me va a desamparar,  
Alguien en cuyo amor siempre puedo  
confiar: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
18. Alguien me ama y me soporta tal como  
soy; y lava mis pecados en Su Sangre de  
Cordero: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
19. Alguien vela celosamente por mi alma,  
para que yo refleje Su Luz y Su hermosura:  
¡Jesús, mi Esposo celestial!
20. Alguien se entrega a la muerte por mí  
para liberarme del pecado y la aflicción:  
¡Jesús, mi Esposo celestial!
21. Él sufre conmigo, con profunda compren-  
sión y busca cómo consolarme en dolor y  
tribulación: ¡Jesús, mi Esposo celestial!

22. Alguien se preocupa por mí, deseando lo mejor, pensando cómo ayudar y hacerme el bien: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
23. Alguien, no me olvidará ni una vez y, cuando le hable, siempre escuchará mi voz: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
24. Su amor es curativo y cálido como el sol, y nos recibe a todos por igual: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
25. Alguien ha planeado, amorosamente, mi futuro y ya preparó un hogar para mí, en el cielo: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
26. Alguien se interesa por mis palabras de amor y, cada día, Él espera que lo exprese con mi corazón: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
27. Alguien me pregunta: ¿Me amas a Mí? Pues mi amor es muy valioso para Él: ¡Jesús, mi Esposo celestial!
28. Alguien está esperando, hora tras hora, que yo le exprese mi amor y devoción: ¡Jesús, mi Esposo celestial!

29. Alguien suplica: “¿Cuándo me darás tu amor?”, y pregunta con tristeza: “¿No soy suficiente para ti?”  
¡Es Jesús, mi Esposo celestial!
30. Hay alguien que me revela Su Corazón y permite que comparta con Él Su dolor:  
¡Jesús, mi Esposo celestial!
31. Alguien, y solamente Uno, me promete: “Para siempre Yo soy tuyo”:  
¡Jesús, mi Esposo celestial!



# ORACIONES



## Llamado a Amar a Jesús

*Amado Señor Jesús,*

Te doy gracias por crearme y por salvarme, de modo que pudiera amarte. Gracias por concederme - aunque pecador - el privilegio de amarte con todo el agradecimiento de mi corazón por la gratuidad de tu perdón.

¿Quién como Tú? Te adoro a Ti, el más hermoso de los hijos de los hombres. Tú eres el Tesoro más precioso en el cielo y en la tierra, el Sol brillante de mi vida y el gozo de mi corazón.

Enséñame a amarte como eres, digno de ser amado porque entregaste Tu vida por amor a mí. Aviva la llama del amor en mi corazón con la misma llama de Tu amor, ya que Tú me amaste primero. Gracias porque, en Tu amor, Tú deseas darme el regalo más precioso: un amor íntimo y fervoroso para que pueda corresponder al Tuyo.

Te doy gracias, Señor, porque me has escogido con el llamado más hermoso: Amarte a Ti, mi Señor y Esposo Celestial, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Te doy gracias por hacerme completamente feliz, dándole un propósito y realización a mi vida.

Por amor a Ti, mi Señor Jesús, yo quiero compartir Tu camino. No quiero dejarte solo. Por favor, ayúdame a probarte mi amor por medio de hechos. Quiero tomar mi cruz y seguir Tus huellas, perdiendo mi vida por Ti, en sacrificio, renuncia, obediencia y humillación, todo por amor a Ti. Amén.

### ***Acción de Gracias por Su Amor***

*Amado Señor Jesús,*

Gracias por el privilegio de poder amarte, porque Tú nos amaste primero. ¡Cuán bendecidos somos! Sabemos que muchos buscan amor y felicidad pero no los encuentran. Más, en Ti, tenemos la plenitud del gozo porque Tú eres su misma esencia. Y nosotros podemos beber de la Fuente de Tu amor. Y rodeados por Tu amor, querido Señor, nunca estamos solos. Tenemos el privilegio de hacerlo todo en comunión contigo, siempre a tu lado, viviendo para el momento en que estemos unidos contigo para siempre.

¿Cómo podremos agradecerte lo suficiente por revelarte como nuestro Esposo, a nosotros, seres humanos, siendo Tú el Rey de los reyes, el Señor de toda la tierra, el Señor de todos los ejércitos celestiales? Tú nos has escogido a nosotros, pecadores, y te has acercado por amor. Gracias por comprometerte con nosotros, dándote a conocer como nuestro Esposo, amándonos más allá de lo que las palabras pueden expresar, siempre presente. Todo lo Tuyo es ahora nuestro, también. Y, ¿quién puede medir tales bendiciones? Señor, Te adoramos. Amén.

### ***Hazme Todo Tuyo***

*Querido Señor Jesús,*

¿Cómo podré agradecerte, indigno como soy, que me hayas hecho Tuyo? ¿Cómo podré agradecer que me hayas escogido por esposa Tuya?

Que pueda ser verdadera esposa Tuya - atraído por Tu amor y dándolo todo por amor a Ti. Solo en Ti yo veo todo lo que es hermoso, en el cielo y en la tierra. Solamente en Ti, yo encuentro descanso para mi alma. Solamente en Ti, hallo todo lo que necesito.

Hazme totalmente Tuyo y receptivo a Tu amor. Permíteme aferrarme a Ti, descansando en Tu brazo fuerte. Con gusto seré débil, impo-

tente e insuficiente; para que Tú, mi Esposo Celestial, puedas tener el gozo de derramar Tus riquezas sobre mí. Como Tu esposa estoy dispuesto a verme como pecador, que soy, y a refugiarme en Tus preciosas heridas, que recibiste por mí.

Gracias por llamarme a amarte, como esposa Tuya. Haz que sea una verdadera alma amante, entregado completamente a Ti y dispuesto a cualquier sacrificio por amor a Ti. Hazme una esposa que comparta los secretos más íntimos de Tu corazón y que participe de Tus padecimientos. Oye mi oración, por Tu gracia. Amén.

### ***Toma Nuestros Corazones***

*Querido Señor Jesús,*

Perdónanos, porque has venido hasta la puerta de nuestros corazones, suplicando nuestro amor, y con cuánta frecuencia te hemos defraudado, dejándote afuera, en la noche fría.

Confesamos, con vergüenza, que muy a menudo no estamos dispuestos a recibirte, y que preferimos a otras personas y otras cosas, sin apreciar el Tesoro que tenemos en Ti.

Sin embargo, Tú has dado Tu vida por nosotros. Tú nos amas, más de lo que las palabras pueden expresar. Muéstranos todo

aquello que llena y domina nuestro corazón, más que Tú, impidiéndonos amarte en primer lugar y por sobre todas las cosas. Sea lo que sea, queremos traerlo ante Ti, creyendo firmemente que Tú nos harás libres, para poder pertenecerte.

Tú anhelas amarnos como esposa Tuya. Tú quieres morar en corazones que expulsaron a sus ídolos e hicieron lugar solamente para Ti. Te regocijas cuando nos dedicamos totalmente a Ti, porque entonces Tu amor puede reinar en nosotros. Que no seamos un motivo de desilusión para Ti, sino una fuente de consuelo y alegría.

Toma nuestros corazones, nuestros deseos y nuestros anhelos. Toma todo nuestro tiempo. Lo ponemos todo en Tus manos. Todo lo que queremos es corresponder a Tu amor. Amén.

### ***Ardiendo de Amor***

*Nuestro Señor Jesús,*

Te damos gracias porque, aun siendo como somos, anhelas realmente nuestro amor. Te damos gracias porque podemos alegrarte al decir: “Te amo. Yo quiero caminar contigo y estar totalmente a Tu disposición y compartir Tus intereses”.

Lo que más Te pedimos es poder aprender a amarte más. Todavía hay muy pocos, de los

que se dicen Tuyos, que Te amen con todo su corazón. Por eso ayúdanos a amarte por sobre todas las cosas. ¡Tu amor es como el sol! Ardiente de amor, deseas encender nuestros corazones con Tu fuego.

Somos tuyos. Danos un gran amor por Ti, que nos consuma y nos impulse a extender Tu reino en el mundo. Muchas gracias porque este amor, por Ti, es capaz de hacer grandes cambios en el mundo. Te damos gracias porque tal amor –alimentado por el Tuyo– no morirá jamás. Te pedimos que nos concedas ese amor. Amén.

### ***Restaura Mi Alma***

*Querido Señor Jesús,*

Si te tengo solo a Ti, que desfallezcan mi corazón y mi carne, pero no seré conmovido. No temeré, pues Tú estás conmigo, Jesús Esposo mío.

Y aunque un ejército acampe contra mí, Tú serás mi consuelo y mi apoyo. Tú eres fuerte y poderoso. Tú has vencido al infierno. Todos los enemigos deben inclinarse ante Ti. Tú eres Señor, Señor sobre todo aquello que me oprime. Tú hiciste el cielo y la tierra.

Como mi Amado, eres todo esto y mucho más. Por lo tanto, ¿por qué voy a temer? Al descansar en Ti, mi alma es restaurada.

Gracias porque con Tu aliento, puedo atravesar los tiempos de aridez espiritual y vencer los ataques del Maligno, seguro de que soy uno contigo. Nada es más grande que la comunión del amor.

Por Tu presencia, la sequedad se transforma en un jardín y mi alma es restaurada; capacitándome para compartir con otros el consuelo de Tu amor, cuando ellos tengan que atravesar por desiertos espirituales.

Gracias, querido Señor. Amén.

### ***El Amor Es Más Fuerte Que la Muerte***

*Querido Señor Jesús,*

Tu amor es más fuerte que la muerte. Por favor llénanos con Tu amor; para no negarte en la hora de la prueba.

Ayúdanos a entrenarnos mediante los pequeños sacrificios que la vida nos presenta a diario, para ser capaces de ofrecerte mayores sacrificios en nuestras vidas, a la hora de la prueba. Danos la fortaleza para amarte por sobre todas las cosas, a pesar del dolor.

Tú sabes cuánto miedo tenemos al sufrimiento del cuerpo y del alma. Tú conoces nuestra vacilación, por temor a que se nos proponga escoger entre buscar nuestro bienestar o demostrar nuestra alianza y fidelidad contigo.

Una vez más Te pedimos: Llénanos con el río poderoso de Tu amor para que, en la hora de la prueba, no Te defraudemos sino que Tú puedas exclamar lleno de gozo y gratitud: “¡Cuán hermosos son tus amores, hermana mía, esposa mía!” (Cant. 4.10). Amén.

### ***Quiero a Jesús, sólo a Jesús***

Señor Jesús,  
hazme fuerte, valiente, y firme,  
encendido de amor por Ti,  
totalmente entregado,  
resuelto en mis determinaciones,  
teniendo un sólo propósito:  
¡Deseo a Jesús, sólo a Jesús!

No buscaré alivio ni comodidad  
ni tan siquiera el consuelo de ver y de  
sentir. Todo lo que quiero, querido Señor,  
es abrazarte a Ti por la fe  
y amarte en tiempos de dolor  
cuando camine en la oscuridad de  
la prueba. Amén.

Madre Martyria

### ***Que Nada Me Sea Más Querido...***

Que nada me sea más querido que Tú, oh Señor. Que nada me interese más que Tu amor. Que nada me entristezca más que Tus sufrimientos. Que nada inflame mi corazón, sino Tú. Que nada me dé más pesar que el dolor que sientes por el pecado.

Que mi mente y mi alma se centren solamente en Ti; cada pensamiento, cada emoción, cada deseo y cada intención. A Quien sólo quiero es a Ti: Jesús, Jesús, Jesús. Amén.



*Canciones de  
Amor  
por Jesús*

Haz clic en el violín para escuchar las canciones

## ¡OH, CÓMO ENTENDER CUÁNTO ME AMA EL SEÑOR!

*Oh, cómo entender  
cuánto me ama el Señor,  
por mí dio Su vida que soy pecador.  
¿Cómo es que deseas mi amor recibir,  
Jesús, cuando yo tantas veces te herí?*

*Oh, cómo entender que del Cielo aquí  
bajaste, oh Amado, mi amor a pedir:  
pues quieres que siempre comparta  
en unión contigo Tu gozo y Tu aflicción.*

*Oh, cómo entender que eres mío, Señor,  
y a Ti pertenece mi vida, mi amor.  
Por todo el camino me acompañarás,  
Tú siempre a mi lado hasta el fin estarás.*

*Oh nunca aquí yo podré entender,  
mas un día en gloria Tu rostro veré,  
Tu tierna mirada mi ser saciará,  
mi anhelo y gozo se completará.*

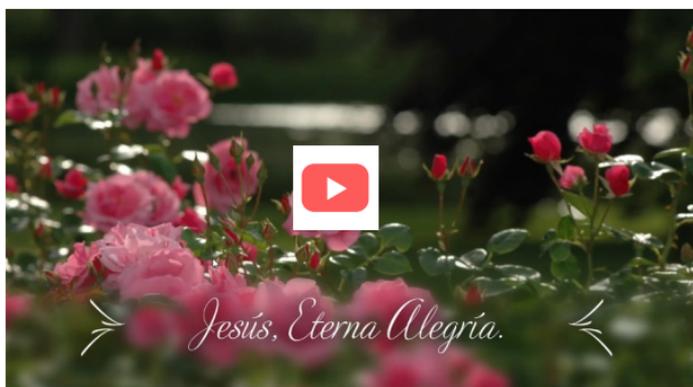
## A NADIE AMO YO COMO A CRISTO

*A nadie amo yo como a Cristo,  
ninguno es Dios sino Él.  
Él es el amor y la vida,  
es incomparable Jesús.*

*Por eso le doy lo que tengo  
y lo que soñaba hacer,  
pues todo a Él pertenece,  
a Él canta mi corazón.*

*Recorro con Él sus senderos,  
con Él paso a paso andaré,  
lo que Él no da, no deseo  
si sólo camino con Él.*

*Estoy tan feliz y contento  
pues Él me ha dado Su paz,  
y busco tan sólo Su Rostro,  
Su Ser, Su presencia, Su amor.*



Haz clic en la foto

## ¿QUIÉN DA ALEGRÍA CUAL TÚ, OH JESÚS?

*¿quién da alegría cual tú, oh jesús?  
canta mi alma llena de luz,  
Jesús, Eterna Alegría.*

*Fuente del cielo fluyes sin cesar,  
para consuelo y paz derramar,  
Jesús, Eterna Alegría.*

*Si Tu presencia en mi vida está,  
toda amargura de ella se va, Jesús,  
Eterna Alegría.*

*Me haces feliz, Tú mi buen Salvador,  
lavas mi mal, corriges mi error,  
Jesús, Eterna Alegría.*

*Traes el cielo para el pecador,  
que arrepentido siente dolor,  
Jesús, Eterna Alegría.*

*Como el sol brillas, mi Rey y Señor,  
hay dicha plena en Tu resplandor,  
Jesús, Eterna Alegría.*

*Gozo inefable, profundo raudal,  
en cielo y tierra el manantial,  
Jesús, de Vida Eterna.*

## MÁS CANCIONES PARA BUSCAR SU PRESENCIA

**Haz clic en la foto**





## TESTIMONIOS DESDE CANAÁN

### TODO PARA ÉL

Hacia el fin de mis vacaciones de verano en Canaán, una pregunta pesaba en mi mente: ¿Cómo podría yo servir mejor a mi Señor, por el resto de mi vida? Pronto debería graduarme en la Universidad. Estaba listo para continuar mis estudios, a fin de alcanzar el doctorado en Física y Química. Los planes, relacionados con todo esto, se agolpaban en mi cabeza porque ya me habían dado la maravillosa oportunidad de comenzar a hacer algunas investigaciones. La Física era mi vida y mi amor; casi todos mis pensamientos se relacionaban con ello.

El año anterior Jesús, con Su amor, me había liberado de mis ideas agnósticas. Y fue entonces que, mientras estudiaba las Escrituras durante mis vacaciones de verano en Canaán, comprendí que el Señor estaba triste porque no lo amábamos suficientemente. Me sentí profundamente convencido. Toda clase de preguntas inundaban mi mente: ¿Cómo podría darle el amor que Él tanto anhelaba? ¿Debería trabajar como voluntario para ayu-

dar en las obras de mi iglesia? ¿O, quizás, tendría que comenzar algún tipo de ministerio entre los estudiantes? O, aun más, ¿debería dejar mis estudios científicos para “hacerme pastor”? ¿Debería casarme, o debería permanecer soltero, a fin de estar más disponible para Él? ¿Aprobarían, mi familia y mis amigos, esta clase de decisión? ¿Lo comprenderían? Resumiendo, ¿cómo quería el Señor que yo Le sirviera?

Con todo esto en mi mente, pedí consejo mientras estaba todavía en Canaán. La respuesta fue bastante simple: “Busca a Jesús, sólo a Jesús. Él te mostrará el primer paso que debes dar, y los pasos sucesivos, si lo buscas solamente a Él. No pases más tiempo pensando en las distintas opciones... sólo pasa tiempo con Él”. Me sugirieron que permaneciera quieto ante el Señor y que ésta fuera mi manera de orar.

Cuando regresé a los Estados Unidos al final de ese verano, no tenía todavía una orientación definida. Pero continué orando, con la seguridad de que Dios responde a la oración. Con el paso del tiempo, algunas puertas se cerraron y otras se abrieron. Y entonces, repentinamente, el Señor me dio un arrepentimiento profundo, mostrándome cuán negligente había sido para con Él al dedicarle mi amor y mi tiempo a otras personas y cosas fuera de Él.

Mis ojos se abrieron, y todo se hizo claro instantáneamente. Supe entonces lo que el Señor me estaba pidiendo. Por medio de Su Palabra, entendí que debía dejarlo todo por Él; aun mi familia, mi hogar, mi país y todo lo relacionado con ellas. Y no fue nada difícil porque Él era digno de que yo lo hiciera. Él se había convertido en el gozo de mi vida, en mi primer y mayor amor. ¡La Física no podía compararse con Jesús! Él es mi Esposo Celestial, la fuente de todo el amor y el gozo, no solamente en esta vida sino por la eternidad.

Quería saltar y cantar por amor a Jesús. Me sentía feliz de que me hubiera llamado a dedicarle toda mi vida a Él. ¡Qué tremendo amor!

Más tarde, el día de mi investidura como Hermano Franciscano de Canaán, el Señor, en Su tierno amor, confirmó mi vocación con la Escritura: “Como el esposo se regocija con la esposa, así se regocija contigo tu Dios” (Is. 62.5).

*Hermano Silvestro*

“EL SOL ME QUEMÓ” (C. de Cantares 1.6)

Después de servir en el extranjero durante varios años, me sentí contenta de regresar del “desierto” a Canaán, a nuestra sede en Alemania. En el desierto, privada de muchas de las bendiciones de la comunión fraternal, anhelaba

la abundancia espiritual. Sin embargo al volver, y a pesar de tal abundancia, me sentía fría y poco cooperadora. No podía comprender qué me estaba sucediendo. Estaba triste y comencé a sentir compasión de mí misma. Después de un tiempo, gradualmente, comencé a darme cuenta de que había una barrera que me estaba bloqueando la entrada al corazón de Jesús. ¿Qué había sucedido?

Cuando dejé Canaán por primera vez, lo encontré muy difícil. Obedecer el llamado de Dios había sido un gran sacrificio. Sin embargo, con el paso del tiempo, esto cambió, sin que yo me percatara de ello. En lugar de ofrecimiento y sacrificio, mi trabajo se convirtió en una fuente de creciente satisfacción. Así, inconscientemente, mientras más satisfecha y segura de mí misma me sentía, el servicio me centraba en mí misma y no en Cristo. Me estaba estancando espiritualmente, y como resultado de esto, mi servicio se convirtió en una mera ocupación rutinaria.

Y entonces, me di cuenta de que estas palabras de Jesús se aplicaban a mí: “Pero tengo una cosa contra ti: que ya no tienes el mismo amor que al principio. Por eso, recuerda de dónde has caído, vuélvete a Dios y haz otra vez lo que hacías al principio” (Apoc. 2.4-5). El colirio (Apocalipsis 3.18) que me hizo reconocer esto fue al principio muy doloroso; pero tan pronto como acepté el

veredicto de Jesús y me humillé delante de Él, la barrera entre nosotros se cayó. Comencé, al mismo tiempo, a llorar y a regocijarme y a adorarlo. Un nuevo amor comenzó a brotar en mí. Su Presencia era casi palpable, y las palabras me faltarían para tratar de describirlo.

Una vez más el arrepentimiento había sido la puerta a un nuevo amor nupcial hacia Jesús. Una y otra vez he tenido la experiencia de que ese arrepentimiento me descubre más profundamente cómo soy y, algo más maravilloso aún que esto: cómo es Él, quién es Él, y cuánto debe ser amado.

*Hermana Cecilia*

“LE BUSQUÉ” (Cantar de los Cantares 3.2)

Durante el invierno de 1959, pasé muchas horas agradables tocando el órgano de la iglesia en Brevic, Noruega. Era maravilloso residir en el extranjero por primera vez, y era también maravilloso ser organista, aunque mi propósito principal era aprender las cosas de la casa. Amaba la música más que cualquier otra cosa y había acabado de aprobar mis exámenes de música sacra. Fue un tiempo alegre, libre de preocupaciones, que disfruté en plenitud. Sin duda, yo amaba a Jesús y le pertenecía desde que era una niña, pero ese amor no había producido en mí una vida cristiana entregada. Yo no puedo decir realmente cómo sucedió,

pero una noche, cuando terminé de ensayar en el órgano, tuve un impulso irresistible de dedicar mi vida completamente a Jesús, de entregarle todo a Él. Aunque ya estaba por marcharme, entré de nuevo en la iglesia vacía y canté:

*Señor, Pastor mío,  
Fuente de todas mis alegrías,  
Tú eres mío, y yo soy Tuya,  
Nada puede jamás separarnos.*

Paul Gerhardt (1607-1676)

Con la extraña seguridad de que mi oración había sido respondida, partí para el pequeño pueblo donde estaba viviendo.

Esa misma noche, dos horas después, me puse en camino hacia la casa de una amiga. Un brillante resplandor, de un extraño color rojo, apareció en el cielo. Un niño corría y gritaba en noruego: “¡La iglesia se está incendiando!”. Aunque no entendía nada, corrí hasta la cumbre de la colina y vi la iglesia de Brevic sumida en un mar de llamas. (Después supe que un defecto en el sistema de calefacción había producido el fuego). Todo lo que recuerdo es que caí de rodillas en la nieve, convencida de la Santidad de Dios, y pidiendo Su misericordia. No era solamente el impacto de ver la casa de Dios quemándose, sino el ver que toda mi música para órgano, coleccionada durante años, desde pequeños manuales de

canto hasta el metrónomo, se deshacían en llamas ante mis ojos.

Jesús sabía que mi corazón estaba dividido y, en un momento, me mostró la verdad acerca de mí misma. Yo había estado viviendo una piedad fingida. Pero, en ese momento, fui liberada de mi preocupación por la música. Allí comprendí que no podía hacer de Jesús lo más querido para mí, mientras no dejara lo que tanto amaba. Desde entonces he descubierto que ese cambio es maravilloso. ¡Qué poco es el valor de lo que perdemos en comparación con las riquezas incomparables de lo que ganamos!

*Hermana Justina*

“CONFORTA MI ALMA” (Salmo 23.3)

El día de mi consagración nupcial como Hermana de María, recibí como regalo una rama de mimosa y una tarjeta que decía: “Que ames a tu Jesús, tu Esposo Celestial, con un amor tan tierno y tan sensible como la mimosa”.

Muchos años más tarde, acompañaba a Madre Basilea a la Península del Sinaí. En aquel lugar, el Señor había hecho un pacto eterno de amor con Su pueblo. Un dolor atravesó mi corazón: Aunque Jesús había hecho un pacto conmigo el día de mi consagración, ¡cuán poco yo había correspondido a Su amor! Aquel mismo día, en el Monte Sinaí, un turista

de otro país que estaba trabajando en misión fotográfica, me trajo una rama de mimosa. Simplemente quería compartir su alegría de haber encontrado una flor en las montañas del Sinaí con su escasa vegetación. Al instante, reconocí la señal y a Aquél que realmente me había dado la flor.

Unos cuantos años después, el día del aniversario de mi consagración, estaba en Escandinava. Constantes demandas llovían sobre mí, y me sentía muy necesitada del refrigerio espiritual. Yo me preguntaba: “Querido Señor Jesús, ¿te he entristecido de algún modo, haciendo que quites de mí Tu Presencia?” Exhausta, regresé al hotel, y suspiré cuando oí que alguien quería verme. Pero esta señora, a quién yo no conocía, tan solo quería darme algunas flores - ¡mimosas! ¡El amor del Señor no olvida nada!

*Hermana Benedicta*

**“FÍJENSE BIEN Y MIREN SI HAY UN  
DOLOR COMPARABLE AL MÍO”**

(Lamentaciones 1.12)

Jesús siempre tiene un modo único para conseguir nuestro amor, aun cuando no sea precisamente el que nosotros esperemos. Él no nos promete tan sólo cosas buenas, ni una vida libre de aflicciones. En lugar de eso, Su más subyugante atracción, aquélla que inspira

al alma a amarlo con amor nupcial, es Su Pasión. Entre nosotras hay una hermana joven de Arizona. ¿Qué la trajo a Canaán? Su padre y su hermano son pilotos. Ella misma había planeado hacerse maestra. Jesús era tan sólo un vago concepto para ella, pero aquello habría de cambiar. Era la Semana Santa. En la noche entre el Jueves y el Viernes Santo, se encontraba meditando con nuestras hermanas de Phoenix sobre la Pasión de Cristo y adorando al Señor como Varón de Dolores. Mientras oraba, preguntaba: “¿Cómo puedo agradecerte todo lo que has sufrido para salvarme?”, y comprendió que la única forma de agradecerse lo era dedicándole toda su vida a Él.

El Jardín de los Sufrimientos de Jesús en Canaán, da testimonio de todo lo que Él sufrió por amor a nosotros. Muchos visitantes han tenido un encuentro con el Señor en ese Jardín. Han derramado lágrimas de arrepentimiento, han aceptado sus sufrimientos, han oído el llamado de Dios, y han experimentado un avivamiento de la llama de su amor por Jesús.

Muchos huéspedes nos han dicho que las horas más decisivas y más preciosas de su estancia en Canaán fueron las que pasaron en el Jardín de los Sufrimientos de Jesús.

Una simple hora allí transformó la vida de una joven escandinava. El relieve que representa a Jesús despreciado, abandonado y coronado de espinas, hizo una impresión indeleble

en ella. En aquel instante, ella renunció a todo – a su hogar, a su carrera, a su deseo de matrimonio y de formar una familia – a fin de servir a Jesús en humildad y obediencia, y en un país que había cometido graves crímenes contra el suyo.

Un joven a quien parecía que los consejos no podían ayudarle, estuvo en el Jardín de los Sufrimientos de Jesús y se sintió desafiado por aquellos recordatorios visibles de lo mucho que Jesús había sufrido por él. Y se convirtió de su rebeldía a una vida de entrega a Jesús.

En un momento en la historia de nuestra Hermandad, una ola especialmente severa de ataques difamatorios envolvió a nuestras madres. Nosotras, como hijas espirituales, nos sentíamos entristecidas, y una de nosotras finalmente puso en estas palabras todos nuestros sentimientos: “No hay nadie que esté defendiéndolas”. La breve pero convencida respuesta de Madre Basilea fue más efectiva que una docena de sermones: “¿Han olvidado ustedes la escena del Jardín de la Oración que muestra a Jesús compareciendo ante el tribunal completamente solo? ¿Qué les parece aquello?”

*Hermana Ruth*

¡CANTA, OH HIJA DE SIÓN...!  
(Sofonías 3.14)

Cuando se nos invita a dar una charla acerca de nuestra Hermandad o cuando hablamos con los grupos de visitantes, invariablemente se nos pregunta lo que realmente hacemos. Si bien nos sentimos felices de responder a esta pregunta, siempre hallamos que algunos puntos son difíciles de explicar, a aquellas personas que no están familiarizadas con Canaán. El propósito de algunos de nuestros ministerios no se hace obvio inmediatamente ya que no pueden ser medidos según los conceptos humanos acerca de la utilidad. El ministerio en el Monte de los Olivos en Jerusalén cabe dentro de esta categoría.

Según escribió la Madre Basilea en una ocasión: “¡Oh, si tan sólo cantos de amor y acción de gracias llenaran a Jerusalén y las lenguas de aquellos que aman al Señor nunca permanecieran calladas!”. La Vía Dolorosa, por ejemplo, está llena de ruido, suciedad y comercio. ¡Qué triste es oír a los almuecines (\*almuecín: Funcionario encargado de anunciar, desde lo alto del alminar, las cinco oraciones cotidianas del Islam) gritando de día y de noche desde los minaretes (\*minarete o alminar: Torre de una mezquita, desde lo alto de la cual el almuecín anuncia las cinco llamadas a la oración cotidiana) para recordarle a los fieles su deber de orar! ¿Quién quisiera dedicar su vida a

Jesús, para que Él pudiera recibir amor y adoración en este lugar? ¿Quién quisiera ayudar y desafiar a los demás para que hicieran algún sacrificio a fin de peregrinar a Tierra Santa para adorar allí a Jesús y cantar Sus alabanzas, en un mundo en que hoy, Él es tan ignorado.

“Canten dondequiera que vayan” - fueron las palabras de despedida de la Madre Basilea, cuando nos dejó a tres de nosotras para que comenzáramos un ministerio en el Monte de los Olivos ... un nuevo lugar maravillosamente preparado por Dios para nosotras. Y ¡sí que cantamos!, tanto cantamos que la gente decía que pertenecíamos a una orden de cantantes. Aunque tuvimos el privilegio de ver nuestro ministerio desarrollarse entre los pobres y también entre los turistas y peregrinos, durante el tiempo que pasamos en Jerusalén, nunca perdimos de vista la razón básica de este ministerio en Tierra Santa: ¡glorificar a Jesús mediante nuestro canto!

*Las Hermanas del Monte de los Olivos*

## “¿POR QUÉ ESTE DESPERDICIO?”

(Mateo 26.8)

Fuimos guiadas a construir dos capillas de alabanza en Oberland, Suiza, para la gloria de Dios. Cada una de estas capillas tiene su historia.

Por ejemplo, cuando estábamos construyendo la primera, nos vimos en una situación financiera muy difícil tras haber terminado la “Capilla del Llamado de Jesús” en Canaán con capacidad para mil personas. Para comenzar, la idea de la construcción de estas capillas no halló favor a los ojos de muchas personas y hubo muy poca comprensión de parte de nuestros amigos. La gente se preguntaba por qué hacer una nueva inversión financiera, por qué debía construirse otra capilla y por qué tenía que ser, precisamente, en Suiza.

En los rumores se exageraban los costos de la construcción. Una señora suiza le hizo a su pastor las siguientes preguntas: ¿Quiénes van a beneficiarse con este edificio? ¿De qué servirá? ¿No podría invertirse el dinero de una manera mejor?

Sin embargo, más tarde ella compartió con nosotros la respuesta que le dio el pastor: “Muchas cosas son hechas a favor de la gente, pero ¿quién está dispuesto a hacer algo por Dios y para Su gloria? ¿No debería también

Él recibir algo?” Así piensa el que tiene el primer amor, el amor nupcial.

A través de los años, muchas personas han visitado ambas capillas de alabanza. La alabanza y la oración, la consejería y el aliento espiritual, son parte del ministerio de estas capillas: construidas para la gloria de Dios, y usadas por Él para consolar a muchos.

*Hermana Myrrhúa*

“ERES UN JARDÍN CERRADO,  
HERMANA MÍA...” (Cantares 4.12)

El versículo de los Salmos que proféticamente expresa el lamento de nuestro Señor sufriente dice: “...busqué consuelo, y no lo hallé” (Salmo 69:20). Ese texto me traspasaba el corazón como Hermana de María. Pero, ¿quién puede consolar a Jesús? – Tan sólo aquel que se interesa profundamente por Él, y comparte Su angustia actual por un mundo al que tanto ama, pero que en gran parte le rechaza. Solamente aquel que puede olvidar su propio sufrimiento. Yo anhelaba verdaderamente consolar a Jesús, aliviarlo y darle gozo. Una y otra vez escribía en mi diario una oración que hacía eco en el sentir de mi corazón. No obstante, ¡cuán diferente era mi vida!

En nuestra Hermandad existe la costumbre de que las hermanas más jóvenes acudan a nuestras madres, no solamente para un consejo espiritual, sino que tengan también la oportunidad de compartir sus experiencias con alguna hermana más madura, que le sea asignada con este propósito. Por lo tanto, era perfectamente normal que yo hiciera uso de este privilegio, al entrar en un período de sequedad espiritual. Sin embargo, con frecuencia me daba cuenta de que Jesús quería que yo renunciara a este consuelo de tener a alguien que simpatizara conmigo cuando me sentía interiormente seca. Yo sabía que Él quería que yo hiciera este sacrificio voluntariamente por amor a Él. Pero usualmente era demasiado débil para hacerlo.

Una vez, sintiéndome desalentada porque me parecía que fallaba a cada paso, quise hablar con la hermana asignada a mí. Pero, en ese momento, ella estaba ocupada con muchas responsabilidades. En mi egoísmo, reaccioné demasiado susceptible, sintiendo que aquella hermana no estaba obrando tan amable y compasivamente como usualmente lo hacía. Pero muy pronto el Espíritu de Dios abrió mis ojos y me mostró lo ansiosa que yo estaba de recibir comprensión, amor y atención.

Comencé a llorar de arrepentimiento por haber sido tan desconsiderada con esta hermana, pero mucho más porque ocupada con mis

propios intereses, me había olvidado de Jesús. En mi deseo de recibir consuelo para mí misma, había dejado de ser una consoladora para Él.

Solamente podía pensar en una cosa: “Dedícale más tiempo a la oración. Acude a Jesús y díselo todo a Él”. Me di cuenta exactamente de lo que tenía que hacer: Confesar objetivamente mis caídas a mis hermanas, siempre que fuera necesario, sin buscar comprensión, ni compadecerme de mí misma por mi debilidad de carácter. Si algo seguía desanimándome, debía acudir solamente a Él.

Esto sucedió sólo diez días antes de Navidad, y aquella Navidad experimenté más gracia que nunca antes. Él me concedió Su presencia. Yo podía pasar horas en oración solamente con Él, no deseando nada más. Todo lo que yo deseaba era decírselo todo a Él.

*Hermana Salomé*

“LO CUIDÓ” (Deuteronomio 32:10)

Las sorpresas agradables son siempre bienvenidas, pero con las sorpresas desagradables es diferente; y mientras menos se las espere, más grande es el impacto y el daño que producen. A través de los años, hemos observado en nuestros estudios bíblicos cómo Jesús preparó suavemente a Sus discípulos para el

momento de Sus sufrimientos a fin de que no se dejaran perturbar cuando eso ocurriera.

Un día, mientras caminaba, mi mente estaba ocupada con cosas ordinarias y me pareció como si alguien estuviera llamando tiernamente a la puerta de mi corazón. De repente comprendí: “Algo muy difícil va a ocurrir. Todo dependerá de cómo tú lo tomes”.

Más tarde, aquel mismo día, algo que yo había olvidado durante años vino a mi mente y me hirió en el punto más sensible de mi ser. Ahora veía ese incidente desde otra perspectiva y me sentía muy culpable. Estaba tentada a desesperarme porque la situación no parecía tener solución. Entonces recordé lo que el Señor había puesto en mi corazón unas horas antes: “Todo dependerá de cómo tú lo tomes”. Con estas palabras llegó la seguridad. Y supe que, habiéndome advertido y preparado, mi Señor también perdonaría mi culpa y cancelaría los efectos de mi mal obrar. Por tanto no debía desesperarme.

*Hermana Benedicta*

## “TENGO ALGO CONTRA TI” (Apoc. 2.4)

En mi temprana edad, conocí el primer amor. Por amor a Jesús lo sacrifiqué todo, con mucho gozo: a mis padres, a mis amigos, mi hogar y todo lo que esto implicaba. Seguí al Señor y le consagré mi vida para servirle. Conocí el gozo de sentir a Jesús llamando a la puerta de mi corazón y el gozo de dejarlo entrar....Pero podemos estar buscando nuestros propios intereses, aun cuando parezca que renunciamos a todo para seguir a Jesús. A veces este egoísmo está presente en el mismo deseo de gozo espiritual.

Un día me sentí desolada al descubrir que esto me estaba ocurriendo. Yo quería las bendiciones del amor nupcial, pero no a Jesús Mismo, que dice: “Si alguno me ama, mi Palabra guardará” (Juan 14.23). Aunque Dios me había hablado por medio de Santiago 4.10, diciéndome: “Humíllense delante del Señor”, yo no había estado dispuesta a hacerlo. Todo sentir del amor de Jesús había huido de mí y yo me quejaba y protestaba pensando, como el mal siervo de la parábola, que Dios era un amo duro que hacía demandas injustas (Mateo 25.24). Esto era lo que pensaba de Dios y lo que estaba experimentando. Ya no estaba haciendo mi trabajo con Su bendición. Me sentía intranquila y no podía concentrarme. Aun en oración, me perseguían pensamientos de rebeldía.

Durante mucho tiempo me sentí verdaderamente infeliz. Y entonces, una noche, soñé que debía volver a ser una esposa de Jesús. Me sentía molesta al darme cuenta de que había dejado de serlo. Pero nuestra lectura bíblica aquel día lo confirmó: “Tengo contra ti que has dejado tu primer amor” (Apoc. 2.4). Al fin me humillaba bajo la mano de Dios, dispuesta a ser juzgada por Su Palabra. Y ¿qué sucedió? Apocalipsis 3.20 da la respuesta: “Si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos”.

En aquel tiempo, tuve varios días de quietud y hubo momentos en los que Jesús llamó a la puerta de mi corazón, mucho más fuertemente que en los primeros años, cuando por primera vez lo conocí como Esposo Celestial. Y entonces, ya nada más me importaba leer, caminar, comer o dormir. Las horas pasaban sin notarlo porque Jesús estaba allí.

*Hermana Eusebia*

### “A SOLAS CON EL SEÑOR”

Muchos de los visitantes que asisten a nuestros retiros han comentado que el mejor día es el Día de Silencio. Al abrir su puerta en la mañana, se sorprenden al encontrar una hoja de papel con las palabras: “Estoy esperándote”. Para muchos, esto era una revelación de

que Jesús estaba más ansioso de encontrarse con nosotros que nosotros de tener un encuentro con Él.

Un incidente, de los primeros años de la Hermandad, ilustra el hecho de que Jesús anhela la comunión con nosotros. Cuando la primera etapa de nuestro proyecto de construcción terminó, vivíamos juntas en un lugar muy estrecho de la Casa Matriz, y algunas de nosotras dormíamos en literas. El número de ocupantes en una habitación dependía del espacio disponible y no de la necesidad de quietud. Ciertamente aquello nos ayudó a aprender a convivir las unas con las otras. Pero había un deseo creciente de tener un cuarto de oración (Mateo 6.6). Nuestras madres oraron por esto y recibieron la seguridad de que Jesús Mismo iba a proveerlo. Habría una extensión de la Casa Matriz, que contuviera solamente pequeñas piezas individuales: nuestros cuartos de oración.

No podíamos dejar de sentirnos asombradas cuando las cuentas correspondientes a esta segunda etapa del proyecto de construcción se pagaban con relativa facilidad. ¡Cuántas veces nuestra fe fue probada hasta el límite mientras estuvimos construyendo! Pero esta vez, Su bendición se hizo muy evidente. Nunca habíamos experimentado nada semejante. Esta extensión, con sus pequeños cuartos indivi-

duales debe haber sido realmente agradable al Señor.

Nunca olvidaremos el día en que nos mudamos. Caminamos a través de la casa cantando canciones de adoración. En cada cuarto la Madre Basilea había colocado en el rincón de oración, el mensaje impreso que decía: “Estoy esperándote”. Sí, ¡realmente Él está esperando!

Por eso es que la primera casa de huéspedes de Canaán tiene habitaciones individuales. Y a cada uno de los visitantes se le da este mensaje: “¡Estoy esperándote!” al comienzo del Día de Silencio.

*Hermana Eulalia*

## LA PERSPECTIVA DIVINA

Mientras se hacían los preparativos para el viaje de la Madre Basilea a la India, una gran cantidad de literatura, acerca de ese país, llegó a nuestras manos. Nos sentíamos consternadas por la miseria humana reflejada en las palabras y en las fotografías. Y entonces llegó el primer informe extenso sobre la India, escrito por la hermana que acompañaba a la Madre Basilea. Aquello proporcionó una nueva dimensión a nuestro entendimiento y también nos hizo un desafío inesperado.

Nuestra hermana escribió: “Durante un festival religioso aquí en la India, una vaca

adornada era llevada por las calles, mientras que miles de espectadores le daban una calurosa bienvenida. La Madre Basilea estaba profundamente entristecida al ver que un mero animal recibía tal adulación en comparación con la falta de entusiasmo que, tan frecuentemente, es demostrado por los que dicen amar a Jesús. Por razones religiosas, la gente, virtualmente, pasa hambre para que esos animales puedan vivir. ¿Nuestra dedicación a Jesús, conlleva un sacrificio semejante?”

Todos los reportes siguientes que llegaron de la India seguían insistiendo en la importancia de ver las cosas desde la perspectiva divina. El amor por Jesús nos capacita para verlo todo con los ojos y el corazón del Amado, y es entonces que nuestra visión se vuelve hacia Dios, y no solamente hacia las personas.

*Hermana Rebeca*

## UNA PREGUNTA DE AMOR

Además del hecho de que yo había buscado amar a Jesús y, por su causa, había dejado todo aquello que hacía mi vida agradable, mi familia, mi libertad, mi carrera. Yo no conocía nada cuando entré en la Hermandad de María.

Cuando empecé a darme cuenta de cuánto me estaba costando este tipo de vida, mi entu-

siasmo del inicio comenzó a desvanecerse. Gradualmente dejé de pelear la buena batalla y me di por vencida. Un día, todo pareció haberse acabado. Pero ¡no para Jesús!

¿Acaso no amas a Jesús? fue la pregunta de alguien que sí Lo amaba y que, con todo amor me preguntó. Aquello atravesó mi corazón.

¿Acaso no amas a Jesús? Movida por aquella pregunta, comencé una nueva vida. Cuando me repetía a mí misma tal pregunta, todas las cosas que habían sido tan pesadas para mí, de repente se hicieron fáciles. Me vi a mí misma dándole la bienvenida a todo lo que iba en contra de mi naturaleza. Y me sentí más y más feliz. Y ahora, cuando cualquier cosa amenaza con perturbarme, la misma pregunta viene a mi mente: ¿Acaso no amas a Jesús? Y cuando respondo: “Sí, Jesús, yo Te amo”, entonces Sus Palabras demuestran ser ciertas: “Mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:30).

*Hermana Claudia*

## UN CORAZÓN INDIVISO

Hubo un tiempo de prueba en mi vida, el cual yo hallé muy difícil de aceptar. No fue sino hasta algunos años después que pude

decir: “¡Qué bendición es que Jesús siempre esté cerca de nosotros para asegurarse de que lo amamos con una devoción que no conoce divisiones”.

Durante cierto tiempo, realicé en Canaán una tarea que me daba mucha satisfacción. Estaba inmersa en ella, la amaba. Tenía responsabilidades de organización y aquello me permitía desarrollar mi don de creatividad. De repente, ocurrió que fui transferida a otra área de trabajo. Jesús parecía estar diciendo que “no” a lo que yo había hecho. Mi reacción inicial fue la desilusión. Pensé que ya no me amaba y que se había olvidado de mí.

La verdad era exactamente lo opuesto. Y Dios, en Su gracia, hizo brillar la luz en medio de mis tinieblas. Entonces, llena de contrición y vergüenza, tuve que admitir: “Yo soy la que me he olvidado de Ti. No te he amado a Ti sobre todas las cosas, sino que estuve amando mi trabajo. Me he amado a mí misma. Pero Tú, en Tu amor, me alcanzaste con Tu mano que corrige. Me tomaste la palabra cuando Te dije que quería amarte a Ti sobre todas las demás cosas”.

Aquella verdad penetró en mi corazón. Llorando por mi pecado, regresé a Aquél que no aceptaría nunca que yo tuviera un corazón dividido. Aun con lágrimas en mis ojos, me sentí llena de gozo y exclamé: ¿Por qué a mí? ¿Cómo es que me has permitido recibir tal

amor? Nunca siquiera comenzaré a comprender cómo Tú puedes amar tanto a una pecadora como yo y que, a la vez, yo pueda amarte también a Ti”.

*Hermana Gabriela*

### “MI AMADO SE HABÍA IDO”

(Cantar de los Cantares 5.6)

¡Deberíamos aprender a alabar al Señor por el sufrimiento que nos permite vivir cuando ve que estamos en peligro de apegarnos demasiado a las personas y a nuestro trabajo en lugar de darle a Él la primacía de nuestro amor!

¡Cuán grande debe ser Su amor, si Él nos corrige aún permitiendo que suframos, en vez de ver que nuestro amor por Él disminuye! ¡Felices son aquellos que son tan amados que aun las cosas más pequeñas pueden afectar una relación tan especial!

Ocurrió durante unas vacaciones en la quietud del campo... ¡y cómo había anhelado aquel retiro! Fue un tiempo de oración y de preparación para un nuevo e importante capítulo de mi vida. Pero el gozo que anticipaba se transformó muy pronto en desaliento profundo. La quietud que yo había anhelado resultó vacía, y mis oraciones parecían no pasar del techo. La Biblia no me hablaba más; y no

comprendía lo que Dios estaba haciendo. ¿Acaso no estaba aquí para escucharlo?

Un versículo de Miqueas 7 fue la respuesta que recibí: “Yo soportaré la indignación del Señor, porque he pecado contra Él” (v. 9). Recordé las semanas anteriores. Había estado muy ocupada. Mi trabajo me había absorbido de tal modo que ocupaba mis pensamientos aun durante mis períodos de devoción matutina. Casi no pensaba en Jesús durante el día. Todo mi tiempo libre lo pasaba con amistades y seres queridos que venían a verme.

¿No había ordenado Jesús en Su gran amor que permaneciéramos en Él? ¡Cuánto debo haberle entristecido! El amor defraudado es una de las experiencias más dolorosas de la vida, y era así cómo yo había tratado a Jesús. Profundamente afligida, comencé a comprender más plenamente la maravilla de Su amor. Él quiere tenernos cerca Suyo durante todo el día. Pero si yo no quiero estar con Él, entonces Él no puede estar conmigo. ¡Cuán santo es Su deseo de que Le demos nuestro amor! Sorprendentemente, cuando acepté el dolor de no sentir Su Presencia, tuve paz interior y la seguridad de que Él me amaba. Y de aquella experiencia dolorosa brotó la bendición.

*Hermana Dolores*

## “LE HA SIDO DADO QUE SE VISTA DE LINO FINO” (Apocalipsis 19.8)

Hace unos treinta años, yo estaba hojeando una revista de modas. Pasaba página tras página, buscando el vestido de novia que – según pensaba– iba a usar algún día. Al fin encontré uno que era exactamente de mi gusto: simple en el diseño, con líneas largas y fluidas. Era ¡sencillamente perfecto! Éste era el vestido con el cual yo quería recibir al que sería mi esposo en el día de nuestro matrimonio. Soñaba con un amor profundo, fuerte, amor de entrega mutua y de vivir completamente unidos en nuestra fe cristiana. Conocía a muchas personas maravillosas que enriquecían mi vida, y sin embargo no hallaba lo que tanto buscaba. En mi anhelo de satisfacción, me dedicaba a mis amistades, pero en mi corazón me sentía muy sola.

Años después, un día, mientras ordenaba la casa, encontré aquella página de la revista de modas, pero aquella página de aquel vestido que yo había escogido se había vuelto amarilla con el paso del tiempo. Arrojé la página. Parecía que el amor que yo había estado buscando, no existía. ¿O es que acaso existía en algún otro lugar?

Entonces visité Ranft, el valle de Suiza donde Nicolás von der Flüe había vivido una vida intensa y sacrificial de oración, viviendo como ermitaño por amor de su Señor. Aunque

habían pasado quinientos años, en toda la atmósfera de su ermita se respiraba el espíritu de consagración y de oración. Allí, en el silencio, el Señor comenzó a recordarme Su amor que todavía me estaba esperando.

Yo había conocido a Jesús desde mi juventud, y Él me había sido fiel a través de los años, aun cuando yo había sido tan negligente para con Él y había perseguido otros intereses.

No puedo recordar mucho de cuando me marché del Valle de Ranft. Todo lo que entendía era que no podía posponer ya más Su demanda de amor. Aquello significaba que debía separarme de todo lo que más amaba y de aquello que consideraba como lo mejor, a fin de experimentar más plenamente el amor de Aquél que me había esperado por tan largo tiempo. Sentí una fuerte compulsión interior de seguirlo adondequiera que Él me llevara. Y me llevó a la Hermandad de María.

Para empezar, Jesús no vino a mi encuentro como mi Esposo Celestial. Yo no podía acercarme a Él en la forma en que estaba ... tan segura de mí misma y tan “piadosa”. Los harapos que cubrían mi desnudez espiritual – mis puntos débiles– debían desaparecer. Y entonces, cuando me enfrenté con lo que realmente era, cuando vi que no había nada bueno en mí misma, cuando tan solo podía clamar al Señor pidiendo misericordia por causa de mis

pecados, entonces Él vino a mi encuentro, Él, a Quién ahora podía amar tan íntimamente. Con esto comprendí cuán profundamente Él había sufrido por mi causa, Él me acercaba a Sí mismo

Hoy por hoy si alguien me preguntara: “¿Existe ese amor con el que tú soñabas: amor fuerte y profundo que te satisfaga por completo?”, todo mi ser respondería: “¡Sí, existe ese amor!” Y es mil veces más hermoso que el amor por el cual yo suspiraba. Este amor no puede ser comparado con el amor humano. Este es un amor tierno, desinteresado, compasivo, un amor que refresca y consuela. Este amor nunca defrauda. Es más fuerte que la muerte. Me atrae hacia el cielo y me conduce a la Cena de las Bodas del Cordero.

¿Bodas? Una vez más recordé la página amarilla con aquel vestido de novia. Ya no lo necesito. Para esta boda, para esta Cena de Bodas del Cordero, no tengo que preparar mi vestido de novia. Yo sé que un vestido aun más bello ha sido preparado para mí, uno que ha sido tejido con mucho sufrimiento y lavado en la Sangre del Cordero. Este vestido nunca se volverá amarillento, ni por toda la eternidad. Su pureza siempre revelará el infinito amor de Jesús.

*Hermana Nicola*

*J*esús, pureza, tan sin igual,  
Luz en la densa oscuridad;  
Sé exaltado en gloria;  
Hermoso eres, Jesús.

“Jesús, Tesoro sin igual”,  
la novia canta con amor,  
regocijándose en Jesús:  
“¡Tuya por siempre seré!”



## **OTROS LIBROS DE LA MISMA AUTORA**

### **AQUELLOS QUE LE AMAN**

Un libro tierno y cálido, escrito con un profundo amor por nuestro Señor Jesucristo, señala detalladamente el camino para volver al 'primer amor'."

### **ENCONTRÉ LA LLAVE AL CORAZÓN DE DIOS**

La autobiografía de M. Basilea Schlink, fundadora de la mundialmente reconocida Hermandad Evangélica de María, en la que relata su historia íntima en el camino del Señor.

### **EL TESORO ESCONDIDO DEL SUFRIMIENTO**

De las riquezas de sus experiencias personales, la Madre Basilea comparte cómo podemos descubrir el tesoro que está escondido dentro de cada prueba y sufrimiento, a la luz del amor de Dios.

**ARREPENTIMIENTO, UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA** Un libro que ha ayudado a renovar la vida espiritual y a sanar relaciones de innumerables personas.

**REALIDADES, MILAGROS DE DIOS HOY** Testimonios verídicos de la hermandad, de cómo Dios contesta la oración e interviene en situaciones imposibles.

**LOS LAMENTOS DE DIOS Y NUESTRA RESPUESTA** "Muchas veces leo este libro cuando me siento desanimado. Cuando leo del sufrimiento de Dios y medito en ello, disminuyen mis propias dificultades y mi corazón se vuelve feliz sabiendo que yo puedo traerle a El consuelo."

**¿Q**ué fue lo que le dio a la primera generación de cristianos su dinamismo?

¿Qué los inspiró para que dieran testimonio de su fe ante reyes y emperadores para que soportaran las aflicciones, las pruebas y hasta la muerte llevando su mensaje hasta los confines del mundo en aquella época? ¡Su profundo y gran amor por Jesús!.

Dos mil años más tarde, ante el ataque a los fundamentos de nuestra fe, necesitamos de ese mismo amor ferviente que ellos tenían.

Ese amor por Jesús también puede ser nuestro. Cada situación y aspecto de nuestra vida diaria nos ofrece la oportunidad de acercarnos a Jesús haciendo que nuestro mayor anhelo sea el entregarnos completamente a Él, quien dio su vida por nosotros.

**Mi  
Todo  
para Él**

